

**JAVIER NEGRETE**

**BUSCADOR DE  
SOMBRAS**



**Lectulandia**

Ganadora del Premio UPC del año 2000, *Buscador de sombras* nos presenta un futuro inmediato que es en realidad nuestro propio tiempo, la humanidad se enfrenta a una dolencia que no ha conseguido curar: el síndrome de Pisani. Una enfermedad que amenaza a todos y cada uno de los seres humanos y que ataca cuando se entra en fase REM durante el sueño. Por eso los hombres han aprendido a dormir con artefactos inhibidores sobre la cabeza. Su fallo o falta supone ser atacado por el síndrome y entrar en un declive físico que conduce a la muerte.

En un mundo así, un psiquiatra español de reputación internacional, el doctor Rojo, acepta examinar a un compatriota, Álvaro Carreño. Carreño es a su vez un gran científico condenado a muerte en los EEUU por el asesinato de su esposa. Carreño justificó el crimen alegando que no mató a su mujer, sino al ser que la poseyó. La misión de Rojo es dictaminar si Carreño pudiera estar loco, algo que podría sacarle del corredor de la muerte. Y, en poco tiempo, el psiquiatra se verá atrapado por la inteligencia del paciente así como por la historia de sus investigaciones físicas, que podrían ser la pista de por qué cometió el crimen.

Con esta novela, Javier Negrete (que fue un puntal de la ciencia-ficción española durante los años 90, antes de derivar hacia la fantasía y la novela histórica) logró la curiosa hazaña de crear una novela de hard sf (es decir, ciencia-ficción muy apoyada en la especulación científica) que rozaba casi los límites de la fantasía. Una hazaña que mereció en su día el reconocimiento de la crítica especializada.

Javier Negrete

# Buscador de sombras

ePub r1.0

Titivillus 22-06-2021

Título original: *Buscador de sombras*  
Javier Negrete, 2001  
Diseño portada e ilustración: Pablo Uría Díez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

*A mi hermano Jose,  
buscador de sombras y luces, como yo.*

# 1

En la madrugada del 26 al 27 de abril de 20\*\*, una vecina del número 32 de la calle St. Joseph, de Rapid City, llamó a la policía con voz trémula para denunciar que en el apartamento de al lado se estaba cometiendo un crimen.

—¿Cómo lo sabe, señora? —preguntó la telefonista.

—¡Dios mío! ¿Es que no oye esos gritos?

Todas las llamadas que recibía la policía de Rapid City quedaban grabadas. Más tarde, el departamento entero pudo escuchar el alarido inhumano que acompañó como fondo a aquella pregunta. Incluso alguien (no se llegó a saber quién) filtró la grabación a la televisión local y durante semanas las noticias relacionadas con el caso Carreño estuvieron acompañadas por aquel grito escalofriante. Pero nadie pudo distinguir si se trataba del último lamento de la víctima o del aullido de su verdugo.

En aquellos momentos, con el corazón aún acelerado por la impresión, la telefonista de la policía avisó directamente al Equipo de Respuesta Especial. Minutos después, seis agentes armados con fusiles de asalto y bombas lacrimógenas aparecieron en el número 32, un edificio nuevo de apartamentos de alquiler. Cuando llegaron al rellano del cuarto piso, se abrió la puerta rotulada con la “C” y de ella salió una mujer obesa de unos cincuenta años, tras cuya bata se agazapaba un hombrecillo nervioso que debía ser su marido.

—¡Han llegado demasiado tarde! —exclamó—. ¡Hace un rato que ya no se oye nada!

Empezaban a asomarse más vecinos, todos vestidos con pijamas y batas, y algunos con los Anóneiros puestos, pero con los ojos tan abiertos como si fueran las doce de la mañana. El jefe del equipo llamó con los nudillos a la puerta “B”, esperó unos segundos e hizo una señal a sus hombres. Un disparo a medias silenciado voló la cerradura y casi la mitad de la puerta. Los agentes entraron tratando de cubrir todos los ángulos, aunque uno no estuvo atento en los cruces y hubo topetazos y juramentos entre dientes.

El equipo atravesó el salón y se precipitó hacia el dormitorio, donde se veía luz. La puerta estaba entreabierta. El primer miembro del equipo la

terminó de abrir de una patada y saltó al interior del cuarto con una voltereta ensayada. Los demás le siguieron con más orden que la primera vez.

—¡¡No se mueva!! ¡¡Las manos sobre la cabeza!!

El jefe del equipo, el sargento Uzelski, entró el último al dormitorio. Tras las órdenes semihistóricas del agente Rubin, se había hecho el silencio.

Rapid City era una ciudad pequeña y bastante tranquila, y ni siquiera el Equipo de Respuesta Especial estaba acostumbrado a ver crímenes realmente brutales. Dos agentes salieron para vomitar y el propio Uzelski se tapó la boca para contener las náuseas.

En el centro de la habitación había una cama de un metro y medio de anchura. Las mantas estaban tiradas por el suelo. Sobre las sábanas de color crema había una mujer. Estaba desnuda y debía ser joven y atractiva, aunque los agentes no tuvieron estómago para apreciarlo. Yacía boca arriba, con brazos y piernas abiertos. Presentaba dos heridas de gran tamaño, una en el tórax y otra en el abdomen, con evisceración parcial, y magulladuras y marcas por todo el cuerpo. Sin embargo, como más tarde dictaminó el forense, la herida que le había causado la muerte era la del cuello.

La mujer había sido decapitada. Su cabeza había quedado prácticamente en la posición original, sobre la almohada, pero la habían puesto boca abajo, de modo que los agentes no podían ver su rostro.

La cama estaba encharcada, pero la sangre había manchado también el resto de la habitación. Se veían salpicaduras y chorretones en el cabecero de madera, en las mesillas, en las paredes, en el suelo. Junto a la alfombra, desde un marco de plata con el cristal roto, un hombre sonreía pegando su mejilla con la de una mujer, cuyas facciones habían quedado tapadas por un cuajarón negruzco. Todo olía a sangre y a la fetidez de los intestinos abiertos.

A la derecha, entre la puerta del dormitorio y la del armario empotrado, había un hombre acurrucado en el suelo. Era delgado y menudo, y aún parecía más frágil en aquella posición. Vestía ropa de calle: unos vaqueros, botas, un jersey oscuro, todo lleno de salpicaduras. Llevaba gafas redondas y miraba fijamente al cadáver de la mujer, sin darse cuenta, al parecer, de que el cristal derecho estaba cubierto de sangre. Tenía unas marcas en las mejillas, seguramente arañazos causados por la víctima. De vez en cuando balanceaba el cuello y se golpeaba el codo contra la pared. A su lado, en el suelo, había un hacha, tal vez de bombero; ahora estaba teñida de un rojo oscuro y viscoso.

En medio de aquel espectáculo sangriento, un detalle extrañó al sargento Uzelski. Aquel hombre llevaba puesto el Anóneiros, el inhibidor del sueño

conocido como “Corona”. ¿Pensaba quedarse tranquilamente dormido en aquel rincón, tras haber destazado a la mujer como un matarife?

Desde luego, ni el sargento Uzelski ni sus hombres iban a permitir algo así en un lugar como Rapid City.



## 2

Lawrence Devitt, el jefe de policía de Rapid City, era un hombre de orden que se tomaba cada transgresión de la ley en su ciudad como un asunto personal. Tenía una úlcera de estómago que se le revolvía cada vez que le despertaban a mitad de la noche, y estaba bebiendo un café negro casi hirviendo que caía a su estómago desde el vaso de plástico como la bomba de un B-52.

Se sentó frente al detenido, que tenía las manos esposadas por detrás del respaldo de la silla. No parecía gran cosa, pero con ese tipo de gente nunca se sabía. De alguna parte habría sacado las fuerzas para decapitar a su mujer de un hachazo. Y se había puesto tan violento cuando intentaron quitarle la “Corona” que al final, tras partirle un labio y propinarle más de un porrazo en las costillas, habían tenido que dejársela puesta.

—Este hombre me suena —le dijo a Peter Loeb, su ayudante—. ¿Quién es?

En una ciudad de sesenta mil habitantes no es verdad que todo el mundo se conozca, pero la realidad se aproxima bastante. A Devitt le hubiera gustado guardar en su cabeza un archivo con todos los vecinos de Rapid City para que ninguno se le desmandara; pero, ya que no podía, podía recurrir al ordenador y, en el peor de los casos, a Peter. Su ayudante nunca tardaba más de cinco minutos en identificar a nadie.

En esta ocasión le contestó instantáneamente.

—Es el hombre de la mina.

—¿Quién has dicho?

—Ese científico que está haciendo un experimento secreto en una mina de las Black Hills.

Devitt levantó la barbilla y a la vez bajó la mirada, con un gesto que le hacía parecer un rinoceronte miope a punto de embestir. Ahora veía al detenido bajo una nueva luz. Gafitas de intelectual, aire distraído, como quien no ha matado una mosca. Como si los científicos no tuvieran la culpa del agujero de ozono, el calentamiento de la atmósfera, el SIDA y la enfermedad de Pisani que les hacía dormir a todos con esa horrible “Corona” en la cabeza.

—¿No tendrá radiactividad o algo así, Peter? —preguntó, alarmado.

El detenido salió de su aparente letargo, dejó de mirar a la nada, fijó la vista en Devitt y habló por primera vez.

—No se preocupe —dijo en un tono indignantemente tranquilo—. No estoy en ningún proyecto secreto ni les voy a contaminar. Todo lo contrario. He hecho lo que he hecho por librarles de una plaga, aunque no va a servir de nada. Estamos todos condenados.

Lo que faltaba. Era un lunático. Y científico, así que estaban ante un auténtico científico loco, como los de las películas. Y para colmo, aunque hablaba un buen inglés, tenía acento extranjero.

Devitt se sentó en el borde de la mesa, cruzó los brazos e irguió aún más la mandíbula.

—Condenados, ¿eh? Ya veremos quién acaba condenado aquí, amigo. Peter, concréteme algo más sobre este tipo.

Su ayudante estaba tecleando en el ordenador a la vez que comprobaba la documentación del detenido.

—Se llama Álvaro Carreño. —Peter pronunció con dificultad la doble “rr” y la “ñ”—. Es español, residente legal...

—Hmmm. —Devitt se acercó al detenido y agachó la cabeza para mirarle los ojos—. ¿Español, dices? No le veo lo bastante moreno. Y me parece que tiene los ojos azules.

—Soy español de España, Europa —recalcó el detenido.

Devitt hizo un gesto de desdén con la mano con el que barrió toda la geografía que no fuera americana.

—Eso da igual. ¿Reconoce usted ser *Álvaro Carienio*?

—Creo que tengo derecho a un abogado.

—No le estamos interrogando, señor *Carienio*. —Devitt compuso una sonrisa gelatinosa y volvió a levantar la barbilla—. Solo estamos comprobando sus datos. ¿Es usted *Álvaro Carienio*?

—Sí, lo soy.

El jefe de policía se acercó a la pantalla del ordenador y siguió leyendo datos.

—Vaya, vaya. Tiene usted 30 años, nació en España y posee un título de física en el Tecnológico de California.

—Mi título es por la Universidad de Salamanca. En el Caltech tengo un postgrado...

Devitt volvió a barrer con la mano; esta vez acabó con todas las titulaciones extranjeras.

—Vive usted en el 32 de St. Joseph...

—Así es.

—... y está... estaba casado con Eleanor *Carienio*, de soltera Eleanor Dawkins, de 28 años, nacida en Santa Mónica, California.

En el ordenador apareció la fotografía de una joven rubia que sonreía a la cámara. Era muy guapa.

—De buena familia —susurró Peter, tapándose la boca a medias.

Devitt se volvió iracundo hacia Carreño.

—Una hermosa joven americana y de una buena familia. Gracias a ella esperaba obtener la nacionalidad, ¿no?

—No la he pedido.

—¿Ah, no? ¿Es que la desprecia? ¿Es que le parecemos poca cosa? Sin embargo, bien que ha venido a este país a cobrar de nuestro dinero y a comer de nuestra comida...

—Jefe, por favor... —susurró Peter, acostumbrado a los arrebatos polémicos de su superior.

Devitt resopló, contó hasta cinco y trató de ajustarse el cinturón. Este volvió a resbalar por su prominente barriga un segundo después.

—Pues bien, señor *Carienio*, todo parece apuntar a que usted ha asesinado a su mujer, que, repito, era una hermosa joven americana. Porque reconoce usted que estaba casado con Eleanor *Carienio*, de soltera Eleanor Dawkins...

—Así es.

La frialdad de aquel extranjero sacaba de quicio a Devitt.

—¿Y reconoce usted haberla asesinado brutalmente con un hacha? —estalló.

—Jefe, cuando llegue el abogado nos meterá en un buen lío si...

—¡Déjame a mí, Peter! ¿Lo reconoce o no? Da igual lo que diga, tenía usted el hacha al lado y estaba pringado de sangre hasta las cejas, así que no le van a salvar ni los cuatro arcángeles del Señor. ¿Mató usted a esa mujer?

Carreño le miró tristemente.

—Todo parece apuntar a que sí, ¿verdad? —contestó.

—¡Ajá! Como dice usted, todo parece apuntar a que es culpable de homicidio en primer grado en la persona de su esposa. —El jefe de policía volvió a exhibir su sonrisa dispéptica—. No sé cómo lo harán en su país, pero nosotros en este Estado tenemos una forma muy clara de arreglar estas cosas. La llamamos “inyección letal”.

—Nada es lo que parece, lo crea o no. No soy culpable de ningún homicidio.

—¿Ah, no? ¿Ahora resulta que no? Tal vez le preguntaré qué opina al cadáver de la señora Eleanor *Carienio*, de soltera Dawkins. ¡Vaya, pero usted le cortó el cuello! ¡No creo que me pueda responder!

—Yo corté ese cuello, sí —reconoció Carreño, tragando saliva—. Pero no soy un homicida ni he matado a mi esposa.

Devitt se volvió hacia su ayudante y se atornilló la sien con un dedo en un gesto elocuente.

—No deberían permitir que esta gentuza entrara en el país. —Se dirigió de nuevo a Carreño e insistió con falsa paciencia—: No ha matado a su esposa, ni es un homicida: solo le ha cortado el cuello. Es una lástima que la gente tenga la mala costumbre de morirse cuando le cortan el cuello...

Carreño sacudió la cabeza y el Anóneiros se movió de su sitio. Por fin pareció perder la calma.

—¡Usted no entiende nada! ¡Claro que le corté el cuello a esa mujer! ¡Pero no era mi esposa! ¡Ni siquiera era un ser humano!

—¿De qué demonios me habla?

—¡Era un demonio en el cuerpo de mi esposa! —Carreño agachó la cabeza y empezó a sollozar—. Yo la maté, yo la maté, y la quería, la quería...

Su voz era cada vez más confusa.

—¿A su esposa? —preguntó Devitt.

—No, no, a ella. La quería a ella —respondió Carreño, sin levantar la mirada y balanceando la cabeza como un obseso—. Yo la quería pero tuve que matarla.

—¿A quién demonios quería?

—A ella, a ella, a Néfele...

Con los balanceos, el Anóneiros del detenido se soltó y cayó al suelo. Cuando se dio cuenta, Carreño empezó a agitarse en la silla y a gritar enloquecido, como si hubiera sufrido un ataque de epilepsia. Devitt se abalanzó sobre él para sujetarle, y dos agentes entraron en la sala para echarle una mano.

—¡Estése quieto, maldita sea!

—¡¡Nooo!! ¡¡Nooo!! ¡No me lo quiten, por favor, no me lo quiten! ¡Pónganmelo o vendrá a por mí! ¡¡No dejen que venga!!

Por fin lo redujeron. Uno de los agentes recogió el Anóneiros y volvió a colocarlo sobre la cabeza del detenido, a modo de diadema. Carreño se tranquilizó al momento.

—¿Quién va a venir por usted? —preguntó Devitt, más nervioso de lo que le habría gustado reconocer—. ¿De quién tiene tanto miedo?

—De ella. De Néfele. Yo la he matado y sé que se vengará.

Carreño levantó los ojos y miró a Devitt de una forma que hizo estremecerse al veterano jefe de policía.

—No me da miedo morir. Pero si ella viene a por mí aniquilará mi alma en el Infierno. Y luego destruirá las de todos ustedes...

### 3

El doctor Rojo se vio envuelto en el asunto de Carreño de una forma inesperada, pero no del todo involuntaria. En aquella época acababa de terminar un estudio, encargado por el Ayuntamiento de Washington, sobre la violencia callejera en el suburbio de Anacoastia. Como psiquiatra que se había ido especializando en cuestiones sociales, sentía el impulso de ayudar a desvalidos y marginados. Pero como intelectual y científico, no pudo resistirse al desafío de analizar una mente superior a la suya y averiguar por qué había cometido un crimen tan brutal y absurdo.

Con la excusa de que un *ballet* flamenco muy prestigioso hacía una gira por Estados Unidos, se celebraba una fiesta en la Embajada de España, a la que estaba invitado Rojo. Normalmente, se excusaba de asistir a actos sociales, pero en aquella ocasión le pareció una descortesía hacerlo. Por otra parte, llevaba semanas recorriendo oscuros callejones, compartiendo cervezas en tugurios sofocantes y pasando miedo en vagones de metro donde cada mirada parecía esconder una puñalada. Sería una variación agradable pasar unas horas entre sedas, rasos y lamés, sugerentes escotes y espaldas tentadoras, chaquetas de elegante hechura, corbatas y pajaritas, canapés de ahumados, caviar y jamón ibérico, ahusadas copas de champán y campanudas copas de vino aterciopelado y aromático.

Y tal vez encontrara una pareja ocasional. No quería volver a encerrarse en una relación estable, pero echaba de menos compartir el lecho con un cuerpo tibio y una boca jugosa.

Se bajó del taxi a unos cien metros de la Embajada. La nieve del hosco invierno de Washington crujía bajo sus zapatos. Por alguna extraña razón, le conmovió el ondear de la bandera española. No era muy dado al patriotismo; tal vez se trataba de simple nostalgia: llevaba más de tres años sin pisar su país.

El propio edificio estropeó aquella sensación. La Embajada no le habría parecido bella en ningún caso, pero aún la afeaban más los oscuros cristales

que brotaban a partir del tercer piso como una excrecencia que hubiese infectado la piedra.

Tras enseñar la invitación y su documentación al guardia civil de la puerta, pasó al interior. Le condujeron directamente a la fiesta. Pronto empezó a estrechar manos, repartir besos y recibir palmadas. Durante su tiempo de inmersión en las sombras de la marginación suburbana casi había olvidado que era famoso, pero lo cierto era que mucha gente allí le conocía.

Participó superficialmente en varias conversaciones, mientras su mente se dedicaba, en realidad, a observar. El lenguaje corporal le fascinaba. Aquel, el de los diplomáticos y negociantes, el de los intelectuales, los artistas y las mujeres bellas y distinguidas, era mucho más contenido que el de los jóvenes negros con los que había estado tratando. Y aún así, las miradas de través traicionaban odios carniceros; los dedos que enderezaban corbatas o arreglaban moños transmitían hormonas de cortejo; las muñecas que se exhibían a la vista ofrecían promesas de más piel; los pies que apuntaban levemente hacia fuera en un corro excluían al extraño fuera de la manada; las manos que acariciaban narices, rozaban labios o rascaban cuellos encubrían mentiras.

Una reunión de exquisitos animales, se dijo.

Un espécimen particularmente exquisito del sexo femenino atrajo su atención. Era una mujer de unos treinta años, morena, con un vestido negro que oscurecía aún más sus ojos almendrados. En realidad, ya había reparado en ella, pero ahora estaba sola. Rojo sonrió.

—Doctor Rojo, estaba deseando conocerle.

Las pupilas de la mujer se habían dilatado, su escote se agitaba ligeramente al respirar, en la voz vibraba una sutil ronquera. Rojo dio un sorbo a su cóctel, se enderezó la corbata y se relamió muy levemente. Intercambio de gestos.

—He leído algunos de sus libros —prosiguió la mujer.

—Me alegro de saberlo. Espero que le hayan gustado.

Ella lució una sonrisa blanquísima y Rojo sintió cómo su propio sistema hormonal se disparaba fuera de control.

—Mucho. Creo que es usted un magnífico divulgador. Sobre todo, me gustó *El laberinto del sueño*. Creo que sus ideas sobre la narcolepsia de Pisani son fascinantes.

Rojo resistió la tentación de hinchar el pecho como un rabihorcado.

—Hasta ahora, no pasan de conjeturas. Por desgracia, sigue siendo muy poco lo que sabemos sobre ese tema.

—Es una lástima. —La mujer hizo un delicioso mohín con la boca—. Me gustaría librarme por una noche de la “Corona” y volver a dormir como cuando era niña, solo con el pelo sobre la almohada...

—Sin duda, estaría usted bellísima sin ese horrible aparato, pero no se lo recomiendo. Una noche sin el Anóneiros puede ser suficiente para contraer el mal.

Ella suspiró.

—¿Qué será de la humanidad sin sueños? Necesitamos soñar, doctor. Ahora, irse a la cama a dormir es como fichar en una oficina...

—Por suerte, no todo lo que puede hacerse en la cama requiere del Anóneiros...

Le habían citado con la muleta, él había entrado con nobleza, todo iba bien, y entonces el destino se materializó en forma de un funcionario de la Embajada que pidió perdón a la señora y apartó a Rojo un par de pasos.

—El Embajador querría hablar con usted unos minutos, doctor Rojo —susurró.

Rojo se mordió la lengua, se la quemó con la acidez de un comentario reprimido, y asintió.

—¿Dónde está el Embajador?

—En su despacho. Si tiene la bondad de acompañarme...

Sortearon diestramente a los invitados y se dirigieron al despacho. Allí, el funcionario abandonó a Rojo y desapareció como una sombra.

El Embajador estaba sentado tras un gran escritorio de caoba, en el que se veían bastantes papeles, un cartapacio de cuero, útiles de escribir y algunos libros que parecían elegidos y colocados para dar la impresión de que alguien los estaba leyendo. No había equipo informático.

El propio Embajador era un hombre alto, delgado, de ojos claros, rasgos afilados y cabello canoso. Era evidente que creía disfrutar de un aire distinguido; procuraba explotarlo hasta en la iluminación de su despacho, que había sido estudiada para rodear su cabeza de un halo blanquecino y venerable. A Rojo no le parecía mal: él mismo era un cultivador consciente de su imagen.

El Embajador se puso en pie y estrechó la mano de Rojo por encima de la mesa con la palma hacia abajo, para dejar claro su posición de macho dominante. Después, le invitó a sentarse.



—Siento sacarle de la fiesta, pero prometo devolverle a ella en cuanto sea posible.

Será demasiado tarde, se dijo Rojo, y disculpó al Embajador con un gesto.

—La verdad es que me hubiera puesto en contacto con usted de otra manera —prosiguió el diplomático—, pero no he querido desaprovechar esta ocasión que se me brindaba de hablar con usted.

—No hay ningún problema... —Rojo meditó si pronunciar la palabra “Excelencia” y prefirió ser más sencillo—... señor Embajador. Mi tiempo es todo suyo.

—Iré al grano, doctor. Supongo que no ignorará usted quién es Álvaro Carreño.

Rojo asintió. Empezaba a sospechar lo que se avecinaba. Y, para su propia sorpresa, su atención se despertó.

—El físico español condenado a muerte por el asesinato de su mujer —recitó—. Según tengo entendido, la Embajada está esforzándose en que le conmuten la pena. Pero no queda demasiado tiempo.

El nuevo presidente de la nación sostenía que había que humanizar la pena de muerte. Su idea de humanizarla era acelerar lo más posible su ejecución, y la mayoría de los estados seguían esta filosofía. A Carreño solo le quedaban unas semanas en el Corredor de la Muerte.

—Digamos que estamos recibiendo bastantes presiones —se explicó el Embajador—. La opinión pública de nuestro país está muy sensibilizada. A veces, leyendo los periódicos de España, casi da la impresión de que Carreño es un héroe.

—Hasta cierto punto es comprensible. Por lo que sé, no sería descabellado que ese hombre obtuviera en el futuro el premio Nobel de Física. No es algo de lo que andemos sobrados en nuestro país.

—Me temo que ya no conseguirá el Nobel. —El Embajador abrió una caja de puros—. ¿Fuma usted?

—No, gracias. Lo dejé hace ya tres años y cuatro meses.

—Dicen que un exfumador puede fumar puros y controlarse.

—Prefiero no tentar a la suerte. Bien, señor Embajador, me imagino que, si ha recurrido a mí, es porque está pensando en un dictamen psiquiátrico que pueda servir como atenuante o eximente para el crimen.

—No se equivoca, doctor.

Rojo se cruzó de piernas y se reclinó en el asiento. Cuando se encontraba ante personas de rango más alto, disfrutaba haciendo gestos que revelaran

dominio de la situación. Resultaba desconcertante para sus interlocutores y tranquilizador para él mismo.

—Convendrá usted —prosiguió el Embajador, tras lanzarle una mirada de desaprobación—, en que el hecho de que un intelectual de treinta años, un prometedor físico sin antecedentes de conducta violenta, asesine con un hacha a su mujer en el mismo lecho matrimonial no parece la conducta más cuerda del mundo.

—Por desgracia, a los americanos les suele dar igual. Ojo por ojo y diente por diente. Aquí, la Biblia es más Biblia que en ningún otro rincón del mundo.

El Embajador abrió la carpeta y sacó un *dossier* de unas cuantas páginas, unidas con grapas. Se lo tendió a Rojo.

—Aún así, tenemos que intentarlo. Cuando lea esto, pensará que tal vez haya algo de verdad en la idea de los delirios. Si usted nos garantiza una base científica, nosotros buscaremos la base legal. No quiero que ajusticien a un ciudadano español en mi país de destino. Es humillante.

Rojo alzó la mirada del *dossier*, sorprendido por la motivación del Embajador.

—Haré lo que pueda, señor Embajador.

—Nuestra nación confía en usted.

Aquel hombre llevaba demasiado tiempo allí. Se estaba volviendo uno de ellos.

La entrevista terminó. La mujer del escote seguía en la fiesta, pero Rojo no pudo conseguir de ella más que una sonrisa a distancia. El momento mágico había pasado.

## 4

Dos días después, Rojo salió del aeropuerto National de Washington, hacia Rapid City, en Dakota del Sur. Nunca había estado en aquella región de los Estados Unidos. Si tenía tiempo, pensaba aprovechar la estancia para hacer turismo.

Durante el trayecto, Rojo empezó a hacer sus propias anotaciones sobre el *dossier*. Aunque necesitaba conocer personalmente a Carreño para empezar a orientarse, no quería entrevistarse con él a ciegas.

***Sujeto:** Álvaro Carreño. 30 años. Nacido en Salamanca. Licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad de dicha ciudad. Un expediente que alterna las matrículas de honor con los ceros cuando algo no le interesa. Se doctora un año después en Madrid con una propuesta teórica para la detección de neutrinos que resulta ser factible. Se traslada a Estados Unidos, becado por el CalTech. Colabora en el perfeccionamiento de la Cámara de Berensky, consigue la medalla Hawking de Física. Se casa con Eleanor Dawkins, una hermosa mujer WASP. Se traslada al estado de Dakota del Sur para trabajar en la mina abandonada de Highwater.*

Rojo tenía subrayada esta línea. Ni en el *dossier* ni en la prensa había encontrado información sobre la naturaleza de su trabajo en la mina. Por lo que sabía, Carreño era un físico teórico: no se lo imaginaba excavando túneles ni extrayendo minerales radiactivos de las entrañas de la Tierra. ¿Qué haría a cientos de metros de profundidad?

Una mina abandonada, y además, según añadía el *dossier*, de oro... Sonaba sugerente; un primer detalle de romanticismo en una biografía tan ordenada como el bloc de notas de una secretaria.

*... durante dos años permanece prácticamente aislado del resto de la comunidad científica. Solo una nueva colaboración sobre la Cámara de Berensky y un par de reseñas en revistas especializadas. Al parecer, le empiezan a exigir resultados.*

(**Nota:** Posible estrés. Comprobar si el sujeto estaba haciendo avances reales en sus investigaciones, si sentía que su creatividad se estaba acabando. Los treinta años son una edad delicada, y corre el mito de que los científicos teóricos deben hacer sus grandes contribuciones antes de llegar a ella).

El avión brincó en una turbulencia. Rojo miró al pasajero gordo que había a su derecha. Le caía una gota de sudor por la mejilla. Había tratado a más de un paciente con pánico a volar y reconocía esa afección con facilidad. Pero ahora no tenía tiempo para terapias.

*... después, un día, los vecinos avisan a la policía porque en casa de los Carreño se oyen unos gritos terribles. Al llegar, encuentran el cadáver de la mujer, desnudo y decapitado sobre la cama, con la cabeza dada la vuelta. Detienen a Carreño en el lugar del crimen. Al ser interrogado, se confiesa autor de un asesinato, pero se niega a admitir que ha matado a su esposa. Contra todas las evidencias físicas (examen ocular de testigos, pruebas de ADN), sostiene que la mujer que yace sobre la cama no es su esposa, Eleanor Dawkins, sino una horrible criatura inhumana que amenaza al mundo entero. Al comprobar que sus pretensiones de ser prácticamente un héroe despiertan las risas de los interrogadores, cae en un persistente mutismo. Es imposible sonsacarle más.*

Una locura ya típica, se dijo Rojo. En los noticiarios norteamericanos abundaba ese tipo de chiflados, que recibían algún tipo de revelación directamente desde la zarza del Sinaí, o de labios de algún elfo tolkieniano, o de la mente de una inteligencia de las Siete Galaxias de la Última Frontera, y decidían salvar al mundo por el procedimiento habitual de librarlo de algunos sujetos (supuestamente) indeseables o malignos.

Pero Álvaro Carreño era español, y esa patología no abundaba tanto en su país. Los visionarios hispanos tendían a ser inofensivos y borrachines, no a destrozarse a hachazos al prójimo.

Los detalles de la autopsia eran particularmente escabrosos. La mujer había recibido varios golpes antes de morir y presentaba quemaduras en las manos. Se había encontrado semen en su vagina y restos de piel entre sus uñas. Las pruebas demostraban que el ADN coincidía, en ambos casos, con el de Carreño. Más culpable que Judas, pensó Rojo.

Cansado, cerró el portátil y se dedicó a mirar por la ventanilla. Bajo los jirones de las nubes, las Grandes Llanuras parecían extenderse hasta el infinito, punteadas aquí y allá por pequeñas ciudades. Después apareció una cinta plateada y ondulante; Rojo supuso que era el río Missouri.

Se dio cuenta de que sus parpadeos empezaban a durar más de un segundo. Aquello le asustó: pidió un café cargado a la azafata y, por si acaso, abrió el maletín. Allí estaba su Anóneiros, un modelo de fibra ultraligera que podía acoplarse en cuatro segundos (lo había cronometrado).

La alarma por haberse adormilado había disparado sus pulsaciones, y gracias a eso ahora pudo resistir la somnolencia un rato más. Se bebió el café con sorbitos de gorrión, mientras maldecía la costumbre americana de servirlo casi hirviendo. Por si acaso, podía ponerse el Anóneiros. Mucha gente lo

hacía. De hecho, podía ver hasta siete “Coronas” sobre las cabezas de sus propietarios, y eso sin girar el cuello. Pero sentía el prurito de acoplárselo en público, aunque él mismo reconocía que era ridículo.

Y él, mejor que casi nadie más, conocía los horribles efectos de la narcolepsia de Pisani. No merecía la pena arriesgarse por una cuestión de supuesto buen gusto.

Por si acaso, dejó el maletín abierto.

A pesar de que en la Embajada le habían insistido en que “todo estaba arreglado”, nadie acudió a recibir a Rojo en el aeropuerto de Rapid City, de modo que tuvo que tomar un taxi.

—¿Cuál es el mejor hotel de la ciudad? —le preguntó al conductor.

—Depende. ¿Tiene dinero?

Rojo pensó en la faena que le acababan de hacer y en que la Embajada correría con todos los gastos, y respondió con una sonrisa traviesa:

—Todo el que haga falta.

—Entonces, el mejor es el Alex Johnson, sin duda alguna. Está en el mismísimo centro de la ciudad.

—Pues lléveme a él, amigo.

Ya había oscurecido y apenas había tráfico. No tardaron en llegar ante el hotel. Era un edificio de ocho pisos, rojizo, con unos áticos puntiagudos que parecían bastante coquetos.

—¿Tienen libre algún ático? —preguntó en recepción.

—Sí, señor —le informó un complaciente empleado.

—Pues deme el que mejor vista tenga, por favor.

La habitación era espaciosa y acogedora, aunque le sorprendieron los colores un tanto chillones del edredón. Luego se enteró, por un folleto, de que estaba tejido imitando motivos de los indios lakotas. También leyó algo sobre la historia del hotel. Fundado en 1928, nada menos. Para los americanos, aquello era poco más o menos la noche de los tiempos.

Antes de cenar trató de ponerse en contacto con la prisión de St. Ambroise, donde estaba internado Carreño. No hubo forma de hablar con el director, pero un oficial de guardia le dijo que ya habían tenido noticia de su llegada y que, si se presentaba al día siguiente a primera hora, podría hablar con el preso. Después, Rojo llamó a recepción y pidió que le consiguieran un coche, a ser posible un todoterreno, por si se decidía a hacer turismo.

Se despertó aún de noche, tomó un desayuno frugal y recogió en recepción las llaves del coche, un magnífico Land Cruiser HDJ. Durante quince minutos recorrió una autopista tan recta como las fronteras de aquel estado, y después, cuando empezaba a amanecer, tomó la salida que le habían indicado para la prisión. La luz del sol bañaba de oro blanco los tejados de los modernos pabellones de St. Ambroise. Era una visión casi idílica. Resultaba fácil olvidar cuántas atrocidades escondían unas paredes que igual podrían haber albergado un centro de estudios que una maternidad.

Aunque era de suponer que le permitirían aparcar el vehículo en el interior, Rojo lo dejó en la zona de visitas y se dirigió a pie hacia la barrera. Soplaban un aire frío que le levantaba los faldones de la chaqueta. Se arrepintió de no haber traído un abrigo.

El policía de la barrera examinó su documentación sin decirle nada, y avisó por un intercomunicador. Cinco minutos después, aparecieron un guardián de raza negra, hinchado como un culturista en fase de volumen, y una mujer vestida con bata blanca. Rojo la recorrió discretamente con la mirada. Unos treinta y cinco años, delgada, pelo corto y oscuro, gafas redondas, zapatos de buena calidad.

—Buenos días, doctor Rojo. Mi nombre es Olivia Rosen. Soy la psicóloga del centro.

Rojo le estrechó la mano. El apretón de la mujer fue neutral, ni firme ni blando, ni autoritario ni sumiso.

—Y este es el señor Danvers. Le ayudará a no perderse en este lugar. Será su... digamos que su Virgilio.

Danvers le apretó la mano con mucho más calor. No acababa de controlar su fuerza, y Rojo se resintió de una antigua tendinitis.

—Espero no tener que abandonar toda esperanza al entrar aquí —citó Rojo.

Danvers se encogió de hombros. No parecía haber estudiado a Dante.

—Nos bastará con que al pasar nos enseñe todo objeto metálico, doctor —respondió, mientras mascaba chicle.

Se dirigieron hacia el pabellón principal por un sendero pavimentado en piedra y rodeado por un césped bien cortado en el que la escarcha empezaba a fundirse. No había árboles, ni arbustos, ni siquiera flores: nada tras lo que un fugitivo pudiera ocultarse. Rojo preguntó a la psicóloga:

—Antes de que vea al señor Carreño, ¿hay algo que quiera usted decirme sobre él?

—¿Cree que es conveniente? Tal vez prefiera entrevistarse con él sin tener ideas prefijadas.

—Me temo que eso es imposible. Ya he leído su *dossier*, he recibido inconscientemente bastantes opiniones, y además no puedo dejar de pensar que es un hombre condenado a muerte por descargar un hacha sobre su esposa.

La psicóloga sonrió. Lo hacía con un toque de distinción, sin esa afable candidez que tanto misterio robaba al rostro de muchas mujeres americanas.

—Me alegro de saber que no pretende usted ser uno de esos médicos absolutamente fríos y objetivos.

—La objetividad es imposible en cualquier ciencia, y más en la nuestra.

—Querrá decir en *nuestras* ciencias, doctor. Recuerde que soy psicóloga. El loquero es usted.

Rojo se encogió de hombros.

—Me da igual. En el fondo, ambos buscamos lo mismo. Alumbrar las sombras del alma humana.

Ella se detuvo y se le quedó mirando fijamente.

—Qué curioso lo que ha dicho...

—No la entiendo.

—Alumbrar las sombras... Bueno, será casualidad, pero Carreño suele decir algo parecido.

Habían llegado ya al pabellón central. Rojo dejó que examinaran su maletín mientras rellenaba un impreso sobre un mostrador. Después, le llevaron al despacho del director de la prisión. Allí, la secretaria les comunicó que el señor Wakeman no estaba en ese momento, pero que podría hablar con el doctor Rojo después de que este se entrevistara con el convicto.

—Entonces —dijo Rojo, volviéndose hacia el fornido Danvers—, habrá que ir directos a la boca del lobo.

—No debe preocuparse, doctor —le informó el guardián—. Carreño no es peligroso. Hasta ahora, siempre se ha comportado muy bien. Aún así, le tendremos vigilado.

Salieron los tres del pabellón central y volvieron a caminar entre recuadros de césped siempre bien cuidados.

—Así que Carreño suele hablar de sombras... —recordó Rojo—. ¿Algo más, señora Rosen?

—Puede llamarme Olivia, doctor. He sometido a Carreño a varias baterías de tests. Como era de esperar, su cociente intelectual es elevadísimo, tanto que en realidad no se puede medir con ese tipo de pruebas.

—¿Qué quiere decir?

—Contestó a todas las preguntas sobre aptitudes espaciales y numéricas, sin fallar ni una, en tan solo cinco minutos. Era un test diseñado para cuarenta y cinco minutos. A mí no me habría dado ni tiempo a leerlo.

—Impresionante...

—En las pruebas verbales tardó un poco más, aunque se defendió muy bien.

—Supongo que esas pruebas eran en inglés, ¿no?

—Sí, evidentemente. Se supone que habla perfectamente el inglés. Lleva ya muchos años en este país, ¿lo sabía?

Sí, Rojo lo sabía, pero daba igual. Las pruebas de aptitud verbal solo son válidas si se hacen en el idioma materno de una persona, y la psicóloga debía saberlo perfectamente. Otra cosa era que quisiera ignorarlo por comodidad física o intelectual.

—¿Y qué me dice de su personalidad?

—Frío, controlado, secundario... Da la impresión de que nada relativo a los demás ni a sí mismo puede afectarle. Cuando se le habla de su propia condena, apenas se le aceleran los latidos del corazón.

—Es curioso. No suelo imaginarme a una persona fría y secundaria librándose de su mujer a hachazos. Veneno lento, un accidente preparado, incluso un asesino a sueldo... parecerían formas más apropiadas.

—Quizás por debajo de la superficie no haya tanta frialdad —repuso la psicóloga—. Por ejemplo, Carreño siente un pánico cervical ante la idea de que le quiten el Anóneiros.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

—Se pasa las veinticuatro horas del día con el Anóneiros conectado a su cabeza. Si alguien lo intenta tocar, empieza a chillar y a golpear a todas partes como un poseso. No hemos conseguido que nos explique la razón, pero es evidente que tiene un miedo atroz a dormirse.

—Bueno, todo el mundo tiene miedo de caer en la narcolepsia. Al fin y al cabo, no tiene cura.

—Ya, pero no todo el mundo llega al grado de histeria de Carreño.

Llegaron ante un pabellón en cuya entrada un cartelón rezaba “III”.

—Aquí están los condenados a muerte, entre otros —le informó Olivia—. Yo me quedo aquí. Tengo trabajo en mi despacho. Si termina usted antes de las diez y media, me encontrará en él. Suerte con su hombre.

Danvers abrió paso a Rojo. El psiquiatra tuvo que volver a enseñar su maletín y el contenido de sus bolsillos y estampar de nuevo su firma en unos



papeles que ya no se molestó en leer.

Poco después estaban en el Corredor de la Muerte de Saint Ambrose. Rojo había insistido en ver al paciente en su celda, al menos la primera vez. “El entorno es básico para juzgar correctamente la interfaz mente pacienta-ambiente referencial y posicionar las coordenadas en un contexto no relativo”, le había explicado a un alto funcionario estatal que había asentido con gravedad, como si suscribiera plenamente aquella afirmación.

El Corredor de la Muerte era un largo pasillo, con techo abovedado e iluminado por fluorescentes que daban una luz potente, pero que teñía la piel de un color agusanado, como si anticipara la descomposición de la muerte. A ambos lados se abrían celdas rectangulares. Los presos ya estaban despiertos y habían desayunado. Danvers, con su vozarrón gutural, le fue explicando los horrores más pintorescos que albergaban aquellos barrotes. Un jardinero que había violado a una monja y después la había descuartizado para abonar los parterres. (Sabían que la había violado por propia confesión del asesino: los restos de la monja no eran muy locuaces al respecto). Un profesor de filosofía inclinado a la mística que había decidido llevar a sus cinco alumnos más aventajados a la vía unitiva. Después de degollarlos, se había dado cuenta de que él aún no estaba preparado para entregarse al Nirvana y que debía seguir en este mundo. Una mujer, ya casi una anciana, que había envenenado a sus cuatro hijos en la cena de Acción de Gracias porque sospechaba que querían llevarla a un asilo y repartirse la herencia por anticipado. Un asesino en serie que imitaba los crímenes de Rod Wellington, otro asesino en serie que ya había sido ajusticiado y que a su vez imitaba los crímenes de un asesino en serie que salía en una película de Brad Pitt.

—Tienen ustedes un muestrario muy curioso —reconoció Rojo, que no había esperado tanta inventiva en un estado más bien rural como Dakota del Sur.

—Bueno, doctor, usted es el que entiende de locos —contestó Danvers—. Yo me limito a vigilar para que no crucen estos barrotes.

—El mundo es un lugar muy complicado, ¿verdad, señor Danvers?

El guardián encogió sus poderosos deltoides.

—Si todo el mundo respetara las normas y fuera a la iglesia los domingos, sería mucho más sencillo.

Está hablando en serio, está hablando en serio, se repitió Rojo, reprimiendo un comentario humorístico que intuyó que no sería bien recibido.

—Aquí tiene a su hombre, doctor Rojo. —Danvers sacó la porra y llamó a los barrotes casi con delicadeza—. Carreño, tienes visita.

Rojo examinó la celda con un breve vistazo, antes de mirar a su ocupante. Unos diez metros cuadrados. Paredes desnudas, excepto por una pizarra blanca llena de minúsculas ecuaciones y una foto de una catedral. (Más tarde supo que era la de Salamanca: un detalle hogareño, concedido por la prisión gracias a su buen comportamiento). Una cama estrecha, una silla verde de patas de metal, una mesa pequeña, un retrete con la tapa bajada. (¡Conducta extraña en un varón!, anotó Rojo. Un hombre meticuloso).

Álvaro Carreño estaba tumbado en la cama, con el Anóneiros puesto. Era un modelo antiguo, aparatoso, de color plateado. Rojo se preguntó si Carreño estaría dormido, y al momento recordó lo que le había comentado la psicóloga sobre su peculiar manía. En realidad, su paciente estaba leyendo, y se incorporó al escuchar a Danvers.

—Carreño, este es el doctor Rojo, el psiquiatra del que te habló el señor Wakeman.

Despacio, Carreño terminó de levantarse y se acercó a los barrotes. Era un hombre de mediana estatura, hombros estrechos, muñecas finas y dedos largos. Tenía un rostro atractivo, aunque el gesto ausente le robaba interés. Los ojos eran grandes y azules, y se notaba que estaban acostumbrados a enfocarse a la lejanía para dejar a la mente trabajar en sus cálculos interiores.

—¿Cómo se encuentra, señor Carreño?

—Bien, doctor Rojo. Muchas gracias. Perdona que no le tienda la mano, pero son las normas.

—No se preocupe, señor Carreño.

—He leído varios de sus libros —siguió Carreño, en tono casi maquinal. Apenas movía la mandíbula inferior para articular. Estaba drogado.

Rojo maldijo entre dientes. ¿Cómo querían que comprendiera la mente de aquel hombre si lo sedaban? ¿Y para qué lo hacían si no había vuelto a manifestar una conducta violenta desde la muerte de su mujer?

—Espero que le hayan gustado.

—No soy muy amante de la divulgación científica. Creo que se suele rebajar el nivel de los conocimientos.

A su pesar, Rojo se sintió picado en su amor propio.

—Vaya. ¿No cree usted que haya que compartir la ciencia con el gran público?

—No lo critico, doctor. Creo que es una forma honrada de ganarse la vida. ¿Le importa que hablemos en español?

—No, en absoluto, si el señor Danvers no pone objeción. —Rojo se volvió hacia el guardián—. Señor Danvers, le doy mi palabra de que no vamos a trazar ningún plan de fuga.

De nuevo, Danvers respondió totalmente en serio.

—Se la tomo, doctor.

Dicho esto, se retiró unos metros, sin dejar de observarles.

—Muy bien, señor Carreño —prosiguió Rojo en castellano—. Quiero que sepa que he venido aquí para ayudarle. Nuestro Gobierno tiene la intención de sacarle de aquí.

—Es inútil. No tiene remedio.

—¡Claro que lo tiene! Mire, no sé qué ha hecho usted, y no soy quién para juzgarle, pero estoy convencido de que nadie merece la muerte. Si usted colabora conmigo, creo que podré sacarle del Corredor. Después... ya sabe, mientras hay vida hay esperanza.

Carreño le miró con aquellos ojos tan grandes y tan sedados.

—No hay esperanza, doctor Rojo. Ni para mí, ni para usted, ni para nadie. El mundo que conocemos está moribundo.

El corazón de Rojo se aceleró. No esperaba que Carreño empezara a mostrar su delirio tan pronto. Empezó a repetir sus palabras en su interior para anotarlas literalmente después.

En ese momento, se oyeron voces destempladas al principio del corredor. Rojo miró extrañado y vio cómo dos funcionarios se acercaban a Danvers y empezaban a discutir con él. Hablaban muy rápido y con acento cerrado, de modo que no pudo entender nada. Pero vio cómo los dedos y los ojos le señalaban, y no intuyó nada bueno.

Poco después Danvers se acercó. Por alguna razón, le pareció aún más musculoso que antes.

—Lo siento, doctor Rojo, pero no puede usted seguir aquí.

—¿Cómo que no? Si acabo de empezar mi entrevista...

—Órdenes del director. Hay algún permiso que no está en regla.

—¿Cómo no va a estar en regla si he rellenado suficientes impresos estos días como para empapelar el monte Rushmore? —estalló el psiquiatra en una exhibición calculada.

Pero el ánimo de Danvers era tan monolítico como su torso.

—Yo de eso no entiendo, doctor. Pero he recibido órdenes del señor Wakeman, y no puedo dejar que siga aquí. Si es tan amable de acompañarme...

Sin dejar de manifestar su indignación, Rojo siguió al guardián hasta la salida del pabellón III. Allí, exigió ver al director de la prisión o al menos a la psicóloga. Danvers volvió a pedirle disculpas, pero le puso una mano sobre el codo y con tan solo una leve presión lo encaminó hacia la puerta de salida. Rojo comprendió que no merecía la pena resistirse a aquella pared de músculos y testosterona y se dejó llevar.

Mientras arrancaba el todoterreno, pensó que desde el principio había pensado que aquel trabajo no sería sencillo. Pero, por lo visto, se podía complicar aún más.

*El mundo que conocemos está moribundo.* Típica verborrea paranoica, sí. Pero la mirada de Carreño, a pesar de los sedantes, le había impresionado. Ten cuidado, se dijo. No debes dejarte implicar. El equilibrio mental de un psiquiatra es su don máspreciado.

Ignoraba hasta qué punto iba a correr peligro ese equilibrio.

## 5

Según volvía al hotel su humor fue empeorando. Al llegar se dio una ducha, pensando que le relajaría, pero no consiguió nada. Estaba cada vez más furioso. Le habían tratado como a un perro, a él, a un psiquiatra reconocido, a un enviado de la Embajada de España.

La Embajada, eso era. Llamó al número que le habían dado y le atendió el mismo funcionario que le había sacado de la fiesta unos días antes. Rojo le explicó su problema y el diplomático, un tal Martínez, le prometió arreglarlo.

—Nos pondremos en contacto con el cónsul de la zona y veremos qué se puede hacer.

Cuando colgó estaba un poco más calmado. Pensó en hablar con la psicóloga, pero aún estaban en horas de trabajo y no quería llamar a la prisión después de aquella salida tan poco airosa. Después se le ocurrió que tal vez sería un buen momento para hacer turismo, de modo que examinó los folletos que había sobre la mesa de madera de arce. La ciudad no le parecía muy prometedora. ¿Qué tal una dosis de encantos naturales? Tenía para elegir el monte Rushmore, con las enormes efigies de los cuatro presidentes, y las Badlands. Lo primero le pareció provinciano por alguna razón que ni él mismo hubiera sabido explicar (tal vez por metaprovincianismo), así que optó por lo segundo.

***Badlands** : Parque Nacional protegido desde 1978. La zona más característica del parque es un enorme abarrancamiento en el que la erosión ha esculpido picos aguzados, capiteles, pináculos y todo tipo de formaciones caprichosas. El término 'Badlands' se aplica hoy día, en geomorfología, a cualquier tipo de terreno en el que la erosión ha creado relieves similares.*

Parecía atractivo. Tal vez en aquel lugar inhabitable se olvidaría por un rato de lo estúpida que podía llegar a ser la especie humana.

La excursión resultó ser la experiencia más placentera del día. De vuelta al hotel, se encontró con un mensaje grabado del cónsul de Chicago, que era el responsable de aquella jurisdicción. Al parecer, ya habían solucionado el malentendido, un simple error burocrático, y al día siguiente podría entrevistarse con Carreño. El propio director de la prisión había presentado sus disculpas.

—Me lo creeré cuando las oiga —refunfuñó Rojo.

Después buscó el número particular de Olivia Rosen y la llamó. Cuando ya iba a colgar, pensando que aún no habría llegado a su casa, apareció en pantalla la imagen de la psicóloga secándose vigorosamente el pelo.

—No habré interrumpido su ducha...

—Ya había terminado, no se preocupe. Si no, ni me habría molestado en coger la llamada. No soy una de esas neuróticas que se mueren de ansiedad si no contestan el teléfono... Por cierto, siento lo que ha pasado esta mañana. — Bajó la voz, se ajustó el cuello del albornoz y añadió—: El director de St. Ambroise y el adjetivo “competente” no casan muy bien... pero que conste que yo no he dicho nada.

—Será un secreto entre nosotros. —De pronto recordó algo—. Por cierto, hablando de secretos, ¿por qué demonios no me ha dicho que Carreño estaba sedado?

—Lo siento. No caí en ese detalle.

—Tiene su importancia. ¿Quién le ha mandado esa medicación?

—Es una decisión que hemos tomado a medias la doctora Wallin y yo — contestó Olivia, a la defensiva—. Si no le sedáramos, Carreño apenas descansaría. Ya le he dicho que tiene pánico a dormirse.

—¿Incluso con el Anóneiros puesto?

—Incluso así. Está convencido de que en cualquier momento le puede fallar. Dice que no quiere correr ese riesgo. Así que le introducimos los tranquilizantes en las comidas. En cualquier caso, mandaré que le rebajen la dosis de mañana para que esté más lúcido cuando hable con usted.

Rojo asintió. Después intercambió algunas impresiones más con la psicóloga, y le preguntó si había algún lugar en la prisión en el que se pudiera entrevistar con Carreño de forma más cómoda. Ella le ofreció su despacho, siempre que lo utilizara a primera hora, cuando ella hacía sus visitas. Rojo le agradeció el detalle y se despidió.

Después, tomó la tercera ducha del día y, con el albornoz puesto, se tumbó en la cama. ¿Qué haría, encargarse de la cena en la habitación o salir fuera?

Mientras lo pensaba, se le entrecerraron los ojos. Una alarma se activó en su mente, y dio un respingo en la cama. Se incorporó con el corazón desbocado. ¿En qué había estado pensando al tumbarse, aunque fuese un segundo, sin la “Corona”? Una cosa era caer en un miedo neurótico como el de Carreño y otra ponerse en peligro alegremente.

Abrió el maletín y dejó su Anóneiros en la mesilla. Aunque sabía que ya los había comprobado el día anterior, volvió a leer los datos de homologación. Aún quedaba un mes y medio para la próxima revisión.

Eso no era vida, se quejó en voz alta. Tal vez Carreño tenía razón. Tal vez un mundo en el que no se podía soñar fuese un mundo agonizante.

## 6

A las ocho de la mañana, Rojo se presentó de nuevo en St. Ambroise. Esta vez llevaba un abrigo y además aparcó el coche en el interior. Cuando llegó al pabellón central, el director en persona salió a recibirle. Era un hombrecillo de unos sesenta años, de piel blancuzca y gruesas gafas de miope, que trataba de disimular su calvicie con un flequillo a modo de cortina. La torpeza con la que se movía y con la que hablaba eran parejas, y sus disculpas fueron más embarazosas para el propio Rojo que para él. Por fin pudo librarse de él y acudió a reunirse con la psicóloga.

En cuanto Olivia le dejó libre el despacho, Rojo dedicó unos minutos a inspeccionarlo. Aquella sala de aspecto un tanto anodino se iba a convertir poco después en un campo de batalla entre dos mentes; solo que, en teoría, no debería triunfar ninguno de los contendientes, sino la mística y vaporosa dama conocida como *verdad*.

Rojo se sentó primero en el asiento que ocuparía Carreño. Una silla sin ruedas, detalle que le pareció conveniente (el movimiento es poder, y el poder no debe recaer en la parte del analizado). Pero también era cómoda: tenía reposabrazos y la espalda encajaba en la acogedora curva del respaldo. Podía llegar a ser propicia para las confidencias.

Después se sentó en su propio lugar, un sillón reclinable y con ruedas, tapizado en fieltro verde. Lo bajó un poco. Ya le sacaba a Carreño sus buenos diez centímetros y no quería intimidarlo más. Examinó la mesa. Había un ordenador portátil cerrado, pulcramente apartado en un rincón; una bandeja negra de rejilla, con folios en blanco; y un organizador de plástico que parecía un tiovivo, con apartados cuidadosamente diseñados para adminículos tales como clips, grapas, borradores, sacapuntas, lápices y bolígrafos, notas adhesivas y chinchetas de colores. Era obvio que nadie los utilizaba nunca.

Carreño abrió su propio maletín. Dentro estaba su minúsculo portátil, que desechó a favor de una libreta de hojas color crema y tapas estampadas al agua y una pluma estilográfica. También extrajo un grueso volumen, *La rama dorada*, de sir James Frazer, y lo dejó a la izquierda. Era una edición ya casi



venerable, con unas relajantes bandas verdes en la portada. No había terminado de leerlo, pero lo utilizaba para crear ambiente. Por último, se puso las gafas, un modelo de montura ovalada que había elegido años atrás tras probarse por lo menos otras ciento cincuenta. En realidad, Rojo no tenía más que una leve hipermetropía, gracias a la cual podía leer carteles desde muy lejos. Las gafas formaban parte del mismo atrezzo que *La rama dorada* y la estilográfica.

Consultó su reloj de bolsillo (la persona que consulta un reloj de bolsillo nunca parece tener tanta prisa como la que mira un reloj de muñeca, aunque tan solo sea porque tarda más en sacarlo). Carreño debía estar al llegar.

Un minuto después, llamaron a la puerta. La voz gutural de Danvers pidió permiso para entrar.

—Adelante.

Se veía a Carreño más pequeño, apabullado por la masa del guardián. Traía las manos esposadas.

—Por favor, señor Danvers, ¿podría quitarle las esposas?

—No hay problema, doctor. Estoy seguro de que el señor Carreño se portará bien.

El preso volvió la mirada hacia su guardián y sonrió débilmente mientras le soltaba las manos.

—Por favor, señor Carreño, tome asiento —le invitó Rojo, con un gesto de la mano—. Señor Danvers, entiendo que tal vez usted tenga instrucciones de quedarse aquí, con nosotros, pero si fuera tan amable de dejarnos solos...

Ahora estoy sentado y controlo la situación, pensó. Sácame de aquí si puedes, Godzilla.

—Esperaré ahí fuera —accedió Danvers—. Si hay algún problema, lo veré por el cristal.

Cuando se quedaron solos, médico y paciente se miraron durante unos segundos. Rojo observó que había más expresión en el rostro de Carreño. Tenía una leve sudoración entre la nariz y el labio superior, y los dedos de su mano derecha tabaleaban sobre el reposabrazos de la silla. Evidentemente, le habían disminuido la dosis de tranquilizante.

Pero seguía llevando el Anóneiros.

—¿No le molesta ese aparato? —le preguntó en castellano.

—No demasiado. —Carreño entornó los ojos y se cubrió la barbilla con la mano en un gesto de suspicacia.

—Veo que es un modelo un poco anticuado. Le puedo conseguir uno como el mío, de fibra. Le aseguro que es como un gorro de dormir: uno casi ni se da cuenta de que lo lleva puesto.

—Prefiero darme cuenta de que lo llevo puesto, doctor Rojo.

El psiquiatra sospechaba que la manía de llevar la “Corona” a todas horas era central en la presunta patología de Carreño, pero prefirió no preguntar aún.

—Como quiera usted. Mire, señor Carreño... ¿le importa que le llame Álvaro?

—Estoy más acostumbrado al apellido. Puede llamarme Carreño, a secas.

—De acuerdo. Haremos un pacto: yo le llamaré Carreño y usted a mí Rojo. Ya sé que usted también es doctor, así que podemos prescindir de esos tratamientos.

Carreño soltó una breve carcajada. Pero los brazos aún seguían engarfiados a los reposabrazos, como si temiera caerse de una montaña rusa.

—Ustedes, los doctores en Medicina, son más doctores que los de otras disciplinas.

—Eso dicen, sobre todo mis colegas. Carreño, voy a ser sincero con usted. Mi única intención es ayudarle.

—No es el primer psiquiatra ni psicólogo que me dice eso.

—Me lo imagino. Pero hay una diferencia clara. —Rojo se quitó las gafas y proyectó el cuerpo hacia delante para crear un aire de confidencia—. A mí me ha enviado aquí la Embajada española. Digamos que su caso se ha convertido en una cuestión nacional, y mi única misión es salvarle de la inyección letal, sin entrar en si es culpable o si deja de serlo. —Rojo volvió a echarse hacia atrás—. Por otra parte, no negaré que, como psiquiatra, es un honor para mí trabajar con una mente tan privilegiada como la suya.

—Muy amable —contestó Carreño, apretando los labios. Tenía una forma inquietante de mirar a los ojos. En realidad, parecía estar atisbando un poco más atrás, como si su interlocutor hiciera sombra a alguna luz escondida.

—De momento, no voy a grabar nuestras conversaciones —prosiguió Rojo—. Si más adelante lo juzgo necesario para el caso, se lo diré. Pero sepa usted que en ningún caso le grabaré sin su consentimiento.

—Gracias.

Rojo puso el maletín sobre la mesa y sacó de él un breve cuestionario, que le pasó a Carreño. Lo había confeccionado la noche anterior. Le rogó que lo leyera, y mientras lo hacía, le observó.

Los ojos de Carreño lo recorrieron prácticamente en diagonal, y se lo devolvió en un tiempo que a Rojo le habría parecido imposible de no haber conocido otros casos de lectura hiperrápida. A su pesar, se sintió intimidado.

—¿Qué le parece?

—Que si contesto que sí a unas cuantas preguntas, me tomarán por loco. ¿Es eso lo que debo hacer?

—Bueno, tal vez más adelante me atreva a hacer de abogado con usted y a sugerirle lo que debe hacer... Pero ahora me gustaría que nos centráramos más en lo que *de verdad* contestaría.

Carreño meneó la cabeza.

—Me parecen unas preguntas un poco descorteses. Imagínese que saco a una chica a bailar y le pregunto: “¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? ¿Quieres practicar el sexo oral conmigo? ¿Crees que hay alguien que se introduce en tu mente y que te obliga a pensar en cosas extrañas?”

Rojo se rio, sinceramente divertido.

—*Touché*. Normalmente no le habría presentado esas preguntas tan descarnadas a las primeras de cambio. Pero sé que es una persona muy inteligente y, en cierto modo, prefería mostrarle por dónde van mis sospechas.

—Y no solo sus sospechas, sino también su estrategia.

—Ya le he dicho que no voy a oficiar de abogado.

Carreño volvió a coger el cuestionario, se retrepó en la silla y fue pasando líneas con el dedo.

—Veamos, doctor, trataré de contestar a sus preguntas. Primero las que tienen respuesta negativa. No, no diría que nadie esté escuchando mis pensamientos, ni robándolos. En cuanto a que alguien se introduzca en ellos, no diría *exactamente* que sí.

—¿Qué quiere decir con *exactamente*?

Carreño comprobó de forma maquinal las conexiones de su Anóneiros.

—Tenga un poco de paciencia, doctor. Se lo explicaré a su debido tiempo.

—No es tiempo lo que le sobra a usted —replicó Rojo, picado, y se arrepintió de sus palabras al momento—. Perdona. No quería...

—Por otra parte —prosiguió Carreño, que no parecía haberle oído—, no creo que haya ninguna conspiración contra mí, ni que quieran arruinar mi reputación. No creo estar poseído por ninguna fuerza sobrenatural... no sé si algo funciona mal en mi cuerpo... tampoco creo carecer de cuerpo. Vaya, qué preguntas más curiosas. ¿Hay gente que cree carecer de cuerpo?

—Se sorprendería de las cosas tan extrañas que se ven en mi profesión.

Carreño levantó los ojos del cuestionario y los clavó en los del psiquiatra.

—Y usted se sorprenderá de las cosas tan extrañas que yo he visto.

Rojo sintió que su pulso se aceleraba. Había una clave, sí, y no estaba tan lejos de ella. Pero comprendió que Carreño solo levantaría el velo de ese secreto cuando él quisiera.

—Que si tengo poderes especiales... ojalá... Estar en la ruina... bueno, no lo estaba. No sé cómo andarán mis finanzas ahora.

—Me da la impresión de que está usted saltándose preguntas —le interrumpió Rojo—. ¿Por qué?

—Estaba reservando para el final las respuestas que pueden decidirle a ponerme la camisa de fuerza. Escuche: “¿Se siente culpable de algo, siente vergüenza por algo que haya hecho?” Sí, he hecho cosas terribles.

—¿Qué co...?

Carreño le hizo callar con un gesto y prosiguió.

—“¿Tiene la sensación de que el mundo exterior no existe?” En cierta medida. Al menos, no existe como siempre habíamos creído.

»“¿Tiene usted una importante misión de la que depende el destino de la humanidad?” Tal vez. Solo he conseguido ganar algo de tiempo.

»“¿Cree que la apariencia de alguna persona cercana ha cambiado de una forma que solo usted percibe? ¿Cree que podrían estar suplantando a dicha persona?” Esa pregunta parece diseñada expresamente para mí.

Y, sin embargo, era una pregunta habitual para detectar el llamado “delirio de sosias”. Pero Rojo se limitó a asentir.

»“¿Tiene la sensación de que le está ocurriendo algo extraño e inexplicable a su entorno, o a usted mismo? ¿De que va a pasar algo terrible?” Sí, rotundamente sí. En realidad, lleva pasando ya mucho tiempo, aunque no queramos verlo.

Rojo estaba fascinado. Carreño estaba deshilvanando abiertamente la trama de lo que debería calificarse como un delirio modélico, el perfecto ejemplo de manual de psiquiatría. Sin embargo, aunque los signos físicos seguían revelando un estado de ansiedad, su voz pasaba revista al cuestionario con la distante objetividad de un científico que observara un cultivo de bacterias por el microscopio.

—“¿Hay situaciones que le hacen sentir ansiedad, miedo o incluso pánico?”. Es evidente que sí. Por eso llevo la “Corona” a todas horas.

»“¿Ha oído alguna vez voces dentro de su cabeza? Si es así, ¿puede describirlas? ¿Qué le dicen exactamente?” Sí, he oído una voz. Era inefable. Cuando llegue el momento, sabrá lo que me decía. Algo me dice que usted también acabará oyéndola.

»“¿Ha visto cosas que otras personas no podían ver?” Sí, las he visto, y no quiero volver a verlas. También por eso llevo la “Corona” a todas horas.

»“¿Ve un significado especial en la manera en que suceden algunas cosas, algo de lo que los demás no se dan cuenta?” Veo un significado especial en la manera en que sucede *todo*.

Carreño volvió a dejar el cuestionario sobre la mesa, esta vez con un gesto definitivo.

—¿Qué le parece, doctor? —A su pesar, la voz le salió trémula—. ¿Estoy loco o no?

—La psicóloga del centro le sometió a usted a un cuestionario en el que había algunas preguntas similares a estas. Sin embargo, sus respuestas fueron negativas. De hecho, la señora Rosen me comentó que no parecía usted presentar ningún desequilibrio.

—Y así y todo, usted me ha vuelto a hacer esas preguntas.

—Si no pensara que tiene usted algún desequilibrio, no estaría aquí. En eso he de basarme para obtener la conmutación de su pena. Ahora le vuelvo a preguntar: ¿por qué ahora me ha dado estas respuestas, cuando antes no lo hizo?

—¿Se refiere a por qué soy sincero ahora?

—No, me refiero a por qué ha dado estas respuestas. Aún no puedo juzgar su sinceridad o su falta de sinceridad.

—¿Cree usted que soy un asesino, doctor?

La pregunta desconcertó a Rojo.

—No soy miembro de ningún jurado. No se trata de dar ningún veredicto, sino de dictaminar si usted era plenamente dueño de sus actos cuando hizo lo que hizo...

—Lo que hice se llama asesinato.

—Usted lo reconoció en el juicio, sí, pero apuntó algo que es la razón de que me hayan hecho venir aquí. «Esa mujer no era mi esposa», dijo usted, en contra de todas las evidencias.

—¿Usted me cree?

—No acabo de entenderle.

—¿Cree que dije la verdad cuando declaré que aquella mujer no era mi esposa? —se impacientó Carreño. Los síntomas de ansiedad se estaban agudizando.

—Por lo que me consta, aquella mujer *era* su esposa. Ahora bien, tal vez usted creyera sinceramente que no lo era. Eso es lo que quiero averiguar, y esa es la mejor opción que tenemos para que se le conmute la pena.

—Lo sé. Por eso he contestado a su cuestionario. Creo que usted es el único que puede ayudarme.

—Gracias por su confianza.

Carreño le miró intensamente a los ojos. De nuevo se sintió Rojo como si él solo fuera una sombra en la caverna, y Carreño pudiera mirar directamente al mundo eterno que había más allá.

—No me lo agradezca. Cuando esto termine, tal vez esté usted tan loco como yo.

Aunque había visto y oído muchas cosas espeluznantes en su trabajo, Rojo se estremeció.

Cuando Danvers se llevó a Carreño de vuelta a la celda, Rojo se quedó transcribiendo las anotaciones y recuerdos de la entrevista. Ya casi había terminado de hacerlo cuando sonó un leve toque en la puerta. Antes de que pudiera decir “adelante”, la puerta se abrió y Olivia pasó con toda naturalidad a su despacho. Sin quitarse la bata blanca, se quedó clavada en mitad de la sala con los brazos en jarras. Rojo no supo cómo interpretar su gesto. ¿Le estaba echando con cajas destempladas, o pretendía salir otra vez?

—¿Qué tal le ha ido la entrevista?

Rojo se encogió de hombros.

—Aún no sabría qué decirle. Parece que empieza a confiar en mí, pero es pronto para avanzar nada.

—Entiendo. Doctor Rojo, ¿podría pedirle algo?

—Cómo no...

—Me gustaría que viera usted a alguien. No tiene nada que ver con el caso que le ha traído aquí, pero quiero saber su opinión profesional. Anoche estuve hojeando su libro sobre la narcolepsia de Pisani, y me pareció interesante. —Sonrió y la severidad de sus facciones se suavizó—. No sabía que era usted tan conocido en su campo. Lamento mi ignorancia.

Halagado, Rojo recogió su material y se puso de pie.

—En estos tiempos es imposible mantenerse al día, ni siquiera en campos vecinos, como los nuestros. ¿Tienen algún caso del Pisani aquí?

—Usted mismo me lo dirá...

Salieron del despacho y se dirigieron hacia otro pabellón más pequeño y apartado, que Rojo no había visto hasta entonces. Mientras caminaba con zancadas rápidas y precisas, la psicóloga le explicó que en aquel pabellón había ochenta mujeres internadas. Estaba separado del resto por alambradas y puestos de guardia y disponía de sus propias instalaciones. En realidad, era casi una prisión aparte, excepto por el hecho de que el director, el personal médico y la propia psicóloga eran los mismos.

No llegaron a entrar en la zona de las galerías. Olivia le condujo directamente ante una puerta con un cristal translúcido en la que un cartel rezaba ENFERMERÍA. La psicóloga llamó a la puerta, abrió un segundo después sin esperar respuesta y se coló. Rojo se apresuró a seguirla. Atravesaron un dispensario con una mesa barata de color verde, una camilla y un biombo. En la camilla había una interna sentada. Tenía la camisa del uniforme abierta y una médica le estaba examinando los pechos. La doctora saludó a Olivia con un gesto distraído, mientras seguía con su labor. Salieron del dispensario por otra puerta acristalada y la psicóloga musitó una disculpa, ruborizándose un poco, como si Rojo la hubiera visto desnuda a ella en vez de a la reclusa.

Llegaron a un pasillo en el que se abrían varias puertas. Olivia eligió una señalada como UNIDAD DE CUIDADOS. Volvió a llamar y esta vez aguardó un poco más antes de pasar. Empezaba a adquirir buenas costumbres, se dijo Rojo, con ironía.

La sala era algo más grande que el dispensario y tenía mejor aspecto, aunque la pintura del techo se estaba descascarillando y en los azulejos de las paredes aún quedaban restos de yeso que no se habían molestado en limpiar después de ponerlos. Olivia le explicó que allí tenían equipo suficiente para solucionar urgencias, pero que en casos graves evacuaban a las internas al hospital regional de Rapid City.

En aquel momento, la unidad de cuidados solo tenía una ocupante. Psicóloga y psiquiatra se acercaron a la cama metálica, uno por cada lado, y se quedaron mirándola. Era una mujer negra, de unos cuarenta años, a juzgar por el rostro. Por debajo de la sábana asomaba un brazo esquelético, conectado a un gotero. Tenía sondada la nariz. Por debajo de los párpados se advertía claramente el movimiento de los ojos. Parecían tener vida propia, como larvas de avispa que tratasen de salir del cadáver de su víctima ya consumida.

—Un sueño REM intenso, por lo que parece —comentó Rojo.

La doctora le señaló los electrodos: los tenía conectados al cráneo, a ambos lados de los ojos y en el cuello. La vista de Rojo siguió los cables hasta el monitor que había a la cabecera de la cama. El trazado de las ondas cerebrales se parecía a las ondas alfa que se presentan en la vigilia, cuando el paciente está tranquilo y tiene los ojos cerrados; pero, para un observador experto como él, era inconfundible: sueño paradójico, más conocido como sueño REM. Una invitación al desastre y algo que en aquellos tiempos estaba prohibido por ley.

—Hábleme un poco de esta mujer.



—Se llama Susan Grafter. Condenada por prostitución ilegal, robo y consumo de drogas. Veintisiete años...

Rojo levantó la mirada, incrédulo.

—¿Cómo?

—Sí. Podría parecer que tiene el doble, ¿verdad?

Rojo se inclinó de nuevo y estudió el rostro de la mujer. Ahora que la miraba mejor, tal vez aquellas arrugas, aquel acartonamiento casi ceniciento de la piel fueran debidos a la enfermedad. Se agachó un poco más y, casi sin querer, percibió la fetidez acre de su respiración...

... y el olor llegó hasta su hipotálamo y despertó imágenes y sonidos que siempre acechaban bajo la línea de flotación de su conciencia, como taimados cocodrilos que aprovecharan para asomar sus colmillos al menor descuido.

Estaban todos sentados a la oscura mesa de caoba del comedor, su madre, su hermano, su hermana. También su padre, un pediatra, un hombre alto con un espléndido cabello blanco, una persona razonable en la época de caos que había seguido a la epidemia de narcolepsia. Les repartía un cóctel de pastillas en el que predominaba la benzodiacepina: una mezcla explosiva que a la larga les provocaba a todos angustias, sudoraciones, vómitos y ataques de pánico, pero que era la única forma de inhibir el sueño REM. Solo así Rojo podía cerrar los ojos, rendirse por fin a la fatiga que soplaba arena en sus párpados, y rezar para que de nuevo la droga funcionase, rezar para no soñar, rezar para sobrevivir una noche más.

—Tiene todos los síntomas —seguía informándole la doctora—. Mantiene tono muscular, en contra de lo que era habitual en el sueño paradójico pre-Pisani, pero se da también parálisis del sueño. Además...

Las palabras de la psicóloga le llegaban trenzadas con sus propios recuerdos.

Su madre tendida en la cama del hospital donde trabajaba su padre, en una habitación privada, a media luz; el aire impregnado de un ambientador de vainilla que apenas lograba disimular la pestilencia creciente.

La enfermedad de su madre había cursado como un caso típico. Una noche, a pesar de las pastillas, había experimentado sueños delirantes. Apenas podía hablar de ellos, más que con vagas descripciones: un mundo muerto, una luz negra, ojos que chillaban en su mente... Su padre había intentado tranquilizarla. «Te daré más benzodiacepina. Esta noche no soñarás más, te lo prometo». Pero todos sabían que cuando el Pisani clavaba las garras en alguien ya no lo soltaba.

Para cuando su madre enfermó, el número de víctimas del síndrome en todo el mundo se calculaba ya en trescientos millones. Índice de curaciones: cero. Índice de mortalidad: cien por cien.

Por más que le subieron la dosis, su madre ya no dejó de soñar. Intentaba resistirse y no dormir; se mojaba la cara con agua helada, se clavaba las uñas en las palmas de las manos hasta hacerse sangre, se mordía los nudillos. Pero al final el cuello perdía el tono, los ojos se cerraban, y los sueños REM tardaban cada vez menos en presentarse y duraban más tiempo. Soñaba durante horas y horas, y sus ojos intentaban seguir las imágenes vertiginosas que se adueñaban de su mente

mientras su respiración se agitaba. Los músculos estaban duros, casi agarrotados, pero no podían realizar el menor movimiento.

... Con los ojos húmedos, Rojo observaba el movimiento obsesivo bajo los párpados de la reclusa. ¿Qué inimaginables sufrimientos estarían atormentando su mente, sin que ella pudiera comunicarlos?

—¿Cómo son los periodos de vigilia?

—Ya no hay vigilia —le informó Olivia—. Se pasa en sueño REM todo el tiempo.

... durante tres semanas, su madre había luchado contra Morfeo, el tirano que había dejado de ser dulce. Su padre pidió una excedencia temporal para estar con ella a todas horas y había luchado por mantenerla despierta, a sabiendas de que era una guerra perdida. Al principio, ella caía rendida después de presentar batalla; pero conforme pasaban los días era más fácil que cualquier estímulo externo (el destello de una luz, una tos, una palabra inesperada) la hiciera dormirse directamente. Entonces los ojos volvían a girar en círculos desesperados, y la respiración perdía todo ritmo: tan pronto se aceleraba como frenaba, o llegaba a cortarse en episodios de apnea que, sin embargo, no la hacían despertar. Rojo la veía boqueando como un pez fuera del agua, miraba a su padre que se mordía los labios de impotencia y horror, volvía a mirarla a ella. Y, sin embargo, su madre no se despertaba. Cuando ya parecía a punto de hacerlo, volvía a respirar con un espantoso gorgoteo, un estertor que traía vaharadas de olor acre. Y así, horas y horas. Los periodos de vigilia se hicieron más breves, y para colmo apenas podían hablar con ella, ya que pronto dejó de reconocerlos y solo balbuceaba frases inconexas.

Por fin, cayó en un sueño perpetuo, atormentado, y nunca volvió a pronunciar una palabra.

—... perdido treinta y dos kilos desde que enfermó.

Rojo se volvió hacia la psicóloga. Sí, su madre también había perdido peso. Todo su peso...

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? —preguntó.

El Anóneiros, el aparato inhibidor de las ondas cerebrales propias del sueño paradójico, había llegado demasiado tarde para su madre, pero no para aquella mujer.

—Se produjo un fallo en su Anóneiros —explicó Olivia. Y, al apreciar el reproche en la mirada de Rojo, se apresuró a añadir—: No es la primera vez que ocurre. Estos aparatos fallan a veces.

—Existe una ley federal que exige a los fabricantes revisarlos cada tres meses, ¿no es así?

La psicóloga se encogió de hombros.

—Me temo que hace casi un año que los encargados de la revisión no vienen por aquí. Le puedo asegurar que ya me he quejado más de una vez, pero ese asunto está fuera de mi competencia. La verdad es que hemos tenido

siete muertes por Pisani en los tres últimos años; demasiados para nuestra población reclusa.

Con cierta repugnancia, Rojo tocó las mejillas de la enferma. La piel estaba seca y muy, muy caliente...

... Después de sumirse en el sueño continuo, la enfermedad de su madre se precipitó por la última rampa, aquella fase que más desconcertaba a los científicos y que aún seguía sin comprenderse. Su cuerpo, alimentado por sonda, se negaba a asimilar ningún nutriente, y sin embargo su temperatura subía como si el metabolismo se estuviese acelerando: cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres grados, y su cerebro seguía produciendo ondas REM en lugar de reventar. La piel se le agrisó y se le empezó a cuartear como tierra seca alrededor de los huesos. Y al final, días después, delante de los horrorizados ojos de su padre, y de los suyos, como hijo mayor, aquello que una vez había sido su madre se descompuso en un montón de reseca cenizas.

A los enfermos del Pisani no hacía falta incinerarlos. Pero tampoco se les podía practicar la autopsia. Cualquier muestra de tejido se convertía en polvo durante un análisis que solo revelaba una imposible descomposición en sustancias inorgánicas, como si aquellos restos jamás hubiesen sido materia viva.

Rojo se secó los ojos discretamente. Si había escrito el libro sobre la narcolepsia, e incluso si había estudiado Medicina y Psiquiatría, era para superar aquellos recuerdos. Pero pedía un imposible.

Si al menos los recuerdos no vinieran acompañados de aquella pestilencia. ¿O era la pestilencia la que los despertaba?

—Es evidente que esta mujer sufre la narcolepsia de Pisani —concluyó, recobrando el control—. Pero, ¿qué es lo que tiene de especial este caso?

—El tiempo, doctor Rojo.

—¿A qué se refiere?

—¿Cuánto tiempo suele durar esta enfermedad?

Rojo se incorporó y se apartó un poco de la reclusa, espirando con fuerza, como si se sonara la nariz. Pero la fetidez ya se le había quedado dentro.

—Desde los pródromos hasta el desenlace final... ocho, nueve semanas. Doce, en el mejor de los casos. Creo que no hay documentado ningún caso de trece semanas.

Olivia se cruzó de brazos y le miró consciente de su importancia.

—Pues Susan Grafter lleva en este estado once meses. ¿Qué le parece?

Rojo silbó entre dientes y miró de nuevo a la reclusa. De pronto se le ocurrió una idea que a él mismo le pareció absurda: once meses era el tiempo que llevaba Carreño en aquella prisión. No, ambos hechos no podían tener relación alguna.

—Y no solo eso —prosiguió Olivia—. Además esta mujer habla en sueños.

Rojo enarcó una ceja, aún más perplejo.

—Los afectados por la narcolepsia de Pisani *nunca* hablan en sueños. Al menos no conozco casos documentados.

—Pues aquí tiene documentación de sobra. Desde que Susan empezó a hablar, procuramos grabar todo lo que decía.

Olivia se acercó a una mesa en la que reposaba un ordenador y sacó de un cajón una pequeña unidad de archivo comprimido. Se lo tendió a Rojo.

—Me gustaría que lo escuchara usted y me diera su opinión. Susan Grafter: prostituta, drogadicta, no llegó a terminar la escuela elemental. No lo olvide.

## 8

—Le llaman el hombre de la mina. ¿Por qué?

—No sabía que me llamaban así, doctor Rojo. No me molesta, de todas formas. La mina de Highwater era un lugar interesante... mientras no descubrí nada en ella.

—En realidad eso es lo que quiero saber: qué descubrió en ella. He leído que trabajaba usted en algún tipo de “materia oscura”. Alguna gente de Rapid City estaba preocupada, temiendo que pudiera ser un proyecto secreto del gobierno. ¿Qué hay de eso?

—La materia oscura no es ninguna arma secreta, ni un material revolucionario para la industria del automóvil. Ni siquiera sirve para hacer sartenes antiadherentes.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Carreño se quedó mirando al psiquiatra, o más exactamente a un punto en la frente del psiquiatra, y volvió a comprobar que el Anóneiros estaba bien conectado.

—¿Puedo hacerle yo una pregunta? —dijo por fin.

Rojo entornó los ojos, desconfiado, pero al momento volvió a abrirlos y compuso un gesto relajado. No quería estropear un aire propicio a posibles confidencias.

—Se supone que las preguntas las hago yo —respondió fingiendo buen humor—, pero vamos a hacer una excepción.

—¿Por qué eligió la psiquiatría? ¿Qué buscaba usted exactamente en ella?

Rojo se quedó desconcertado.

—No es una pregunta fácil de responder. No sé. Antes que nada soy médico. Mi misión es aliviar los sufrimientos.

Carreño sonrió de medio lado, sin dejar de mirarle fijamente.

—No me lo creo. Tal vez esa sea una de las razones, pero en realidad lo que usted quiere es tener el control. De hecho, es un experto en manejar situaciones. Sí, lo que quiere es tener poder sobre sus semejantes.

Rojo pensó en cambiar el sendero que estaba tomando la conversación, pero luego decidió explorarlo un poco más. Halagado por el comentario de Carreño (aunque escondiera a su vez una dosis de manipulación), creyó que podría mantener el control.

—¿A qué poder se refiere usted?

—Al poder del conocimiento. Lo que usted quiere es saber qué se oculta tras los repliegues de la mente humana para así poder controlarla.

Rojo recordó algo que le había comentado la psicóloga en su primera conversación.

—Alumbrar las sombras de la mente humana...

—Eso es. Usted sabe que en la realidad que nos rodea hay bastante más de lo que se observa a simple vista. También sabe que nuestra ciencia es como el rayo de luz de una linterna de bolsillo proyectado en una cueva: es mucho más lo que se oculta fuera de la luz que lo que se ve dentro de ella. La diferencia es que usted quiere alumbrar las sombras del alma humana mientras que yo...

Carreño se quedó mirando a la nada. Aunque no lo pretendía, la pausa le quedó dramática.

—¿Usted qué?

—Yo quiero alumbrar las sombras del Universo.

Carreño volvió a callarse. Por un segundo miró a la izquierda, como quien se concentra para hacer un cálculo. Después le pidió a Rojo que le dejara una hoja de papel y un bolígrafo y empezó a escribir. Al terminar le pasó el folio al psiquiatra. En él había escrito con números diminutos y primorosamente redondeados: “De 0 a 1.000.000.000.000.000.000.000.000”.

—Imagínese que juega usted a esta lotería, doctor Rojo. Hay una cantidad de boletos casi infinita. Si conoce usted la notación exponencial...

—La conozco. Siga.

—Pues hay  $10^{30}$  números en este sorteo. El premio puede ser todo lo succulento que usted quiera.

—No me extraña: una lotería así no me podría tocar ni aunque viviera un millón de años.

—Pues imagínese que el número que sale ganador es el 999.999.999.999 —lo escribió—, y que tiene usted el 999.999.989.999 —lo volvió a escribir—. ¿Qué diría?

—¿Hay reintegro?

—No. Solo primer premio.

Rojo calculó la diferencia.

—Pues diría que es una faena. Me he quedado tan solo a diez mil números del premio gordo.

—¿Solo diez mil? ¿Le parece poco?

—Teniendo en cuenta que había  $10^{30}$  números en el bombo, es como si mi disparo hubiera pasado rozando el larguero.

—¡Es usted muy perspicaz, doctor Rojo! Imagínese ahora que estamos jugando a otra lotería. La lotería se llama “densidad del Universo”, y si nos sale el número que buscamos, el resultado es que el Universo es plano. ¿Ha oído hablar de ello?

—Sí. Sé que hay una vieja discusión entre los astrónomos sobre si el Universo es plano o curvo, aunque es algo que no resulta fácil de imaginar cuando se habla de cuatro dimensiones.

—Para la mayoría de las personas no. Para mí lo es —declaró con toda seriedad—. Sigamos: como he dicho, si acertamos con nuestro número, al que llamaremos Omega y que debe ser un 1, el Universo será plano. Todos los científicos nos quedaremos más contentos, porque en un Universo así los ángulos de un triángulo suman 180 grados, como nos enseñaron en el colegio, y porque todo parece más sencillo y más bello. Jugamos... y nos pasa como a usted en su lotería.

—Quiere decir que fallan por poco.

—Por demasiado poco.

—Pero lo suficiente para que el Universo no sea plano. Qué se le va a hacer —contestó Rojo, casi con hostilidad. Se estaba cansando de no llevar la voz cantante en la conversación.

—No es tan sencillo como *qué se le va a hacer*. Imagínese: la densidad crítica del Universo debe ser 1 para que sea plano, y nuestras mediciones nos dicen que, en cambio, es de 0’1. Parece mucha diferencia, diez veces menos, pero piense en nuestro argumento anterior... La densidad podría haber sido un trillón de veces inferior o un trillón de veces superior, y sin embargo *solo* es diez veces inferior. Omega podría haber estado infinitamente alejado del premio gordo, y sin embargo está a un miserable puesto de coma, a un solo orden de magnitud. ¿Entiende lo que digo?

—Ya... El tiro ha vuelto a pasar rozando el larguero.

—Así es. Y como el hecho de que el Universo sea plano tiene muchas ventajas (entre otras, la de que el Universo da la impresión de ser realmente plano), sospechamos que su densidad es, en realidad, exactamente 1. Si a nosotros Omega nos sale 0’1 es porque no hemos sabido medir el 0’9 de materia restante.

—Todo se reduce a un simple problema de medición, entonces.

—De medición sí, pero no tan simple. Es, además y sobre todo, un problema de *detección*. Esa masa que nos falta para que Omega sea 1 es la materia oscura que yo busco. Y si se llama así, materia oscura, es porque no se puede ver.

—Eso no debe ser problema. No creo que se fíen tan solo de la vista para detectar materia. Hay radiaciones que el ojo no puede ver, y...

—Convengamos en que llamamos “ver” a “detectar por métodos convencionales”. Y esos métodos convencionales solo detectan materia convencional. Mire usted: si ahora hubiera aquí, a nuestro lado, un psiquiatra y un condenado a muerte formados por partículas de materia oscura, no nos daríamos cuenta... ni siquiera aunque ocuparan el mismo espacio físico que nosotros.

—¿Cómo dice?

—No nos enteraríamos ni aunque estuvieran dentro de nuestros cuerpos, atravesando nuestras vísceras y nuestros huesos. ¿Cómo es eso posible? Porque la materia oscura no interactúa con la materia ordinaria. Es como si la ignorase. Los electrones y los protones de sus átomos no sentirían ni atracción ni repulsión por las partículas oscuras. Tampoco sus quarks interactuarían a nivel nuclear. Si le quisiera usted dar la mano al doctor Rojo del mundo sombrío, se atravesarían mutuamente... en el imposible caso de que se hubieran visto o de que hubiesen oído sus voces. Tan solo habría entre ambos una interacción gravitatoria, pero la fuerza de la gravedad es tan débil que ninguno de los dos sentiría nada...

—Muy interesante, Carreño. Creo que ya me hago una idea de sus investigaciones...

—Espere un poco. Esto es importante para nuestro caso, doctor Rojo. Mi intención no es solo *divulgativa*. Por lo que le he dicho, parece imposible detectar la materia oscura...

—Si no hay interacción con la nuestra, no se me ocurre ningún método que no parezca sobrenatural.

—Puede parecer sobrenatural, pero no lo es. En realidad, existe una *debilísima* interacción. Sí, una partícula de materia oscura puede atravesar millones de kilómetros de materia ordinaria sin que ocurra nada, pero a veces, si trabajamos con suficientes partículas (con trillones y cuatrillones de partículas), alguna chocará con una partícula ordinaria y producirá un algo, un minúsculo pulso de energía. Y ahí estoy... ahí estaba yo para detectarlo. Muchos lo habían intentado y fallaron. Yo lo conseguí.



—Tuvo usted suerte.

—Le aseguro que no fue ninguna suerte, doctor Rojo, créame usted. Ojalá me hubiera dedicado a ser crítico de arte.

La puerta retembló con los poderosos nudillos de Danvers.

—Cinco minutos, doctor Rojo...

—¡Gracias, Danvers! Mire, Carreño, tenemos que ir ganando tiempo. ¿Qué tienen que ver sus investigaciones sobre la materia oscura con... sus percepciones de que algo extraño le sucede a la realidad?

Carreño comprobó por enésima vez que el Anóneiros no se hubiese movido y contestó pasado un rato.

—Doctor, ya le he dicho que usted y yo tenemos algo en común. Somos los dos buscadores de sombras.

—Solo que no buscamos el mismo tipo de sombras, ya lo sé...

—Si sigue adelante, creo que descubrirá que sí, que tratamos de iluminar las mismas tinieblas. Pero si abandona ahora, le aseguro que no le criticaré por ello.

—¿Por qué? Quiero ayudarle. Es su vida lo que está en juego.

—Así es. Pero aunque usted descubra la verdad, no servirá de nada. Nadie le creerá.

—Ya lo veremos.

Carreño abrió la boca para hablar, sacudió la cabeza y se calló algo.

—No, es inútil. Ya no hay tiempo. Escuche, me niego a dejar que se rían de mí otra vez. Le propongo lo siguiente: baje usted a la mina Highwater. Allí deben seguir mis archivos, en el ordenador secundario. Consúltelos, curioseee todo lo que quiera y medite bien en lo que lea. Si cree al menos la mitad de lo que hay en ellos, vuelva aquí. Si no, no se moleste.

—¿Por qué no he oído hablar de esos archivos antes?

—Están ocultos y protegidos por una clave. —Carreño la escribió en la hoja, la dobló hasta reducirla a un tamaño minúsculo y se la entregó al psiquiatra. En ese momento se abrió la puerta y entró Danvers—. Es usted un hombre medianamente inteligente. Confío en que sepa orientarse.

Rojo se quedó con el papel en la mano y la boca medio abierta en una respuesta que no llegó a articular.

## 9

Rojo empleó dos días en hacer llamadas y compras para conseguir los permisos y el equipo necesarios para visitar la mina de Highwater. El antiguo superior de Carreño en el Caltech, Louis Connolly, le informó de que la mayor parte del material de investigación seguía en el fondo de la mina, aunque ya se había abandonado el proyecto.

—Después de lo que sucedió, hay gente aquí que no quiere tener nada que ver con los experimentos de Carreño —le dijo, sin precisar de qué gente se trataba—. Dentro de unos días mandaremos un equipo para que se lleven la Cámara de Berensky. Por favor, tenga en cuenta que vale mucho dinero. No la toque.

—Ni me atreveré a respirar cerca de ella.

—Aunque esa cámara en particular ya está algo anticuada, es muy sensible. Si la hemos puesto a más de mil metros de profundidad es para alejarla de la influencia de los rayos cósmicos, ya que podrían falsear las reacciones nucleares que pretendemos detectar. Allí abajo el fluido escintilador de la cámara solo debe interactuar con las partículas exóticas que estamos buscando.

Rojo asintió. No había tenido tiempo de preguntarle a Carreño por qué sus experimentos debían llevarse a cabo en las entrañas de la tierra. Ahora creía comprenderlo.

—No se preocupe por su aparato. Prácticamente ni lo miraré. Solo me interesan los archivos de mi paciente.

—Espero que tenga suerte. Aunque Carreño se merezca la muerte por lo que ha hecho, será un desperdicio destruir una mente como la suya.

Rojo se quedó pensativo delante de la pantalla.

—Profesor Connolly, usted conoce bien a Álvaro Carreño, ¿no es así?

—He trabajado cuatro años con él, aunque desde que se fue a Dakota del Sur nuestros contactos personales han sido muy esporádicos. Aún así, supongo que le conozco todo lo bien que se puede conocer a una persona como él.

—¿Qué quiere usted decir?

—Bueno... desde que cometió el crimen hemos hablado mucho sobre el tema, aquí en la Facultad. Al principio nadie se podía creer que lo hubiera hecho, pero luego... Al ir juntando impresiones y comentarios, uno se da cuenta de que Carreño era un tipo muy raro.

—¿No lo son todos los genios?

—Sí, supongo que se le podría considerar un genio desde cierto punto de vista, pero aún así... Hace falta algo más que talento intelectual para triunfar en la ciencia. Carreño es demasiado reservado y frío, y le importa un rábano la opinión de los demás. De hecho, nunca ha servido para trabajar en equipo. Es más del tipo del investigador solitario, usted ya me entiende... pero eso ya pasó a la historia. Hoy hay que colaborar, buscar consensos, sinergias...

—¿Y cómo fue que le concedieron un proyecto en solitario?

—En realidad, no era un proyecto tan solitario, ya que estaba en contacto conmigo casi en tiempo real. Pero es verdad que se las arregló para quedarse solo en esa mina... La verdad es que ni él pidió ayudantes ni nadie mostró entusiasmo por colaborar con él. —Se quedó pensando unos segundos y añadió—: ¿Quiere usted saber mi opinión?

—Por supuesto, profesor.

—Creo que Carreño tiene una vena de autismo. Incluso, diría más, cierta tendencia a la sociopatía. Sí, una persona aparentemente inofensiva, pero capaz de hacer cualquier cosa. Usted ya me entiende.

Rojo pensó en la alegría con que un profano como Connolly se permitía pronunciar dictámenes psiquiátricos y en la ligereza con la que usaba términos tan graves como “sociópata”. Si no hubiese dependido de él para bajar a la mina de Highwater, se habría permitido algún comentario cáustico. Pero todo lo que hizo fue darle las gracias y despedirse amablemente de él.

Al día siguiente, cuando aún no había amanecido, salió de Rapid City y tomó la carretera que se dirigía hacia Lead, al noroeste. Pronto se encontró en el corazón de las Black Hills, donde los pastos dejaron lugar a bosques de coníferas, tan extensos como solo se ven en Norteamérica. Al tomar el desvío a Deerfield se encontró con los restos del gran incendio que había asolado las montañas el verano pasado. Las primeras luces del día alumbraron un paisaje que se le antojó extraterrestre, con los negros troncos alzando sus gruesos trazos de carboncillo sobre el blanco fondo de la nieve invernal.

Poco después llegó a un nuevo desvío. Un cartel indicaba que aún faltaban cinco millas para la mina de Highwater. Miró su reloj. Habían pasado cincuenta minutos desde que salió de Rapid City. De modo que Carreño tardaba una hora más o menos en llegar a la mina donde trabajaba prácticamente solo en sus experimentos. Mientras, por lo que contaban los vecinos, su mujer se quedaba durmiendo hasta tarde y esperando a pasar otro día de aburrimiento.

Quizás fuera por la tristeza fantasmal de aquel lugar desolado, pero Rojo se sentía extrañamente pesimista esa mañana. Se había levantado con dolor en la boca del estómago y aún no se le había pasado. Tal vez la idea de descender a mil quinientos metros de profundidad le preocupaba más de lo que quería reconocerse a sí mismo. Jamás había bajado a una mina. Recordaba los tiempos anteriores al Anóneiros, cuando a menudo soñaba que entraba en túneles o galerías oscuros y se quedaba atascado en pasos angostos. Si hubiera sido seguidor de Freud, habría pensado que se trataba de una reminiscencia del trauma del parto.

Tras una curva muy cerrada atravesó el límite del incendio, y el paisaje volvió a ser blanco, pardo y verde. Respiró un poco mejor. Poco después apareció un gran cartel que indicaba: BIENVENIDOS AL CENTRO DE VISITANTES DE HIGHWATER. Rojo detuvo el coche ante unas casas blancas, con tejados de pizarra a dos aguas. En una de ellas rezaba CENTRO DE VISITANTES. Se bajó del vehículo y se puso un forro polar. En ese momento se abrió la puerta de la casa y de ella salió una mujer rubicunda y fuerte, vestida con una gruesa camisa de leñador. Le estrechó la mano y sonrió con la misma franqueza que había demostrado en sus teleconferencias.

—Bienvenido, doctor Rojo. ¿Ha tenido algún problema para llegar hasta aquí?

—Ninguno, señorita Norfolk. Sus indicaciones eran muy precisas.

—Pase, por favor, y llámeme Meg. ¿Le apetece un café caliente?

Entraron al centro de visitantes y la mujer le ofreció un vaso de café negro y denso como alquitrán. Rojo lo deglutió con dificultad, consciente de que cada sorbo que entraba por su garganta agudizaba su dolor de estómago. Mientras, Meg le enseñó un diagrama de la mina.

—Lo que está marcado en verde es la zona que enseñamos a los visitantes —le explicó con la ayuda de un puntero—. Se baja por el pozo Jeremiah, que está aquí cerca, y se visitan los niveles 1 y 2, para mostrar cómo era la minería en los viejos tiempos. ¡A la gente le encanta, sobre todo a los niños! Después se baja por este ascensor hasta el nivel 9, para que les puedan contar

a sus amigos que han estado a mil doscientos metros de profundidad, y se les enseña algo de las técnicas recientes. —La mujer soltó una carcajada—. Claro, que teniendo en cuenta que la mina lleva cuatro años abandonada, ya no son tan recientes.

—¿En qué nivel está el laboratorio?

—En el 11, a 1460 metros de profundidad. Ese solo se lo enseñamos a los VIPs, por un acuerdo con el Caltech. Aunque últimamente hemos recibido bastantes solicitudes para visitarlo: parece que el crimen de Carreño ha despertado el morbo de la gente.

—¿Tenía usted mucho trato con Carreño?

—No demasiado. Era un hombre muy reservado, y a veces resultaba un poco hosco. No quiero decir que fuera maleducado, porque no lo era, pero le faltaba confianza en los demás. No creo que sea bueno tener tanta inteligencia...

—Ya, ya —la interrumpió Rojo, un poco cansado de escuchar análisis psicológicos de aficionados—. Bueno, señorita, Norfolk: muchas gracias por el café. Creo que ya va siendo hora de bajar a la mina.

—Ha elegido un buen momento. Normalmente, hoy es el día en que no recibimos visitas. Tendrá toda la mina para usted.

—¡No, gracias! —rechazó Rojo, fingiendo un estremecimiento—. Me basta con visitar el Nivel Once.

—¿Tiene usted claustrofobia?

—No exactamente, pero tampoco me hace mucha gracia tener mil quinientos metros de roca sobre mi cabeza.

—Ya verá cómo está todo perfectamente iluminado. De todas formas, le daré algo más para su tranquilidad.

La mujer abrió un armario de metal y le entregó un casco amarillo provisto de un foco en la frente y un cinturón con una batería. Después, descolgó un teléfono, marcó dos números y dijo:

—Tecumpeh, nuestro visitante ya está aquí. ¿Puedes venir? —Después, le explicó a Rojo—. Tecumpeh es el vigilante de esa parte de la mina. No suele hacer de guía, porque es hombre de pocas palabras, pero puede usted confiar en él.

—¿Tecumpeh? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Un nombre sioux. Tecumpeh es de la tribu oglala, que a su vez es una rama de los sioux.

Poco después llegó su guía. Era un hombre ya mayor, con el rostro surcado de arrugas. Sus ojos miraban severos, como si estuviera posando para

un daguerrotipo del hombre blanco. Se mantuvo a cierta distancia de Rojo y para estrecharle la mano estiró el brazo y giró un poco el hombro, como suelen hacer las personas acostumbradas a vivir en grandes espacios.

La señorita Norfolk se disculpó, ya que tenía que atender a unos papeleos. Rojo salió del centro de visitantes y le preguntó a Tecumpeh por dónde entrarían. El indio le señaló a la izquierda de la casa. Había unas escaleras rodeadas por una barandilla blanca que se internaban en el suelo. Al psiquiatra le pareció un poco anticlimático. Recordaba a una boca de metro. POZO JEREMIAH, rezaba un cartel.

—¿Por aquí entraban los mineros?

—No. Lo hacían por allí. —Tecumpeh le señaló ahora en otra dirección, más allá de las casas. Allí se veía una alambrada, y más allá cobertizos, almacenes, grúas, un castillete y grandes tuberías que brotaban del suelo—. Ese era el pozo principal. El pozo Jeremiah fue la primera boca que se abrió, hace más de cien años. Ahora solo entran turistas por él.

—Bueno, y por la otra boca no entrará nadie, ¿no?

Tecumpeh se volvió hacia Rojo y se limitó a mirarle fijamente. Sí, claro, se respondió el propio Rojo: la mina estaba cerrada. La pregunta sobraba.

Al final de las escaleras había una reja metálica cerrada con una gruesa cadena y un candado. El indio la abrió y dio las luces. Pasaron a un túnel abovedado, bastante espacioso, alumbrado con fluorescentes en el techo. En las paredes de cemento, había algunas pintadas. Rojo pensó en hacer algún comentario, pero se calló. Obviamente, a su guía no le agradaban las conversaciones triviales.

Llegaron a un ascensor. El indio se puso el casco e indicó a Rojo que hiciera lo propio. Luego pulsó un botón que señalaba -2. Tras una breve bajada, se encontraron en una galería más estrecha, de sección cuadrada y reforzada con vigas de metal. Caminaron unos cincuenta metros al lado de un antiguo raíl y llegaron a otro ascensor, en realidad una jaula de extracción de mineral. Tecumpeh pulsó -11.

Mientras bajaban, Rojo se dio cuenta de que hacía más calor que en el exterior, y bajó un poco la cremallera del forro polar. De nuevo estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. No hay nada más ridículo que comentar cómo está el tiempo cuando se monta en un ascensor, aunque sea el de una mina.

El dolor en la boca del estómago persistía, incluso más fuerte que al levantarse. Bajaban despacio y en penumbras, alumbrados tan solo por una

pálida bombilla. De vez en cuando atravesaban un nivel y se atisbaban las galerías, pero la mayoría tenían las luces apagadas.

Rojo decidió que tenía que hablar, aunque incurriera en la desaprobación del Gran Jefe Sioux.

—¿Conocía usted al señor Carreño?

El indio asintió.

—¿Qué impresión le daba?

Tecumpeh le miró sin entenderle.

—Me refiero a qué pensaba usted de él. Todo el mundo dice que era una persona rara.

—Ya. El profesor era un hombre de pocas palabras. Él me decía “dame estas luces” y yo se las daba, y me decía “muéveme estas piezas” y yo las movía. A veces me traía whisky.

—Hmm...

—He oído que le van a pinchar con la inyección que mata. Mala suerte.

—Así es. Aunque mi misión es evitar que eso suceda.

—¿Por qué? ¿Ha descubierto usted que él no mató a su mujer?

—Puesss... no. No es eso lo que pretendo. Yo tengo que averiguar si... si le pasaba algo raro en la cabeza y por eso hizo lo que hizo. En ese caso la culpa no sería toda suya.

Tecumpeh asintió con gesto grave.

—Hay algo ahí abajo —explicó, ahora un poco más locuaz—. El profesor estaba buscando fantasmas en su cámara, y yo creo que los encontró.

Fantasmas, sombras, materia oscura; tal vez todo consistiera en la forma de verlo. Pero, ¿qué relación unía la búsqueda de unas partículas exóticas con el asesinato de una mujer americana nacida en una familia decente y aburrida? ¿Y con el Anóneiros? De alguna manera, Rojo intuía que la clave estaba en la “Corona” y en la narcolepsia de Pisani. Tal vez el dolor en la boca del estómago era algo más que opresión; acaso era el presentimiento de que iba a descubrir algo muy importante. Increíblemente importante.

Cuidado, se dijo. Esa era una buena forma de empezar a construir un delirio paranoico: descubrimientos geniales, salvar al mundo, amenazas en la sombra. Él no tenía esposa a la que asesinar, al menos, pero no quería seguir los pasos de Carreño.

Si no quería seguir sus pasos, ¿por qué bajaba a su mina?

—¿Cree usted en los fantasmas, Tecumpeh? —le preguntó con toda seriedad.

El indio negó con la cabeza.

—Yo no los he visto, pero los he visto en los ojos del profesor. Creo que él se encontró con el Wendigo.

—¿El Wendigo?

El ascensor se detuvo.

—Nivel Once —le informó Tecumpeh, a la vez que abría la puerta enrejada—. Sígueme. Cuidado al pisar.

Avanzaron por un túnel más amplio que tenía forma de arco de medio punto. Estaba entibado con cuadros deslizantes y sembrado de tubos, cables y conductos diversos. Había luces cada cuatro metros, pero Rojo encendió la linterna de su casco. A pesar de la ventilación, sentía el pecho apretado, como si a aquellas profundidades el aire hubiera cuajado en gelatina y a duras penas quisiera entrar en los pulmones. Solo se oía el ronronear de los aparatos que mantenían la mina habitable, y sus propias pisadas en el suelo. A Rojo le hubiera gustado caminar con mocasines para no despertar ningún eco en aquellas galerías.

Wendigo, se dijo. Wendigo, repitió. Prefería saber quién o qué era Wendigo cuando estuviera fuera, a la luz del día. Dios santo, ¿por qué le estaba afectando tanto aquello? ¿Y si en realidad padecía claustrofobia?

Tras doblar un recodo se encontraron con otra puerta de barrotes. Tecumpeh la abrió y pulsó una serie de interruptores. Empezaron a encenderse luces, que mostraron una sala en forma de cúpula, de unos diez metros de diámetro. El suelo estaba cubierto con una plataforma metálica de enrejado romboidal. Había varias mesas, y sobre ellas ordenadores, periféricos y otros aparatos que a Rojo le resultaban desconocidos.

Tecumpeh le informó de que él no iba a seguir más adelante, y con la mano le señaló un teléfono interno, sobre una de las mesas. Si le necesitaba, no tenía más que llamarle. Estaría varios niveles más arriba, recogiendo lo que hubiesen dejado los visitantes del día anterior.

Ya solo, Rojo entró al laboratorio y lo examinó con atención. La iluminación era tenue, excepto en el centro, donde un foco alumbraba las mesas. Se giró, buscando la Cámara de Berensky, y no tardó en encontrarla. Era una gran cuba de paredes transparentes; debía tener unos tres metros de altura y más de uno de diámetro. Se acercó a ella con precaución. Observó que estaba montada sobre una base muy pesada, clavada directamente en la roca viva; la base era cóncava y estaba rellena con un líquido brillante. Al alumbrar directamente con la linterna se dio cuenta de que se trataba de mercurio y



silbó entre dientes. Así que la Cámara flotaba sobre metal líquido... Debía de ser una buena forma de amortiguar las vibraciones del suelo.

Las paredes de la cuba estaban plagadas de ventosas y cables, que confluían al pie de la cámara para entrar en un grueso tubo de plástico y dirigirse hacia los ordenadores, cinco metros más allá. No era una gran distancia, pero Rojo se sintió más seguro cuando la cruzó de nuevo y se encontró bajo la luz del foco.

—Hemos venido a trabajar —se dijo en voz alta, y se le escapó un silbido con las dos primeras notas del canto de los Enanitos en Blancanieves.

En una de las mesas había un panel de control sembrado de luces e interruptores. Probó el que ponía principal. Los aparatos empezaron a despertar, unos más diligentes y otros más perezosos. Mientras rodeaba las mesas, buscando el ordenador que tuviera mejor aspecto para empezar, se dio cuenta de que la Cámara también se había puesto en funcionamiento, y ahora de su interior brotaba una luminiscencia azulada. Se preguntó si no habría provocado un desastre al encender el interruptor, pero después se repitió que aquel aparato no era más que un detector. No estaba diseñado para provocar radiaciones, sino para descubrirlas.

¿Por dónde empezar? Allí había tres ordenadores y otros dos aparatos que se parecían vagamente a la idea que él tenía de ordenador, amén de otros cuya finalidad le era totalmente desconocida. Recordó que Carreño había dicho “en el ordenador secundario”. ¿Cuál de ellos sería? Tras unos minutos de examen, concluyó que debía ser uno que tan solo estaba conectado a la corriente, mientras que los otros formaban una red. Sí, tenía su lógica: el mejor sitio para guardar un diario sería ese.

Había dos asientos: un taburete de madera y un sillón de espuma. Eligió el taburete y se sentó ante la pantalla. El ordenador le saludó amablemente (“buena jornada, Álvaro”), pero le pidió la contraseña. Rojo desplegó el papel que le había entregado Carreño.

*Néfele2880*, tecleó.

En el escritorio aparecieron varias carpetas con aspecto bastante inofensivo. Buscó en Documentos y encontró otra carpeta titulada *Sombras*. Al abrirla, aparecieron una serie de archivos de texto y de imagen. Por alguna razón, se decidió por los segundos, aunque la historia que buscaba debía estar en los primeros.

Pinchó en un icono titulado *Nef001*. Ocupando la mitad de la pantalla, apareció una animación de color azulado sobre fondo negro. Era tan vaga como si la hubieran moldeado con el humo de un cigarrillo, pero se

apreciaban en ella los rasgos de un rostro, tal vez de una mujer. Como muestra de arte tenía su belleza, sobre todo por la forma en que unos trazos sutiles y huidizos que no mantenían la misma forma más de un segundo podían sugerir las facciones.

Pulsó en *Nef002*. La imagen de humo se convirtió en algo más real. Era el rostro de una mujer bellísima. Sus rasgos eran tan exóticos que no se correspondían con las de ninguna raza que Rojo conociera, y en cierto modo ni siquiera parecían humanos. Miraba y hablaba directamente hacia la cámara, pero no se oía nada. Rojo se sintió cautivado por aquellos ojos oblicuos y más separados de lo normal, levemente orientales. Seguramente era una imagen creada por ordenador, pero solo un genio podía haberla diseñado. Al contemplarla, Rojo sufrió un anhelo inexpressable, como si hubiera perdido algo que nunca había tenido y que jamás podría tener.

Suspiró y cerró el vídeo. Había venido a trabajar.

Tras unos minutos de examen, pudo poner orden en los archivos de Carreño. Descubrió que había varios en castellano, formando una especie de diario, y empezó a leer.

Las primeras anotaciones eran anteriores a la llegada a Dakota, cuando aún estaba en California. Carreño manifestaba sus temores ante el cambio que se avecinaba en su vida.

*Eleanor dice que me seguirá hasta el fin del mundo, y que abrazada a mi lado en la cama es capaz de pasar mil inviernos en Dakota; pero temo que ese impulso le dure poco. Cuando empiece a perder ese maravilloso bronceado que le dura todo el año y ya no la inviten a barbacoas en los chalets de los amigos, veremos si su amor es tan puro como dice.*

Por otra parte, tenía muchas ilusiones en el nuevo proyecto. Había logrado convencer al departamento de Física de Partículas de que le dejaran trabajar solo en la mina. Por lo que se veía, quería controlar sus propios experimentos desde el primero hasta el último detalle. No confiaba demasiado en la pericia de los demás. Al describir a varios de sus compañeros en el Caltech, el máximo elogio que se permitía era el de “un investigador medianamente eficiente”. Abundaban en sus retratos términos como “mediocre”, “sin ideas”, “romo”, “abotargado por la pereza intelectual”, “tropa”, “incompetente” o, en casos en los que se adivinaba su indignación ante la estupidez ajena, un castizo “gilipollas”. Le llamaron la atención en particular las palabras dedicadas a Louis Connolly, su superior: “*un infatuado con gafas de montura de oro que cree que la verdad científica está en el consenso*”.

Rojo siguió avanzando, saltándose pantallas enteras cuando estaban demasiado salpicadas de ecuaciones o cuando el estilo de Carreño se hacía farragoso. Llegó con él a Dakota del Sur y admiraron juntos las Grandes Llanuras, los fantasmales picachos de las Badlands, los inmensos bosques: a Carreño le atraía todo lo que era desolación, silencio, alejamiento; todo lo que empequeñecía al hombre, aunque eso le incluyera a él. También conoció su repugnancia por la vida provinciana de Rapid City, su excursión obligada al *mall* los fines de semana, las reuniones sociales de los diversos clubes a los que su mujer se había apuntado por aburrimiento...

Rojo observó que, en el diario de Carreño, Eleanor ocupaba cada vez un lugar más insignificante. No le dedicaba los epítetos que podía repartir con generosidad al hablar de otras personas, pero tampoco mostraba el menor afecto por ella. Ni siquiera la mencionaba por su nombre: era siempre “mi mujer”. Al parecer, ella quería llevar una vida más convencional: todo su afán era vivir en una casa individual, con un gran jardín, y tener niños y un gran perro que se orinara en las margaritas al menor descuido. Carreño, evidentemente, no sentía ningún deseo de seguir ese guión.

Por otra parte, según pasaban las semanas se sentía más y más desanimado, ya que el experimento no conseguía detectar la menor traza de materia oscura.

*Dicen que no encontrar nada también es un resultado positivo, ya que destruir las teorías erróneas ayuda a avanzar la ciencia. Pero ¿quién se acuerda de los que no han encontrado nada?*

Carreño empezaba a dudar de su propia capacidad. Sí, había dado en el clavo con su versión del experimento Burns con los neutrinos, pero aquello había sido la suerte del principiante. El tiempo pasaba y si seguía así dejaría de ser un joven científico prometedor para convertirse en un maduro director de tesis ajenas. Había varias pantallas escritas en ese mismo tono plañidero. Rojo pensó que la autoestima de Carreño era de porcelana: pedía mucho a los demás, pero se exigía aún más a sí mismo, y solo concebir la idea del fracaso podía hacerle añicos.

Rojo terminó los dos primeros archivos. No había averiguado aún nada concreto, pero empezaba a sospechar cuál había sido el proceso que llevara a Carreño a perder la razón.

De pronto sintió un escalofrío en la espalda, y tuvo que sacudir la cabeza para quitárselo de encima. Se dio la vuelta y miró hacia la Cámara de Berensky.

*Juraría que alguien le había mirado.*

Pensó que aquello era absurdo, pero la intranquilidad había sembrado su semilla. Entre su espalda descubierta y la pared de la sala había más de cinco metros: demasiada distancia para que el lejano vástago de un primate que se acurrucaba en los árboles pudiera sentirse seguro. Se levantó del taburete y cogió el sillón de espuma. Al menos, el respaldo le cubría hasta la nuca.

Un tanto reconfortado, prosiguió la lectura. El principio del tercer archivo le llamó la atención, e intuyó que se acercaba a un punto importante.

*Desde hacía algún tiempo había rogado que se produjera algún cambio en mi vida, o al menos en el grado de la pendiente por la que se deslizaba inexorablemente hacia una decadencia prematura. Ocurre con los deseos que a veces se cumplen; y con los cambios, que en ocasiones trastocan tanto nuestras coordenadas vitales que acabamos echando de menos el familiar espacio de nuestra existencia anterior.*

Tuvo que releer un par de veces la intrincada sintaxis de Carreño para darse cuenta de que aquello había sido escrito *a posteriori*. Los textos anteriores contaban en tiempo real las experiencias y sentimientos de Carreño, pero aquel párrafo había sido reelaborado después de que algo significativo ocurriera. *Cambio, deseos, trastocar, existencia anterior...* Todas esas palabras tenían una idea en común: metamorfosis. En aquel momento Carreño había empezado a transformarse en algo distinto, o a creer que se transformaba.

Rojo se acercó más a la pantalla, apoyó la barbilla sobre la mano derecha y redobló su concentración.

De pronto, de una forma sorprendente, Carreño se remontaba en el tiempo, prácticamente hasta su niñez.

*Me enamoré por primera vez cuando tenía trece años. En algún lugar he leído que los más grandes artistas son hombres de una sola obra y que durante su vida no hacen sino repetir variaciones sobre un tema obsesivo. Del mismo modo, yo he amado o creído amar variaciones de la misma mujer, participaciones incompletas de la totalidad que anhelaba y que era por esencia imposible.*

Muy curioso. Hasta entonces nada en el diario había dejado entrever esa veta romántica, en el sentido más becqueriano de la palabra.

*Imposible porque no me enamoré de una mujer real sino de un sueño; y aun el sueño no mostraba rasgos ni figura concretos, sino que era un tapiz tejido de sensaciones confusas que despertaban en mí, a tan corta edad, deseos inexpressables de una plenitud embriagadora, sensaciones tan breves que después no era capaz de recordarlas. Aunque yo era incapaz de reconstruir sus formas o su rostro, sé que esa mujer que se insinuaba en mis sueños era siempre la misma, y siguió siéndolo hasta que, a los dieciséis años, tuve que dejar de soñar.*

¡La mujer de la imagen! Rojo volvió a abrir los archivos *Nef001* y *Nef002* y, a su pesar, se sintió maravillado. Ahora estaba seguro de que aquellas imágenes las había generado el propio Carreño. Lo asombroso era que el rostro de esa mujer había provocado en él exactamente las mismas sensaciones a las que Carreño se refería en su diario. Sin duda, aquel hombre era un genio.

Carreño seguía hablando ahora de cómo aquellos anhelos le habían llevado a dedicarse a la poesía, para luego darse cuenta de lo imprecisas y torpes que eran las palabras. Buscando alguna forma más certera de llegar a la verdad y a la belleza, había decidido consagrarse a la Física.

*De la poesía a la Física: caí bajo el embrujo de las simetrías y las supersimetrías, de los campos unificados, de los tensores y las matrices, de las profundidades del espacio y del tiempo.*

Y sin embargo algo le había hecho volver, en cierta medida, a la poesía: porque todo aquel tercer archivo estaba escrito en un estilo tan distinto de los anteriores que, sin duda, un filólogo habría dictaminado que ambos textos pertenecían a personas diferentes.

*Ahora pienso que mis pasos en la Física fueron guiados, como lo han sido siempre: que toda mi vida tenía una finalidad no programada por mí; una terrible e inexorable finalidad que me conducía a la oscuridad de esta mina abandonada.*

Finalidad, se repitió Rojo. “¿Tiene usted una misión de la que depende el destino de la humanidad? ¿Capta un significado especial en la manera en la que ocurren las cosas?” Eran preguntas de su cuestionario, destinadas a detectar ideas paranoides, y Carreño había contestado afirmativamente a ambas. Se acercaba al núcleo de su locura.

Y sin embargo, una vocecita en su cabeza le decía que Carreño no estaba loco.

*Me están observando.*

Durante treinta segundos se negó a volverse para mirar, pero la sensación era tan fuerte que no tuvo más remedio que rendirse.

Nada. La Cámara de Berensky seguía inerte, aparte de la tenue luz que emitía. Ni siquiera había burbujas hirviendo en su interior, como en las viejas películas de científicos locos.

Volvió a la lectura. Había una discontinuidad en el archivo. Rojo se dio cuenta de que Carreño había vuelto a la narración en tiempo real. Daba una fecha: 25 de febrero. Esto promete, se animó Rojo. Se dio cuenta de que tenía hambre y sacó de la mochila un sándwich de jamón y queso y una botella de agua.

El día anterior, 24 de febrero, Carreño había tenido la misma sensación que él: la de que alguien le observaba a ratos. Pero no había visto nada. En una ocasión creyó ver un destello en la Cámara; pero, al consultar en el ordenador, que convertía los centelleos en patrones observables, comprobó que no se había producido detección alguna.

Casualmente, esa noche discutió con su mujer. Mientras cenaban, ella le preguntó si le había ido bien en el laboratorio. Carreño contestó de mala gana que no, que había sido un día como otro cualquiera: es decir, nada.

*Ella empezó con la cantinela de siempre: que si yo no conseguía nada, por qué no lo reconocía de una vez y me rendía; que por qué no nos marchábamos de allí y nos volvíamos a California; que estaba perdiendo los mejores años de su vida en aquel lugar olvidado de la mano de Dios. Cuando traté de responder, mi mujer empezó a chillar: “¡Me consumo, me consumo!” como una histérica, y yo estuve a punto de pegarla. Dios sabe que no soy una persona violenta, pero no soporto que me repita eso cada vez que tiene algún problema.*

A la mañana siguiente, Carreño llegó a la mina más temprano de lo habitual, ya que había dormido en el sillón del comedor y se había despertado con dolor de cuello a las cuatro de la madrugada. Tecumpeh aún estaba roncando, pero le abrió las puertas sin protestar. Carreño se sentó ante el ordenador y, por rutina, comprobó los resultados de la noche.

Cuál no sería su sorpresa al advertir que se habían producido detecciones. ¡Detecciones!, subrayaba en su diario: no una, sino muchas, *muchísimas*. De modo que durante más de quinientos días no había detectado ninguna partícula de materia oscura, y ahora el ordenador le anunciaba que en unas horas se había recibido un auténtico bombardeo. Era tan descabellado, tan contrario a las leyes de la probabilidad, que solo podía tratarse de un error.

Revisó el sistema meticulosamente. El episodio se había producido pasadas las dos de la madrugada. Lo primero que pensó era que alguien le estaba tomando el pelo, y que habían introducido algo en su ordenador desde Internet. Se levantó y comprobó los registros de la Cámara de Berensky. Allí, en la memoria, estaban anotados los destellos. Y la Cámara solo mandaba información al sistema, no la recibía: era imposible introducir virus en ella.

*Estaba tan nervioso que he pasado más de dos horas dando vueltas alrededor de las mesas, buscando en archivos y programas al azar, revisando cables y enchufes, y hasta la iluminación del laboratorio. No he querido avisar a Connolly aún. Puedo hacer un ridículo monumental.*

El ordenador tenía un programa de interpretación de los datos recibidos, que los amplificaba en imágenes más fáciles de interpretar. Carreño lo activó y

esperó unos segundos.

Lo que se encontró fue un patrón claramente reconocible, pero que allí estaba fuera de lugar. Donde esperaba ver trazas de choques, rebotes y desintegraciones de partículas, había un dibujo, una imagen de algo muy familiar.

Rojo lo intuyó una décima de segundo antes de leerlo. Una cara humana. Sí, el rostro que había bautizado como *Osc001*: eso era lo que parecía haber detectado la Cámara de Berensky.

*Al verlo he pensado que me había vuelto loco. ¿Un rostro formado de materia oscura? ¿Qué demonios era aquello?*

Temiendo que alguien más pudiera verla, sacó la imagen de la red, junto con todos los registros de lo detectado aquella noche por la Cámara, y los guardó en el ordenador secundario tras desconectarlo de los demás. Después, entró en Internet y estuvo buscando programas de retoque y generación de imágenes. Trabajó durante todo el día hasta conseguir la segunda animación, *Osc002*, que duraba cuatro segundos y medio.

*He pasado la animación una y otra vez. Es una mujer increíblemente hermosa, aunque su belleza no parece de este mundo. ¿Cómo ha podido salir eso de la Cámara? Estaba tan absorto contemplándola que he tardado un buen rato en darme cuenta de que me estaba diciendo algo.*

Era ya tarde. Carreño llamó por el teléfono interno a Tecumpeh y le pidió que avisara a su mujer de que aquella noche no iría a dormir. Puesto que la noche anterior la había pasado en el salón, pensó que a Eleanor ni le extrañaría ni le importaría demasiado.

A continuación, Carreño trató de entender lo que le decía la imagen. Recordó una vieja película de ciencia ficción en la que un ordenador leía los labios de los humanos, y se preguntó si ya habrían desarrollado algún programa de ese tipo. De nuevo navegó por Internet, y esta vez su búsqueda fue mucho más laboriosa. A las cuatro y media de la mañana consiguió bajarse un programa llamado *Readmylips*, pero no logró instalarlo y hacerlo plenamente operativo hasta las siete.

Por fin, a esa hora, aplicó el programa a la animación *Osc002*. Era ya muy tarde, estaba cansado y le escocían los ojos tras tantas horas de pantalla. Tal vez por eso pudo aceptar como un hecho que una mujer, cuya imagen había brotado de un aparato construido para detectar un tipo de materia que apenas era de este mundo, le dijera en perfecto castellano:

De nuevo tuvo Rojo la sensación de ser observado. Se resistió un minuto entero antes de volverse. En la Cámara no había ninguna mujer pidiéndole que soñara con ella.

En ese momento sonó el teléfono. Rojo dio un respingo en el asiento.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy Meg. ¿Va todo bien ahí abajo?

—Sí, sí, perfectamente. Creo que aún me quedará un rato más.

—De acuerdo. Parece que le he asustado... No se habría quedado dormido, ¿verdad?

Cuando colgó, Rojo se dio cuenta, con horror, de que no se había traído el Anóneiros. Miró el reloj: era mediodía, así que no pasaba nada. Además, no tenía sueño en absoluto. Sin embargo, la idea de haberse dejado la “Corona” a una hora de viaje en coche le aterrorizaba. ¿Y si a media tarde le entraba sopor? ¿Y si, al volver, se le averiaba el coche en alguna carretera solitaria y tenía que pasar la noche a la intemperie? ¿Cómo vencería la somnolencia?

Todo esto te está afectando demasiado, se repitió. Estás entrando en una obsesión compulsiva. Durante unos minutos ensayó consigo mismo algunas de las técnicas que aplicaba a sus pacientes, y logró rebajar sus pulsaciones.

Volvamos con la mujer, se dijo Rojo. ¿Por qué aquellos archivos se llamaban *Osc* y ahora en cambio eran *Nef*? Pero no averiguaría aquello hasta el día siguiente.

El diario se saltaba unas jornadas más. Carreño no había vuelto a detectar emisiones de (supuesta) materia oscura, pero no podía sacarse de la cabeza la imagen de aquella mujer. No me extraña, pensó Rojo. Sintió el deseo de ver de nuevo aquel rostro y comprobar si era tan hermoso como le había parecido, y esta vez cedió a su compulsión.

Era aún más maravilloso. Uno no se cansaba de verlo. Los labios, más pequeños y carnosos de lo normal, se movían como si le estuvieran hablando directamente a él. Rojo repitió en susurros: *Quítate la Corona. Sueña conmigo*, hasta que consiguió sincronizar su voz con la de la imagen. *Sueña conmigo*, repitió. *Sueña conmigo*, y entendió la tortura que debió sentir Carreño.

Pero aquella orden no era tan fácil de cumplir. En la época en que se declaró la narcolepsia de Pisani, cuando cada semana morían millones de personas, se desató la histeria colectiva. Los médicos insistían en que no se trataba de una enfermedad contagiosa, pero, puesto que eran incapaces tanto de encontrar sus causas como de remediarla, la opinión pública no les creyó.



En muchos lugares se trató a los enfermos como a apestados, o aún peor, como a brujas y hechiceros: linchamientos, lapidaciones, exorcismos, quemas públicas. Cuando Karl Franke y su equipo presentaron el Anóneiros, la mayoría de los gobiernos dictaron leyes que hacían obligatorio su uso. Dormir sin la “Corona” llegó a convertirse en un delito que en algunos países se condenaba con la muerte. Y, si había un país occidental dispuesto a aceptar creencias irracionales y a utilizar la pena de muerte como arma de disuasión, ese era Estados Unidos.

De modo que Carreño le dio muchas vueltas a la idea antes de decidirse. En primer lugar, estaba el riesgo de caer en la narcolepsia y entrar en un camino sin billete de vuelta: una vez producido el primer ataque, el Anóneiros ya no servía de nada. En segundo lugar, se trataba de una acción ilegal. No podía hacerlo en casa: si su mujer le veía dormir sin la “Corona”, estaba seguro de que le denunciaría.

La solución era evidente: volvería a pasar una noche en el laboratorio. Le dijo a su esposa que tenía mucho trabajo, ya que habían surgido problemas con los códigos del sistema informático y debía depurarlos. Ella, que aquel día había mostrado deseos de reconciliación, se enfadó muchísimo y pronunció por primera vez la palabra “divorcio”. Carreño salió de casa con la sensación de que le estaba siendo infiel a su mujer con una especie de holograma, pero no logró encontrar demasiada culpa en ello.

Te entiendo, amigo, pensó Rojo, que esta vez sí resistió la tentación de volver a ver aquel rostro.

Cuando llegó la noche y se cercioró de que Tecumpeh se había ido y de que ya no quedaba nadie en la mina, Carreño tomó la heroica decisión.

El problema era que se trataba de algo más que una heroica decisión. El primer paso lo había dado, puesto que no llevaba el Anóneiros puesto y se había tumbado en una colchoneta hinchable. Pero el segundo requisito, dormirse, estaba mucho de ser sencillo. Carreño apagó todas las luces y se quedó sumido en una oscuridad tan negra como solo puede serlo a mil quinientos metros de profundidad, en las entrañas de la tierra. Aún así, en cuanto se descuidaba, se le abrían los ojos. Con un esfuerzo consciente, los cerraba, pero eso no solucionaba nada. Notaba perfectamente los latidos de su corazón y, aunque no hacía calor, le sudaban la frente y las manos. Mil veces se giró en el colchón, buscando otra postura más cómoda, y mil veces se dijo que no iba a volver a moverse.

Por fin, en algún momento indeterminado, se durmió.

*Soñé. Y no fue como antaño, cuando aún no existía la narcolepsia, y a veces no era consciente de que me dormía y empezaba a soñar, y confundía los ensueños con la realidad. Esta vez sentí perfectamente cómo me hundía en la negrura, cómo desaparecía del mundo real y me precipitaba por un largo túnel.*

*De pronto me encontré paseando por una playa. Estaba descalzo y sentía la arena y los guijarros entre mis dedos. A la derecha tenía el mar, pero no era un mar como los que conocemos. Aquel era más oscuro y más denso y se alejaba hasta el infinito, para perderse contra un cielo negro en el que no brillaban estrellas.*

*Paseé entre extrañas construcciones que no sabría describir. No había sol, no había luna, no había estrellas y yo no proyectaba sombras, y sin embargo veía. O tal vez me estaba sirviendo de otro sentido desconocido hasta el momento, y mi cerebro interpretaba sus señales como imágenes para evitar que enloqueciera.*

*La vi de lejos. Venía hacia mí. Por alguna razón, refrené mi paso. Tal vez quería disfrutar más de la espera. Ella parecía deslizarse más que andar. Vestía una túnica ligera, que me parecía blanca, aunque en aquel lugar no existía el color blanco. A decir verdad, no existía ningún color, al menos que yo pueda describir.*

*Se detuvo a unos pasos de mí. La marea acarició mis pies. El agua estaba fría, muy fría, como ningún hielo de este mundo podría estarlo. Absurdamente, pensé en el cero absoluto. Pero no me hizo daño.*

*La imagen de la Cámara era un miserable reflejo de lo que ahora estaba soñando. Entonces la reconocí. Era ella, la mujer imposible de la que me había enamorado a los trece años. Pero entonces solo la había atisbado, apenas había percibido el eco del paso de su sombra. Ahora la tenía delante de mí, mirándome a los ojos, y sentí su amor por mí.*

*Debería haber caído muerto entonces, allí mismo, en mi sueño; ya que ni viviendo mil vidas más podría volver a experimentar la dulce embriaguez de aquel momento.*

En este punto terminaba el archivo. Era el último de los que había abierto Rojo. Renegó entre dientes, pensando que el relato se había interrumpido en lo más interesante, pero por más que buscó no consiguió encontrar ningún texto más.

Resignado, sacó un disco de la mochila y lo insertó en el ordenador para copiar los textos. Después pensó en guardar también la imagen de la mujer, pero una vocecilla le advirtió de que podía ser peligroso para su salud mental. Su dedo estuvo unos segundos pegado al interruptor del ordenador, y por fin voló al ratón y dio la orden de copiar.

*Sueña conmigo.*

Se dio la vuelta, sobresaltado. ¿Por qué siempre miraba a la Cámara de Berensky, cuando bajo aquella bóveda había varios rincones mucho más sombríos y amenazadores?

La tensión del caso, aquella cripta tecnológica en las entrañas de la tierra, la sugestión del relato de Carreño: todo le había afectado hasta el punto de sufrir alucinaciones acústicas. Un acúfeno, pensó, y se tranquilizó como si el hecho de ponerle un nombre ampuloso a aquel fenómeno significara tenerlo dominado.

*Sueña conmigo.*

Esta vez no trató de racionalizar. Se apresuró a colgarse la mochila de un hombro y salió corriendo de la sala. Una última mirada atrás le reveló una forma huidiza en la Cámara de Berensky. Huyó por el túnel con el corazón desbocado, dobló el recodo y se apresuró hacia la jaula de extracción que se veía al fondo. El ascensor no estaba en aquel nivel, como se temía. Apretó el botón de llamada cinco veces seguidas, hasta que se convenció de que eso no iba a acelerar la jaula.

Menos mal que nadie te está viendo, pensó. Se agachó, apoyó las manos en las rodillas para recobrar el aliento y miró hacia atrás. La galería estaba tranquila y bien iluminada. Nadie le seguía.

Se había dejado el casco en el laboratorio. Lo más normal era volver a por él. Tenía treinta y tres años, estaba en buena forma física, había pasado por situaciones muy apuradas en su profesión, y ahora no se iba a comportar como un niño que no se atreve a bajarse de la litera para apagar la luz de la habitación.

Pero en ese momento llegó la jaula y, qué diablos, Tecumpeh ya podría recoger el casco más tarde. Nadie se lo iba a llevar de allí.

Al menos, si era verdad que los seres de materia oscura no podían tocar los objetos de materia ordinaria, pensó con un humor que en realidad no sentía.

En el mismo momento en que dejó el coche en el aparcamiento del hotel y apagó el contacto, Rojo se dio cuenta de que había dejado en el laboratorio algo mucho más valioso que el casco: no había llegado a sacar del ordenador secundario el disco en el que había grabado los archivos de Carreño. Furioso, aporreó el volante. Consultó su reloj: las seis. Ya era de noche y no sentía ningún deseo de volver a la mina de Highwater en plena oscuridad. Tendría que fiarse de su memoria para la siguiente entrevista con Carreño.

Entró en su habitación de muy mal humor. Tiró el forro polar sobre la cama y una de las botas contra el cabecero de madera de arce. Estúpido, estúpido, estúpido. ¿Cómo le podía haber pasado eso? Había huido como un chiquillo asustado de un lugar oscuro porque en él, según un asesino posiblemente esquizofrénico, ocurrían cosas raras.

Se sentó al borde de la cama y empezó a quitarse la otra bota despacio, tratando de concentrarse en el nudo y en los corchetes para recobrar su autocontrol. De pronto le vino un destello con la imagen de aquella extraña mujer, y a la vez un aroma que se fue tan rápido como había llegado, aun antes de que pudiera darse cuenta de que lo estaba oliendo. Sintió un intenso deseo de volver a contemplar el rostro de la mujer.

Estúpido, estúpido, estúpido. Te la has dejado en la cueva. La otra bota fue contra la pared y dejó una mancha negra sobre la cómoda. Tenía que tranquilizarse, su arrebato de ira no le ayudaría a verla de nuevo. Y tan solo era una animación, una mujer virtual creada por un hombre que había perdido la razón a mil quinientos metros de profundidad buscando algo que seguramente no existía.

El teléfono tenía encendida una luz verde. Había recibido un mensaje. Activó el buzón de voz y lo escuchó. Era Olivia Rosen, diciéndole que le gustaría conocer su opinión sobre las grabaciones de Susan Gafter. Rojo se dio una palmada en la frente: con los preparativos de su visita a Highwater, se había olvidado por completo. Pero aún tenía tiempo de arreglarlo. Llamó a Olivia a su móvil y le preguntó si había hecho algún plan para esa noche.

—Podríamos quedar para cenar y discutir el caso —propuso.

—De acuerdo, siempre que no terminemos muy tarde. ¿Qué tal si quedamos a las ocho y media?

Una hora infantil, pensó Rojo. Pero ya llevaba suficientes años en Estados Unidos y se había resignado. Olivia propuso ir al *Penjab*, un restaurante indio que habían abierto recientemente, y Rojo aceptó. Después de colgar se arrepintió, pues aún le seguía doliendo la boca del estómago. Acuérdate de pedir la variedad de *curry* más suave, se dijo.

Después encendió su portátil e insertó el disco que le había dado Olivia. Había en él unos setenta archivos sonoros, todos ellos de unos pocos Kb. Los ordenó por fecha, abrió el primero y se sentó junto al escritorio con papel y bolígrafo.

La voz que sonó era grave y gutural, y podría haberla confundido con la de un hombre. Apenas se distinguían las palabras. Rojo utilizó el programa ecualizador para limpiar algo de ruido y reforzar las zonas medias, y subió el volumen. Aún así, parecía que aquellas palabras venían del más allá. Tal vez la experiencia en la mina le había predispuesto, pero el vello de la nuca se le puso de punta.

“Sacadme, por favor. Este lugar es espantoso... No puedo [ininteligible] sin [...]”.

Rojo lo volvió a pasar tres veces, pero no logró entender las palabras que le faltaban. Pasó al archivo siguiente.

“Este lugar me está envenenando por dentro... Sacadme de aquí, por favor”.

Rojo mordió el bolígrafo. De pronto veía a su madre. Ella había dejado de hablar definitivamente cuando la narcolepsia llegó a su fase crítica, pero las palabras de Susan Gafter le recordaban la tortura que vio en su rostro durante semanas.

“El sol negro me está quemando. Su luz es de hielo y arranca la parte de dentro de la piel”.

“Sacadme, sacadme, sacadme, ¡¡sacadme, por Dios!!”

“Aquí ni el aire respira y el [...] es gris que causa náuseas”.

“Sacadme de esta luz que me quema los oídos”.

Sinestesias, anotó Rojo. ¿Qué horribles sensaciones estarían pasando por el cerebro de aquella mujer para crear asociaciones de sentidos tan dispares?

“El sol de este lugar es un ojo ponzoñoso en el firmamento y [¿envenena?] los pulmones”.

“La gente que me rodea vive, pero no está viva. Están vivos, pero no viven”.

“Sacadme, por piedad, sacadme. ¡Me consumo, me consumo!”

“Este cuerpo no me pertenece, siento repugnancia por él. ¡Quiero que me vomite!”

“¡Por Dios, me consumo en esta luz negra!”

Al cabo de unos minutos, Rojo dejó caer el bolígrafo y ya no fue capaz de tomar más notas. Después, cuando aún le quedaban veinte archivos por escuchar, cerró el portátil y salió a la terraza.

La noche era clara. La luna llena acababa de salir sobre las llanuras del este, y las bañaba con una luz amarillenta que a Rojo se le antojó sucia. Descubrió que necesitaba fumar y llamó a recepción.

—Por favor, súbanme una cajetilla de Marlboro.

—Señor, le recuerdo que no se puede fumar en las habitaciones.

—Por el amor de Dios, le juro que solo voy a fumar en la terraza, que me tragaré el humo para siempre y que luego arrojaré la colilla al interior de un agujero negro, ¡pero súbanme el tabaco!

Minutos después, volvía a asomarse por la barandilla mientras aspiraba el humo con fruición. Tres años y cuatro meses había estado privándose de aquel placer. Le dedicó el cigarrillo a la luna llena, que ya había blanqueado su faz. ¿Qué más daba llenar de alquitrán los pulmones en un mundo en el que no se podía soñar, en un universo en el que el noventa por ciento de la materia era una oscura amenaza?

Cuando terminó el cigarrillo, lo aplastó en el suelo y se dijo que esa era una más de las estupideces que había cometido en aquel día memorable. El tabaco le había revuelto el estómago y ahora le dolía aún más.

Entró de nuevo a la habitación y escuchó los veinte archivos que le faltaban. Después volvió a oírlos todos seguidos y no dejó de tomar notas hasta el final. Bien, todo aquello tenía un aire muy familiar: había escuchado declaraciones similares en pacientes esquizofrénicos que sentían sus almas como muertas y sus cuerpos como recipientes corrompidos. No tenía por qué asustarse de ello.

Pero había algo más, una impresión huidiza que se le resbalaba entre los dedos. Un *déjà vu*, o más bien un *déjà entendu* que no conseguía precisar y que no tenía que ver con su experiencia clínica, sino con algo mucho más reciente.

La psicóloga y él llegaron al restaurante a la vez. Tras examinar la carta y comprobar que no conocían prácticamente ningún plato, pidieron un menú de degustación y una botella de tinto de California. Cuando trajeron el vino, brindaron por el hermanamiento provisional entre psicología y psiquiatría. Rojo observó atentamente a Olivia. Llevaba un traje negro con una chaqueta cruzada que se abría sugerente, pero ni un milímetro más allá de la elegancia.

—¿Qué tal le ha ido su visita a la mina? ¿Ha encontrado oro? —le preguntó la psicóloga.

Rojo le contó parte de su visita a Highwater. La psicóloga se rio un buen rato con su descripción del Gran Jefe Tecumpeh, y luego le escuchó con interés mientras exponía sus teorías sobre el aislamiento y el estrés al que estaba sometido Carreño, enterrado (literalmente) en aquel lugar. Por el momento, Rojo se calló todo lo relativo a la hermosa mujer que había aparecido en la Cámara de Berensky y también a su salida poco airosa de la mina.

Olivia cambió de conversación.

—Bueno, ¿y qué opina de mi caso, señor doctor?

—Reconozco que esa grabación me pone la piel de gallina.

Olivia asintió con una sonrisa de circunstancias y bajó la mirada. Rojo se había dado cuenta de que, sin la bata blanca y lejos de la prisión, perdía parte de su seguridad.

—Es una especie de voz de ultratumba, ¿verdad? La primera vez que habló estaba yo sola en la UCI, y ya se puede imaginar el respingo que di. “Sacadme de aquí”... Brrrr...

—Sí, ese es el motivo central en todo lo que dice. —Rojo sacó un papel de notas del bolsillo de su chaqueta y leyó frases sueltas—: “¿Este lugar es espantoso”. “El sol negro me está quemando”. “Quiero volver”. “Este cuerpo no me pertenece, siento repugnancia por él”, y etc. etc.

—¿No le llama la atención lo del sol negro?

—Se lo iba a decir yo ahora mismo. Ese tipo de expresiones que se refieren a un sol negro, a un mundo muerto, a estar rodeado por seres no vivos, son muy frecuentes en los pacientes esquizofrénicos.

—Exactamente. Muchos esquizofrénicos se sienten distanciados de su propio cuerpo, como si fuese la base de un falso yo. Y la imagen del sol negro se me quedó grabada cuando era estudiante y leí *El yo dividido*, de Laing. Es impresionante.

—Ciertamente.

—No sé qué pensar, la verdad —dijo Olivia en tono resignado—. Tengo en la camilla a una paciente afectada por la narcolepsia de Pisani, que ya debería estar muerta hace meses y que desde luego no debería pronunciar palabra; pero lo hace, y por su boca parece hablar una esquizofrénica. ¿Qué más falta, un...?

—Ha dicho usted “por su boca” —la interrumpió Rojo—. Qué curioso, yo he pensado algo parecido. Es como si no fuera ella la que hablaba. Me ha dicho usted que Susan Gafter no tiene terminados los estudios elementales, y que fue condenada por prostitución. Resulta extraño que una mujer de esas características utilice expresiones como —volvió a leer—: “Este cuerpo no me pertenece, siento repugnancia por él”, o “El sol de este lugar es un ojo ponzoñoso en el firmamento”. No digo que sea imposible, pero... ¿Antes de enfermar hablaba así?

—De ninguna manera. Su lenguaje era bastante más procaz, se lo aseguro. La llamaban “Susie Bocasucia”, y para ganarse un mote así en una prisión hay que ser realmente mal hablada. Ahora, lo más que se permite es protestar de vez en cuando: “Me consumo, me consumo...”

Rojo volvió a tener esa sensación de *déjà vu*, pero no logró atraparla.

—Usted también piensa que es como si no hablara ella, ¿verdad? —prosiguió Olivia—. Es como si hubiera brotado otra personalidad dentro de ella.

—Desde luego, en otra época se habría considerado un caso clarísimo de posesión demoníaca —reconoció Rojo.

—Tal vez estemos ante una clave importante para averiguar el origen del mal de Pisani, ¿no le parece? Quién sabe adónde se podrá llegar explorando el camino de su posible relación con la esquizofrenia.

—Brindemos por ello, Olivia —propuso Rojo.

La conversación tomó otros derroteros más personales. Olivia bajó el tono de la voz y empezó a mirarle más a la boca y menos a la frente cuando él hablaba. Rojo se empeñó en pagar la cuenta —“invita la Embajada”, insistió—, y después fueron a tomar una copa. Más tarde acompañó a Olivia a la puerta de su casa, pero ella, como ya se había imaginado, no le invitó a entrar. Los signos corporales de aquella noche se podían resumir en un mensaje: “Tal vez tengas algo que hacer conmigo, pero solo si te tomas tu tiempo”.

Tiempo no era lo que le sobraba. Una lástima, porque Olivia le atraía y además era una mujer interesante.

El tiempo se consume, pensó. Consumir, consumir, me consumo... ¿Dónde demonios había oído eso?



## 11

Carreño se sentó frente a él y le saludó con una sonrisa melancólica.

—Veo que ha vuelto. Eso es que se cree al menos la mitad de lo que ha leído, ¿no es así?

—Sería mejor que yo hiciera las preguntas hoy, ¿no le parece?

Carreño se encogió de hombros, y mientras se ajustaba el Anóneiros por enésima vez, respondió:

—No tiene sentido contar algo que nadie va a creer. Si me gustara eso, me habría hecho profesor de instituto.

—No he venido aquí para creerle, sino para emitir un dictamen que le salve el pellejo, ¿se acuerda?

—Esa no me parece una respuesta muy apropiada para un psiquiatra. Debería usted decirme: “oh, hábleme más de ello” o algo así.

—Y una mierda...

—Esa contestación sí que no me parece típica de un psiquiatra.

Rojo trató de calmarse.

—Le voy a confesar una cosa —dijo—. Estoy de muy malas pulgas porque anoche volví a fumar después de tres años y cuatro meses. Y creo que la única forma de que se me pase es fumarme otro cigarro. ¿Le importa?

—No se lo diré a nadie si me da otro a mí.

Mientras ambos se reclinaban en sus asientos y se dedicaban a echar humo con entusiasmo, Rojo se percató de que en la pared de la izquierda, sobre el archivador, había un gran cartel con letras rojas: POR FAVOR, NO FUMEN. RESPETEN A LOS QUE QUEREMOS SEGUIR VIVIENDO. Se lo señaló a Carreño y ambos se echaron a reír.

—Bueno —dijo el psiquiatra—, a esto se le llama momento de complicidad médico-paciente. Ahora deberíamos hablar de cosas serias. Imaginemos por un momento que yo le creo, o que al menos me creo que usted se cree toda esa historia. Usted cometió al mismo tiempo una insensatez y un delito al quitarse el Anóneiros y dormir sin él. Soñó con esa mujer...

—Néfele.

—Néfele... Néfele, Nef... —Ahora entendía por qué los nombre de los vídeos se habían convertido en *Nef001* y *Nef002*—. ¿Le puso usted ese nombre?

—Fue ella quien me lo dijo. Pero yo lo sabía desde siempre. No pida que se lo explique, porque no sabría hacerlo.

—De acuerdo. Soñó con... Néfele. —Así que ella le había dicho su nombre a Carreño. Rojo sintió una absurda punzada de celos—. La vio en un lugar...

Dios mío, pensó, cómo no me he dado cuenta. La vio en un lugar negro, sin estrellas, con un mar oscuro, helado, sin colores... Por eso las palabras de Susan Gafter habían despertado en él ese *déjà vu*: porque hablaban de un lugar tan similar al que había soñado Carreño, el infierno de tantos esquizofrénicos.

—¿Le pasa algo?

—No, no. Siga usted, por favor. ¿Qué ocurrió después? ¿Ella le miró, sin más, hizo algo, le habló?

Carreño se retrepó en el asiento y cruzó los dedos por delante del vientre en un gesto de satisfacción.

—Era hermosa, ¿verdad?

—Una obra de arte increíble, lo reconozco. ¿Qué pasó?

—Ella me habló.

—¿En qué idioma?

—En castellano, claro.

—¿Por qué es tan claro? Hay cientos de idiomas en el mundo.

—Ya, pero mi idioma natal es el castellano.

—En ese caso tal vez está usted admitiendo que era una creación de su mente, y que no había salido de la Cámara de Berensky...

Carreño se cruzó de brazos, a la defensiva.

—Y usted tal vez está intentando competir conmigo, aunque no logro entender por qué.

Rojo lo entendía demasiado bien, pero no se lo quiso reconocer ni a sí mismo.

—No, le aseguro que es parte de mi... terapia. ¿Por qué cree usted que le habló en castellano?

Carreño volvió a ajustarse el Anóneiros, aplastó la colilla contra la suela de su zapato y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Le voy a sugerir un trato, doctor Rojo —dijo, tabaleando con los dedos sobre los brazos de su asiento—. Yo le voy a seguir relatando en orden

cronológico lo que pasó. Usted puede interrumpirme cuantas veces quiera para plantearme dudas sobre lo que ya haya dicho, pero no para preguntarme por lo que aún me quede por decir. Creo que así acabaremos antes, ¿no le parece?

Rojo se quitó las gafas falsas, las dejó sobre la mesa y asintió.

—De acuerdo. Pero procure ser conciso.

—Lo haré...

»¿Le he dicho ya que ni viviendo mil vidas podría volver a experimentar la dulce embriaguez de aquel momento? ¿Sí? En realidad, cuando le dije que fuera a Highwater, lo que pretendía sobre todo era que viera la imagen de Néfele, ya que así me podría entender mejor. Estoy seguro de que usted también es un hombre sensible a la belleza, aunque no sé si sentirá el mismo desprecio por la mediocridad que yo. Ahora, por primera vez en mi vida, me encontraba ante lo excelso, y yo me sentía pequeño e insignificante. Sin embargo ella, tan hermosa como solo puede serlo un sueño, me ofreció su amor.

»¿Qué hice yo? Caí de rodillas ante ella y traté de hablar, pero fui incapaz. Ella me tendió la mano, y cogidos del brazo paseamos por las orillas de aquel mar tan negro como el vacío de una sombra.

»Cuando me desperté en el laboratorio me sentí desorientado. Hacía tanto tiempo que no soñaba que ya había olvidado cómo era el paso del ensueño a la vigilia. Luego lo recordé todo, todo. Incluso mi sueño, con una claridad y una vividez como jamás había recordado los sueños de mi vida anterior.

—¿No pensó que tal vez había contraído la narcolepsia de Pisani?

—Ni por un momento. Sabía que eso no era para mí... Al menos, lo sabía entonces. Yo no desperté con temblores, jadeando, empapado en sudor y presa de un terror inexplicable, como les ocurre a las víctimas de la narcolepsia. No, yo estaba deseando volver a dormirme, y le aseguro que por nada del mundo me habría vuelto a conectar esto. —Se señaló a la “Corona” y soltó una carcajada seca—. ¡Ahora no me lo quitaría por nada del mundo!

»Tuve que volver a mi casa a la noche siguiente. Mi mujer...

—Eleanor...

—Eleanor estaba desacostumbradamente cariñosa y con deseos de reconciliación. Por la noche tuve que... bueno, acostarme con ella —concedió con cierta repugnancia, mientras se frotaba la nuca—. Cerré los ojos, me dejé llevar e hice lo que pude. Ella se quedó dormida con una sonrisa estúpida. Aproveché la ocasión para apagar la luz y apoyar la cabeza en la almohada, sin el Anóneiros. ¡Me pareció aún mejor que dormir desnudo! Pero cuando

me estaba amodorrando, ella se volvió medio en sueños, me tocó la cabeza y se despertó con un grito. ¡Cielo!, me dijo, que es algo que no soporto, ¡te has acostado sin la “Corona”! Encendió la luz y yo tuve que improvisar. Me he quedado adormilado, le dije, qué imprudencia, es que ha sido fantástico, ya sabes cómo me quedo después... Me puse al Anóneiros, apagamos la luz y ya no me atreví a quitármelo.

»Me desperté con una sensación de vacío terrible, como la que debe de sentir un drogadicto con el síndrome de la abstinencia, o alguien que de pronto dejara de ver los colores y se encontrara en un mundo en blanco y negro. Me había limitado a pasar una noche más, mientras que la anterior, en la mina, la había *vivido*. Me dije que eso no se podía repetir, que me tenía que librar del Anóneiros como fuese: no pensaba volver a ser su esclavo.

»Así que alterné algunas noches en las que me quedaba en Highwater con otras en las que drogaba a mi mujer. Medí las dosis de somnífero con mucho cuidado, de modo que me dejaran un margen amplio y ella no sospechara nada. Mi mujer... Eleanor dormía de un tirón, mientras que yo renunciaba a dos horas de mis sueños y me despertaba a las cinco de la madrugada por evitarme problemas. Nunca me pilló.

—¿Seguía soñando con... Néfele?

—Sí. Y ella me fue enseñando su mundo poco a poco. ¿Cómo podría describírselo? Es imposible. Tendría que utilizar sinestesias, y aún así tendría que mezclar más sentidos de los que poseemos en este mundo. Todo era oscuro y frío, pero poseía una riqueza de detalles, un... ¿cómo le diría? Era como si cada forma tuviera *filo*. Sí, filo: cada silueta cortaba a la vista, porque tenía una nitidez inusitada. Y los sonidos eran tan puros y entraban por la piel, y no tenían armónicos, sino una sola... —Su mirada se perdió durante unos segundos. Después, regresó—. Es inútil, no lo conseguiría ni aunque me hubiera dedicado en serio a la poesía. Tendría usted que vivirlo.

—Sería una experiencia muy arriesgada.

—Supongo que sí. En teoría, yo estaba jugando a la ruleta rusa cada vez que me acostaba sin el Anóneiros. Pero cada noche que pasaba yo tenía más claro que había sido elegido.

—¿Elegido? ¿Por quién?

—Por ella. Por Néfele, la Princesa de la Gente Sombría. Ella me amaba, y yo lo sabía porque una noche se me entregó en un lecho ingrátido, entre pétalos de lotos que radiaban un olor negro. Yo... ni puedo ni quiero explicar lo que sentí al unirme con ella por primera vez...

Por primera vez, pensó Rojo. Así que hubo más. Aquel pensamiento le quemó como piedra de esmeril. Sin darse cuenta, se volvió a poner las gafas.

—¿Quién o qué era Néfele?

—¿No se lo he dicho? Ella era la Princesa de la Gente Sombría, hija de la Reina Belecis y nieta de la Reina Brimfante: las tres diosas que gobiernan el País de las Sombras.

»¿Aún no lo entiende? No era ningún delirio, ni efecto de ninguna droga: yo estaba buscando la materia oscura del Universo, y la había encontrado. Pero nunca se me había ocurrido que la materia oscura fuera inteligente. Y resultó que lo era.

»Sí, lo crea usted o no, ¡la Gente Sombría es la que habita el mundo de la materia oscura, ese universo indetectable que comparte el mismo espacio-tiempo con nosotros sin que nos demos cuenta!

El delirio empezaba a salir a la luz. Rojo apretó los labios. Estaba seguro de que, si no decía nada, toda la historia brotaría como una enorme lombriz.

—Los habitantes del País de las Sombras solo pueden comunicarse con nosotros cuando nuestra mente entra en ese estado tan especial e inexplicable que llamamos “sueño”. Pero desde que compartimos nuestras noches con el Anóneiros, el vínculo entre la Gente Sombría y los humanos se ha roto por completo. Hemos dejado de conocerlos... Porque antes los conocíamos, y les dábamos muchos nombres, ¿sabe?

—No. Dígamelos usted.

—La Buena Gente, el Pueblo de las Hadas, los Djinn, los Dáimones, los Indígetes —enumeró Carreño—: cada pueblo les ha dado un apelativo diferente. Aunque nuestros universos no pudieran interactuar físicamente, nuestros antepasados intuían que había otras presencias en el mundo, presencias numinosas que solo se podían sentir en determinados estados alterados de la conciencia. Y también intuían la existencia del País de las Sombras, y unas veces lo situaban más allá del horizonte, o bajo tierra, o en la cima de altas montañas: Avalon, Lyonesse, el Olimpo, la Sidhe, el Walhalla... De alguna manera sabían que estaba aquí, a nuestro lado, pero a la vez inalcanzable.

»Durante mucho tiempo los eruditos han intentado encontrar explicaciones psicológicas, estructurales, sociológicas o matriarcales a las leyendas y a los mitos. ¿Y si, en vez de pensar que los cuentos fantásticos simbolizan algo o intentan interpretar nuestra realidad, aceptáramos por un momento la inquietante posibilidad de que lo que cuentan es verdad, de que reflejan algo cierto, solo que imperfectamente percibido?

»¿De dónde se cree usted que viene el fenómeno universalmente conocido de la inspiración? ¿Por qué los griegos peregrinaban a santuarios del sueño para que los dioses les revelaran el futuro? ¿Adónde cree que viajaban los chamanes siberianos cuando tenían experiencias extracorpóreas? Yo sé cuál es el origen de todo eso: ¡el País de las Sombras, el Universo de la Materia Oscura!

Carreño hizo un alto para tomar aire, se retrepó en el asiento y se ajustó el Anóneiros. Rojo chasqueó la lengua y mordisqueó la patilla de las gafas. El caso de Carreño no era, desgraciadamente, único. Científicos de gran altura intelectual que son metódicos en su campo del saber, pero que aceptan con credulidad explicaciones increíbles en otros terrenos que creen dominar. Algunos llegan a desarrollar sus propias Teorías del Todo y se enfrentan al descrédito de la comunidad científica con convicción de mártires.

—¿Me permite una objeción? —intervino.

—Se la permito. Dígame. —Carreño puso los antebrazos sobre los muslos e hizo una ojiva con las manos, comunicando su interés por escuchar.

—¿Se da cuenta de que no es el primero que desarrolla una teoría que lo explica prácticamente todo? —preguntó Rojo—. Según usted, tanto los mitos y leyendas como la creencia en los dioses o en seres sobrenaturales, a la vez que la inspiración literaria e incluso tal vez la científica, proceden de los seres de ese mundo paralelo. Supongo que no hay nada que usted no pueda justificar con su teoría. Pero, como científico, sabrá también que esas teorías que sirven para explicar todo tipo de hechos, incluso los contradictorios, acaban por no explicar nada.

Carreño asintió gravemente.

—Ya, entiendo su escepticismo. Usted se refiere, por ejemplo, a teorías como el psicoanálisis: en general, no se lo considera científico porque, al caber en él todo tipo de hechos, no se puede someter a contraste ni falsación, ¿no es así?

A su pesar, Rojo se sintió impresionado por una intervención tan lúcida en medio de un mar de delirios.

—No puedo estar más de acuerdo con esa afirmación. Admiro a Freud, pero no soy seguidor suyo.

—Bueno, Freud *tal vez* intuyó algo. Pero mire usted, doctor Rojo: yo solo desarrollé una teoría para utilizar la Cámara de Berensky en la detección de materia oscura. —Carreño le mostró las palmas abiertas en un gesto de sinceridad—. *Lo demás es algo que he visto y he vivido*. No voy a llenarle una pizarra de ecuaciones delirantes, no tema. Le cuento lo que he presenciado

como testigo, no lo que he inventado como físico. Lo crea o no, no estoy loco... Por desgracia, mi relato se corresponde demasiado bien con los síntomas de una locura paranoica.

—El que usted sea consciente de ello no lo hace más verdadero.

—No lo ignoro. ¿Sabe lo que hacía durante el día, cuando supuestamente trabajaba en mi laboratorio de la mina de Highwater? Devoraba libros de psiquiatría. Yo también temía haber perdido la razón. Pero la experiencia que vivía por las noches era tan real que me *imponía* su realidad.

»Déjeme que le siga contando. Néfele quería algo de mí, me había elegido, ¿recuerda? Ella sentía curiosidad por nuestro mundo y deseaba verlo con sus propios ojos, no por medio de los míos. Mientras trazaba su plan, me mantenía alejado de su gente, a la que yo solo había conocido de lejos y en atisbos. Ellos no lo comprenderían, me decía. Muchos no son como yo, y te podrían hacer daño. ¿Por qué?, le preguntaba. Te lo contaré si haces lo que te pida, me respondió.

»Por supuesto, yo le concedía lo que quisiera. También es un motivo de los cuentos populares, ¿sabe? Se concede un deseo a la persona amada, y lo que esta pide es precisamente causa de perdición...

—Siga —pidió Rojo, interesado. Empezaba a intuir lo que vendría.

—Ella me pidió... ocupar el lugar de mi mujer en este mundo. ¡Dios, qué miedo sentí, y a la vez qué deseo tan grande! Me resistí, pero ella me dijo que podía hacerlo, que conocía la manera.

»Y me la explicó. Tenía que llevar a mi mujer al laboratorio, tumbarla junto a la Cámara de Berensky y hacerla dormir sin el Anóneiros. Entonces ella podría hacer contacto con su mente y llevar a cabo una auténtica transmutación.

—No lo entiendo.

—Ni lo entenderá. Existe una supersimetría entre el mundo de la materia ordinaria y el de la materia oscura, pero aún no ha sido descrita y yo solo la capto vagamente. Lo que ella iba a hacer era una inversión de parámetros que daría lugar a un intercambio local, pero mantendría la supersimetría a nivel general.

Paparruchas, estuvo a punto de contestar Rojo: palabrería intelectual destinada a engañar a un profano como yo. Pero se calló.

—Sí. Néfele ocuparía el lugar de mi mujer en este universo, y mi mujer pasaría a ocupar el suyo.

—Y eso... ¿era un arreglo temporal? ¿Su mujer volvería a nuestro mundo pasados, digamos, unos días?

Carreño se encogió de hombros.

—Me daba igual, sinceramente. Mi mu... Eleanor no era una persona demasiado interesante, ni en este mundo ni en el otro.

»Preparé el cambio cuidadosamente. Jamás había llevado a mi mujer a la mina, porque ni a ella le importaban mucho mis investigaciones ni yo tenía demasiadas ganas de explicárselas. Tuve que trabajármela a conciencia durante un par de semanas. Cuando me acostaba con ella, cerraba los ojos y me imaginaba que era Néfele. Cuando le decía palabras amables, me imaginaba que estaba recitando obras de Shakespeare. Incluso, para inspirarme, leí unos cuantos libros sobre cómo llevarse mejor con la propia pareja. Por cierto, su obra *Vivir siendo dos para dos* no es de los más repugnantes, debo reconocerlo.

—Lo escribí con fines puramente alimenticios, puede creermelo —se defendió Rojo—. Siga.

—Con la excusa de que “a partir de ahora vamos a compartirlo todo”, la llevé a la mina. Recuerdo que Tecumpeh me miró como si me hubiera vuelto loco. ¡Desde luego, a él jamás se le habría ocurrido nada semejante!

»Mi mujer estaba encantada, y debo reconocer que hasta me dio pena al verla alborotada como un cachorrillo. Pero mi intención no era hacerle daño, desde luego. Además, debo reconocer que yo mismo estaba convencido en mi fuero interno de que todo era una locura y de que no iba a suceder nada.

—Como mucho, que Eleanor contraería la narcolepsia...

—Era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

»Así que bajamos al laboratorio y...

Los poderosos nudillos de Danvers. La puerta se abrió y el formidable guardián asomó su cabeza rapada.

—Lo siento, doctor Rojo, pero se me ha olvidado avisarle antes. El tiempo ha terminado.

—¡Maldita sea, Danvers! ¿No puede esperar un poco más?

—De veras que lo siento, doctor, pero yo solo hago lo que me dicen. Oiga, ¿no huele aquí a humo de tabaco?

—¿Me ha visto a mí cara de fumar? ¿Después de todos los pacientes a los que he tenido que tratar para que se desintoxiquen? ¡Vamos, hombre!

Danvers extendió las manos en gesto conciliador.

—No quería ofenderle, doctor. Ahora, Carreño, si me acompaña...

Evidentemente que te acompañará, se dijo Rojo. Porque, además, el muy mamón sabe que me ha dejado con la miel en los labios.



Rojo salió frustrado y de mal humor del despacho de Olivia. Sin darse cuenta, echó mano al paquete de tabaco que llevaba en el bolsillo; pero luego recordó dónde estaba y decidió que no merecía la pena hacer compañía a Carreño en el Corredor de la Muerte.

Cuando salía del pabellón, prácticamente se tropezó con la psicóloga, que volvía de sus visitas.

—Vaya, vaya, buenos días —saludó ella—. ¿Qué tal ha ido la entrevista de hoy? ¿Ha sido constructiva?

—Digamos que... reveladora. Pero me temo que aún nos queda alguna sesión más; lo siento por las molestias que le estoy causando.

Ella sacudió la cabeza hacia atrás para apartarse el pelo, un gesto innecesario en alguien que lo llevaba tan corto; le miró un par de segundos y luego desvió lentamente los ojos. Rojo se dio cuenta de que aquella noche, a solas, Olivia le había evaluado, y la conclusión había sido positiva. El tiempo de cortejo podía acortarse.

Por desgracia, no se sentía con humor para rituales de ese tipo.

—No se preocupe —repuso Olivia—. Es una molestia... soportable. Quería decirle que anoche lo pasé muy bien. Fue una velada muy agradable.

—También para mí lo fue...

De pronto el *déjà vu* dejó de aletear y se detuvo un momento ante sus ojos.

—Olivia... ¿está muy ocupada ahora o podría llevarme con Susan Gafter?

—¿Se le ha ocurrido algo nuevo?

—Tal vez...

Carreño se sentó cruzando la pierna derecha sobre la izquierda y le miró fijamente.

—¿Qué tal, doctor Rojo? ¿Ha vuelto a fumar hoy, o lo de ayer ha quedado en una pequeña infracción?

—He decidido que lo dejaré cuando terminemos nuestro caso —respondió Rojo. Se dio cuenta de que tenía todo el cuerpo tenso, e hizo un esfuerzo consciente por relajarse—. Para dejar de fumar, siempre hay que marcarse una fecha que de alguna manera signifique una discontinuidad. Un lunes, el principio de unas vacaciones...

—... El día de Año Nuevo, el día en que me indulten... —completó Carreño.

—Personalmente, me conformaría con que le conmutaran la pena. A no ser que revele usted algunos datos realmente nuevos que hagan pensar al jurado que no mató a su mujer.

—Me temo que no puedo hacerlo —respondió Carreño con cierta tristeza—. Ya le he dicho que nadie me creería.

—Lo que me ha contado a mí hasta ahora ya resulta lo bastante increíble. ¿Qué más le da seguir?

—Seguiré, pero no le servirá de nada: nadie le creerá a usted tampoco.

—¿Y qué interés puedo tener yo en que me crean una historia a la que yo mismo no doy crédito?

—Oh, le dará crédito antes del final, doctor Rojo. De alguna manera, lo veo en sus ojos.

Rojo bajó la vista, incómodo, y tomó un par de anotaciones innecesarias. ¿Acaso sabía aquel hombre lo de Susan Gafter?

—Bien: lo habíamos dejado en el momento en que usted entraba con su mujer en el laboratorio de la mina —dijo con una indiferencia que en realidad no sentía.

—Así es.

»Estuve enseñándole la Cámara de Berensky y cómo se suponía que funcionaba. De hecho, le había preparado algunas simulaciones falsas, y desde luego no se me ocurrió enseñarle la auténtica detección que se había producido. Luego hice que se acercara a los ordenadores y le expliqué algunas cosas sobre el sistema de control, y mientras lo hacía aproveché para rozarme con su cuerpo como por casualidad. Sabía que estaba en la fase del mes en la que se ponía más caliente, recién pasada la menstruación, y además, después de nuestra “reconciliación” ella estaba mucho más receptiva. En un momento dado, la obligué a apoyar los codos sobre una mesa, le bajé los pantalones y las bragas y se la clavé por detrás. —La voz de Carreño sonó más dura, tal vez de excitación o tal vez de resentimiento—. A ella le gustó y se puso como una salvaje. Acabamos sobre la colchoneta, probamos todas las posturas y, como ya le he dicho que le solía ocurrir, ella se durmió como un tronco. Yo había tenido la precaución de hacer que se trajera la “Corona”, “por si acaso”.

—¿Por si acaso?

—Claro. Si ella no hubiese tenido el Anóneiros, se habría levantado directamente después de echar el polvo, para espabilarse. ¡No se iba a arriesgar a contraer la narcolepsia! Pero como yo mismo le puse la “Corona” y le dije que podía echarse una cabezadita, ella se quedó dormida tan tranquila sobre mi hombro. Por supuesto, antes tuve que abrazarla y besuquearla y decirle un montón de veces que la quería...

—Y después le quitó el Anóneiros.

—Exactamente. Con todo, esperé bastante hasta asegurarme. Cuando ya llevaba más de una hora dormida, con mucho cuidado, le quité la “Corona”, me recosté a su lado, apoyé la cabeza en la mano y vigilé.

—¿Y qué sucedió?

—Que yo mismo me quedé dormido...

»Entonces viajé otra vez al País de las Sombras. Estábamos en un bosque de matorrales enormes cuyas ramas eran carnosas y se agitaban como serpientes para capturar las extrañas formas que volaban por los aires. —Carreño giró la mirada a la izquierda mientras evocaba aquellas imágenes fantasmales—. Allí estaba Néfele, esperándome, vestida para la ocasión como Princesa de las Sombras.

»Me dijo: “Puedes despedirte ahora de mí, si quieres, aunque cuando despiertes me volverás a ver en tu mundo”. La besé, y sentí como si me purificara la boca después de haber tenido que... babear a Eleanor.

Royo estuvo a punto de interrumpirle para exigir que dejara de hablar así de su propia esposa.

Pero no, ella estaba muerta, y daba igual lo que Carreño dijera. Era absurdo pensar que Eleanor Dawkins había ido a parar a un limbo infernal y ahora hablaba por la boca de Susan Gafter. Era absurdo... y sin embargo él acababa de expresar en palabras ese pensamiento que intentaba rechazar.

—¿Qué más pasó en su... sueño?

—De pronto Néfele dejó de estar allí y en su lugar apareció mi mujer. Fue apenas un segundo... El País de las Sombras debió de horrorizarla, porque apenas vio dónde estaba empezó a chillar como una histérica. Recuerdo que sus gritos eran tan penetrantes que me desperté con ellos clavados en la cabeza.

—Y me imagino que se encontró de vuelta en el laboratorio de la mina.

—Así es. Y quien estaba ahora, tendida a mi lado, era Néfele.

—De modo que ahora, fuera del sueño, la vio por primera vez.

—Sí. La vi... distinta. En nuestro mundo perdía parte de su esplendor, de esa majestad casi sombría que la convertía en una princesa. Pero, por otro lado, sus ojos eran aún más bellos a la luz natural. —La mirada de Carreño iba de un lado a otro mientras intentaba encontrar palabras.

—Veamos... Según me dice, no es que Néfele se apoderara con su mente del cuerpo de Eleanor, sino que realmente se trasladó a nuestro mundo, con todo su ser... físico. ¿Nadie más reparó en ello?

—Yo tenía miedo de salir de la mina, porque nos podíamos encontrar con Tecumpeh, que ya nos había visto entrar y se daría cuenta del cambio. Pero ella me tranquilizó, asegurándome que nadie más que yo podía verla tal como era.

—Ya. —Muy típico, pensó Rojo.

Carreño se dio cuenta de su desaprobación y frunció el ceño.

—Le estoy contando las cosas tal como fueron. ¿Es usted mi psiquiatra o está aquí para hacer de juez de la verdad?

—Perdóneme. No estoy buscando la verdad absoluta, sino *su* verdad. Es la única que me interesa.

Cochino mentiroso, se dijo. Quería conocer *la* verdad y saber si debía internarse a sí mismo en un manicomio, decidir que todo era un montaje o simplemente fruto de la casualidad.

—Así que salimos de la mina —prosiguió Carreño—, y cuando nos cruzamos con Tecumpeh, nos miró exactamente con el mismo gesto de desaprobación con el que lo había hecho al entrar. Pero no notó ninguna diferencia y creyó que la mujer con la que yo salía era mi esposa.

»Cuando volvíamos en el coche, Néfele me pidió que le enseñara nuestro mundo. Estaba entusiasmada como una niña pequeña. Esa noche recorrimos toda la ciudad, la llevé a cenar, casi la emborraché, luego la llevé a una sala de baile... Creo que fue el día más feliz de mi vida. Me recuerdo, sentado frente a ella, pensando que era increíble que todos los hombres y mujeres que había en el restaurante no se la quedaran mirando tan embobados como yo. Pero, claro, ellos no la veían de la misma forma.

—Dice usted que fue el día más feliz de su vida... ¿Cuándo empezaron a estropearse las cosas?

—Es usted muy sagaz, doctor Rojo.

—No hace falta ser muy sagaz para darse cuenta. Usted llegó a pensar que jamás volvería a conectarse al Anóneiros, y sin embargo ahora se niega a quitárselo bajo ningún concepto. Algo tuvo que cambiar drásticamente para que tomara esa decisión.

Carreño ladeó la cabeza y comprobó maquinalmente las conexiones de la Corona.

—En realidad, fueron varios días felices, no solo uno. Pero, aunque estaba muy enamorado de ella, ahora que la veía en nuestro mundo, en cierta manera, se había humanizado... y yo empecé a observarla.

»Ella parecía estar bien conmigo, pero al cabo de unos cuantos días empezó a rehuir mi compañía... Yo estuve un tiempo sin bajar a la mina, pero ella insistió en que volviera. Le dije que ya no tenía sentido trabajar allí, que todo el afán de mi experimento era detectar la materia oscura, y que ahora ya había hecho mucho más que eso. Pero hay que disimular, me decía ella. Tú debes ir, mientras yo me quedo conociendo tu mundo...

»Y en verdad, Néfele absorbía toda la información que podía. Yo puedo leer y memorizar muy rápido, pero no era nada comparado con la capacidad retentiva de ella. También le fascinaba el cine, y se dedicaba a imitar los gestos de las mujeres fatales que aparecían en las películas en blanco y negro.

»Era muy inteligente en muchos aspectos, pero en otros... era una inexperta en nuestro mundo. No tardé en descubrir que me estaba engañando. Y con más de un hombre.

—¿Cómo? —Rojo enarcó las cejas. Acababa de descubrir una paranoia dentro de otra paranoia.

—No fue difícil darme cuenta. O quizás a ella no le importaba, y disfrutaba haciéndome sufrir. Miraba descaradamente a otros hombres y dejaba que ellos la miraran... —Había una furia hasta entonces desconocida

en la voz de Carreño. Rojo empezó a comprender qué podía haberle movido a ensañarse con tanta violencia contra su esposa.

—El que ella les mirara no prueba que...

—Un momento, no he terminado. A ella le gustaba salir todas las noches y siempre coqueteaba con otros hombres, y a veces con mujeres, pero luego volvía conmigo a casa. Era de día cuando me la pegaba. A veces yo llamaba desde la mina y comprobaba que ella no estaba en casa y pasaba fuera horas y horas. Y otras veces tenía la desfachatez de traer hombres a nuestro apartamento y no molestarse en quitar de en medio los restos de sus... de eso.

Rojo estaba alucinado por el cariz que tomaba el relato.

—¿Me viene a decir usted que esa mujer había cambiado de universo, se había transmutado con una mujer de nuestro mundo y había dejado el suyo, tan solo para comportarse como una ninfómana?

—¿Ninfómana? Es curioso verlo así. Seguro que sacaba placer de ello, sí, pero eso era secundario. En realidad Néfele había venido como una cabeza de puente. Ella era la vanguardia de una fuerza invasora.

—¿Puede repetirme eso?

—Le contaré algo que descubrí: cuando los hombres que se... acostaban con Néfele se quedaban dormidos, ella les quitaba el Anóneiros. No tuvo demasiado tiempo, porque yo no lo permití, pero si se fue a la cama con diez, consiguió que cuatro de ellos contrajeran la narcolepsia. Eso, como le digo, fue lo último que descubrí y lo que me movió a... hacer lo que hice.

—¿Cómo lo averiguó? ¿Se lo confesó ella?

Carreño se mordió los labios, reprimiendo un recuerdo doloroso.

—Ya se lo contaré... Ahora, voy a hablarle de un sueño, mi último sueño...

»Desde que Néfele estaba conmigo en nuestro mundo, insistía en que yo durmiera con la “Corona” conectada. Decía que para qué quería yo soñar con el País de las Sombras, si ella ya no estaba en él. Y que debía tener cuidado, pues no todo el mundo allí era igual que ella y yo podía correr peligro.

»Le pregunté si tenía miedo de que yo contrajera la narcolepsia, y me dijo que sí.

»¿Qué es en realidad la narcolepsia de Pisani?, le pregunté. Ella se hizo de rogar, pero por fin me lo explicó.

»Supongo que hasta ahora habrá muchos detalles de mi relato que le habrán parecido absurdos, ilógicos, o que, por el contrario, le habrán dado un tufillo demasiado *humano*. ¿Por qué un universo compuesto enteramente por

materia exótica, que nosotros no podemos detectar, que no interactúa con la materia ordinaria prácticamente desde el *Big Bang*...

—... se parece tanto al nuestro? —completó Rojo.

—Yo también me lo preguntaba —reconoció Carreño—. No lo hice cuando soñaba con el País de las Sombras, porque entonces la experiencia era tan intensa que se imponía por sí misma; pero, cuando Néfele se trasladó a nuestro mundo, empecé a albergar dudas.

»La respuesta es muy sencilla: el País de las Sombras no se parece a nuestro mundo. Es nuestro mundo el que se parece al País de las Sombras.

»Ellos nos crearon.

—¿Se ha quedado sin palabras, doctor Rojo? ¿Piensa que la audacia de mi delirio no conoce límites? —Carreño estaba excitado y hablaba cada vez más deprisa, pisándose sus propias palabras—. Ha de darse cuenta de una cosa: mi delirio no es gratuito. No es una descripción superflua del mundo. Por el contrario, es imprescindible para dar razón de algo que hoy día sigue siendo un enigma al que los científicos aún no han encontrado explicación.

Carreño se quedó en silencio y sonrió. Estaba aguardando una respuesta.

—¿El origen del Cosmos? —aventuró Rojo.

—¡No!

—¿El origen de la vida?

—¡Tampoco! Vamos, doctor, usted es una persona inteligente; no me decepcione. Piense en algo mucho más cercano a nosotros, muy reciente en el tiempo y que nos afecta en este preciso momento...

Rojo cayó en la cuenta.

—¡La narcolepsia de Pisani!

—¡Bingo! ¿Hay una enfermedad más ilógica que la narcolepsia de Pisani? Los síntomas, el desarrollo, el índice de mortandad: todo eso atenta contra la razón. Pero, ¿qué me dice de lo que ocurre con los cuerpos de los muertos?

Rojo cerró los ojos y recordó cómo el cadáver de su madre se había desmoronado en un montón de cenizas.

—Si alguien nos hablara de algo así, pensaríamos que está loco, y de hecho en las publicaciones científicas es un tema censurado —prosiguió Carreño, en tono triunfante—. Pero lo cierto es que ocurre, y delante de nuestros ojos. ¿Qué explicación puede usted darme?

—Ninguna —reconoció Rojo.

—Pues bien: yo sí la tengo. Escúcheme atentamente, porque no debe de quedarnos mucho tiempo. Lo que voy a contarle no servirá de nada, porque de

todas formas la humanidad ya está condenada, pero *quiero* que alguien me escuche.

»Los seres de materia oscura existen desde hace muchísimo tiempo, miles de millones de años, aun antes de que la Tierra se formara o de que el Sol fuera siquiera una protoestrella. En realidad, fueron casi un accidente en la vastedad del Universo: en medio de un inmenso océano de caos y entropía en el que todo tendía a convertirse en una especie de caldo frío e informe, apareció una pequeña isla de materia que se organizó para formar estructuras más complejas y dar lugar, en un azar de proporciones cósmicas, a seres vivos, y después a seres inteligentes.

»Los seres de materia oscura estaban condenados a la extinción final, ya que no podían luchar contra el Segundo Principio de la Termodinámica, y lo sabían. Porque por su naturaleza la materia oscura, que es la que reina en el Universo, tiende al caos, al desorden, a la uniformidad: todo lo más contrario a la vida y a la inteligencia. Su islote de organización y complejidad acabaría diluyéndose en el caos total, y el Universo entero se convertiría en un lugar infinitamente frío, disperso, informe, sin sentido.

»Y entonces descubrieron lo que nosotros denominamos materia ordinaria, que para ellos era tan difícil de detectar como lo es para nosotros la materia oscura de la que están hechos. Pero encontraron algo más, una característica que hacía a ambas sustancias aún más diferentes.

»Y es que lo que nosotros llamamos la materia ordinaria, aunque en su conjunto obedezca al Segundo Principio de la Termodinámica, tiende a autoorganizarse en condiciones locales. Esta naturaleza de nuestra materia, que en muchas ocasiones busca el camino hacia una mayor complejidad, solo la hemos empezado a sospechar hace unas décadas. Pero los seres oscuros la conocieron hace eones, y la utilizaron para sus fines.

»Y así crearon nuestro mundo. El tiempo sigue otro ritmo muy distinto en el País de las Sombras, y ellos se lo tomaron con infinita calma. La suya fue una prolongada y ardua labor de ingeniería, que al principio tal vez desarrollaron con fines estéticos. Nos crearon *a su imagen y semejanza*, sí, y por eso somos tan parecidos a ellos: sus gemelos simétricos. Pero no lo hicieron como en el relato bíblico, moldeándonos del barro e insuflándonos el alma. No, ellos utilizaron la capacidad de nuestra materia para autoorganizarse, y después se limitaron a guiar las condiciones con hábiles cambios aquí y allá. Gracias a ellos, la evolución tomó un camino aparentemente azaroso, pero que ahora vemos inevitable, y que ha conducido al ser humano. Nosotros somos sus hijos y a la vez sus juguetes...



—Una teoría fabulosa, en el sentido literal del término —le interrumpió Rojo—, pero no veo qué puede tener que ver con la narcolepsia de Pisani.

—¿No? Hablemos un momento del sueño REM, doctor. He procurado informarme sobre ese campo. Creo que fue William Dement, uno de los mayores expertos en el estudio del sueño, el que dijo: “Si el sueño REM no desempeña ningún papel adaptativo vital, la conclusión inevitable es que se trata de uno de los errores más grandiosos de la evolución”.

—Recuerdo la cita, sí.

—La extraje de su libro, doctor Rojo. Pues bien: se supone que el motor de la evolución es la adaptación al entorno, y sin embargo el sueño REM no solo no parece adaptar al animal a su entorno, sino que lo deja indefenso ante él. ¿Cómo puede haber surgido? Se lo explicaré.

»El sueño REM es el tributo que pagamos a nuestros creadores, a la Gente Sombria. Es un estado cuántico especial e indescriptible en el que ambos universos pueden entrar en contacto. Durante siglos, hemos intercambiado nuestros pensamientos con los habitantes del País de las Sombras, de una forma aparentemente azarosa y caótica, como azaroso y caótico es el mundo de los sueños, y hemos creído que ellos eran nuestros dioses, nuestras hadas, nuestros genios, o nuestros Wendigos, como piensa el bueno de Tecumpeh.

»Porque los habitantes del País de las Sombras siempre han aprovechado el momento en que soñamos para extraer información de nuestras mentes e introducirla en su mundo, dejándonos a cambio el ruido y el caos que a ellos les sobran. Digamos que vampirizan nuestros sueños, y en vez de robarnos la sangre nos roban *orden*.

—¿Todo esto se lo explicó la propia Néfele?

—Sí, lo hizo a su manera, que yo he interpretado a la mía. Y también fue ella la que me contó lo que estaba pasando entre su gente. Había aparecido en el País de las Sombras una facción que pretendía cambiar las cosas. Si hasta ahora nos habían ordeñado, contentándose con robarnos una parte de nuestro ser, ahora el bando de los *halcones* pretendía matarnos como reses para comerse nuestra carne.

—¿Qué quiere decir?

—Que ahora se habían decidido a absorber de nosotros hasta la última gota de organización, de orden, de información. En eso consiste la narcolepsia de Pisani. Un habitante del País de las Sombras aprovecha el momento del sueño REM para clavar sus colmillos en nosotros. Y entonces empieza a chupar, a chupar: primero se lleva los pensamientos conscientes, y en su lugar deja imágenes caóticas y aterradoras de su propio mundo: es la locura.

Después, arrebató los engramas, la propia estructura cerebral del enfermo, y de este modo reduce a la nada su mente: es el coma irreversible. Por último, cuando ya no parece quedar más, se apodera de toda la organización de sus células, de la complejidad que existe en cada una de las moléculas de su cuerpo, y no deja tras de sí más que un montón informe de materia inorgánica a la que nada podrá devolver a la vida: es la aniquilación casi total.

Rojo reprimió un estremecimiento. En su recuerdo, el cadáver de su madre se desmoronaba una y otra vez. Si podía aceptar lo que había visto, ¿por qué no creer en la teoría que le estaba exponiendo Carreño?

Y aún había algo más que le impulsaba a creer, aunque su razón se negaba a ello.

No lo pienses, se dijo. Olvídate de Susan Graft.

—¿Por qué no contrajo usted la narcolepsia? ¿Por qué Néfele no lo aniquiló?

—En mi ingenuidad, pensé que lo había hecho por amor. Razoné que tal vez ellos podían amarnos: al fin y al cabo somos sus criaturas, y uno puede llegar a amar a sus creaciones.

»Néfele me dijo que ella se había opuesto a su madre, la Reina Belecis, pues pensaba que exprimir así a los humanos les perjudicaría a ellos mismos. De seguir así, nos extinguirían, y ¿qué pasaría después? ¿Cómo seguirían luchando contra la inexorable Segunda Ley? Pero Néfele estaba en minoría entre su pueblo, que se había vuelto codicioso e impaciente.

»Y entonces me buscó a mí. Ella ya se había aparecido en mis sueños, y me volvió a encontrar gracias a mis investigaciones. Conocía mi mente, y también mis anhelos, y por eso me habló en mi idioma. Y en vez de vampirizarme, me hizo soñar su mundo... y aún más, me abrió las puertas a él.

»¿Qué pretendía? Según ella, venir a nuestro universo, conocerlo mejor, y también comunicarse con nuestros hombres de ciencia para buscar una solución. Sí, ella quería que recobráramos la beneficiosa simbiosis del pasado: solo teníamos que darles un poco de la información de las mentes, y a cambio ellos nos devolverían los sueños. ¡Era tan poco lo que nos pedían!

—Detecto cierto sarcasmo en sus palabras —intervino Rojo.

—El sarcasmo del hombre que ha sido engañado. Hace un rato le dije que le iba a contar mi último sueño. Y así haré.

»Yo ya sospechaba algo raro. Seguía enamorado de ella, pero estaba casi seguro de que me engañaba con otros hombres, y no podía entender por qué. Usted mismo lo ha dicho: ¿había cambiado de universo tan solo para ejercer

de ninfómana? Estaba además esa insistencia en que yo durmiera con el Anóneiros. Claro, ella me había dado una explicación: yo corría peligro, pues ella ya no estaba en el País de las Sombras para protegerme.

»Pero me arriesgué. Aunque me costó mucho, me obligué a mí mismo a dormirme en el laboratorio de Highwater sin el Anóneiros.

»Y soñé...

»Aparecí en un lugar del País de las Sombras que no había visto antes. Era un inmenso abismo circular, que bajaba trazando una espiral más allá de donde alcanzaba la mirada. Vagué por él y encontré cosas que... —Cerró los ojos y meneó la cabeza. Un segundo después, se aseguró las conexiones de la “Corona” con dedos temblorosos—. No puedo ni quiero describirlas. Sé que atormentarían mis sueños... si los tuviera.

»Yo ya no estaba bajo la protección de Néfele, eso era cierto, y no veía las cosas como las había visto. El sol negro caía sobre mí de plano, y no es algo para lo que la mente de un ser humano esté preparada. Me sentía morir de dolor, o algo parecido al dolor, pues lo experimentaba con sentidos que no se poseen en nuestro mundo. Me arrastré y di tumbos de un lado para otro. Creo que de lejos vi a otros como yo, incluso a... a Eleanor. No, no quiero pensar en ella ni en cómo...

»Ellos no nos destruyen a todos: algunos humanos, por azar o por intención, acaban como cautivos en su mundo, y allí sufren tormentos sin final. No es un lugar para el hombre. La mente enloquece allí... es el Infierno, el auténtico Infierno...

Carreño hablaba automáticamente, como si estuviera en trance, y se retorció los dedos con tanta fuerza que Rojo temió que se rompiera un hueso. A su pesar, estaba hipnotizado por las palabras del físico.

—Me encontraron... y me torturaron. Yo no tenía que estar allí. —Durante un segundo dejó de retorcerse los dedos y volvió a comprobar la conexión del Anóneiros—. Dios, Dios... no sé lo que me hicieron, pero mis gritos debieron escucharse en los dos universos... No sangré, ni me quemaron, ni me golpearon, pero cuando me dejaron me quedé tendido como una piltrafa viscosa, impura y sucia.

»Se rieron de mí. Néfele lo había hecho muy bien, me dijeron. Era cierto, ellos habían cometido un error: por culpa de su codicia, nos habían exprimido demasiado y nosotros habíamos inventado el Anóneiros. Pero Néfele encontró la solución, que fui yo. —Carreño contuvo un sollozo. Era humillación lo que sentía, no culpa—. Gracias a mí había entrado en nuestro mundo... y ahora la plaga se extendería de nuevo.

—¿Por qué querían destruirnos, en vez de volver a vivir en simbiosis? —preguntó Rojo—. Seguían cometiendo el mismo error de matar a la gallina de los huevos de oro.

—Su mundo se desplomaba —explicó Carreño—. La entropía era ya una marea imparable y no les bastaba con pequeñas inyecciones de orden. Querían comprar un poco más de tiempo a nuestra costa. Estaba en juego su supervivencia...

—Siga, por favor. ¿Esas torturas que experimentó... las consideraría una manifestación de la narcolepsia de Pisani?

—No, no. De pronto me desperté otra vez en la mina. Al principio pensé que estaba perdido, que había contraído el mal y que ya no tendría remedio aunque me conectara la “Corona”. Esa noche, cuando me acosté al lado de Néfele, ella me dijo que me notaba muy alterado. No sé cómo logré disimular; yo creo que ella estaba tan concentrada en sus propios designios, de los que sin duda obtenía placer, que ni me prestó atención. Me dormí con el Anóneiros... y no soñé. No alcanzo a entender por qué me libré: tal vez la Gente Sombría consideró justo recompensarme de alguna manera, ya que yo había sido el involuntario traidor. O simplemente me despreciaban.

»Aguanté algunos días más así, pero me di cuenta de que mi amor por Néfele se estaba convirtiendo en miedo. Cuando ella me miraba durante unos segundos sin decir nada, la sangre se me helaba en las venas, pensando qué tramaría contra mí. Procuraba no dormirme nunca antes que ella, por si me quitaba la Corona o decidía asesinarme directamente; de hecho, empecé a tomar pastillas para mantenerme despierto, y eso terminó de desquiciarme la mente.

»El caso es que la seguía amando, porque ellos nos habían diseñado desde el principio de los tiempos para que fuéramos esclavos de su belleza y no pudiéramos resistirla. Pero a veces, por la noche, en la oscuridad, la veía con otros ojos, y era como si se rompiera la crisálida y brotara del interior un monstruo tan repugnante que... No, no puedo seguir con eso. —Carreño hundió la cara entre las manos y empezó a temblar, sollozando en silencio.

—Dígame qué pasó, Carreño. Estamos ya muy cerca del fin. ¿Por qué la mató?

Carreño levantó la mirada. Tenía los ojos húmedos. Rojo se preguntó cuántas veces habría llorado en su vida.

—¿Me lo pregunta? ¿Qué habría hecho usted?

Por la mente de Rojo cruzó un pensamiento, como un relámpago airado: Jamás mataría a una criatura tan bella, pero sí a su asesino.

—Le tenía tanto miedo que cogí un hacha de la mina y me la llevé a casa —se explicó Carreño—. Cada día la escondía en un lugar distinto, por temor a que la encontrara. Era casi peor guardarla en casa, pero, de alguna manera, necesitaba tener un arma cerca.

»Aquella noche llegué tarde. No había estado en la mina; había ido al aeropuerto a comprar un billete para San Francisco, y lo hice, llegué a comprarlo; pero luego fui incapaz de tomar el avión. Cuando ya tenía un pie en la escalerilla sentí pánico y salí corriendo, como si una fuerza ajena dominara mis piernas. Me di cuenta de que ella me tenía en su poder. Era inútil escapar.

»Cuando volví a casa, Néfele me estaba esperando con la mesa puesta. Le gustaba cocinar, aunque lo hacía casi peor que Eleanor. Yo traté de sonreír, como si no pasara nada; pero ella se levantó y me miró con una ira como jamás había visto en su cara. Sucio traidor, puerco embustero, me llamó. De alguna manera se había enterado de mi excursión al País de las Sombras. Te mataré, me dijo; haré que sueñes con todos los horrores imaginables. Yo caí de rodillas y empecé a suplicar de una forma indigna. Para entonces no era un hombre; me había convertido en un despojo.

»Pero ella cometió un error. Se arrojó sobre mí y empezó a tirarme del pelo, a arañarme en la cara y a patearme en los riñones. Yo me levanté, traté de librarme de ella y, casi sin querer, la arrojé contra una pared. Ella se golpeó en la cabeza y cayó al suelo. Al hacerlo, me miró con un gesto de estupor, y me di cuenta de que no se esperaba algo así.

»En ese momento me sentí fuerte. Di dos zancadas hacia ella, la agarré del pelo y la obligué a levantarse. Ella chillaba y seguía insultándome, pero me di cuenta de que ahora tenía miedo. Estando en nuestro mundo, no tenía ningún poder sobre mí, y yo era más fuerte. Por primera vez en mi vida, pegué a una mujer. Le di una bofetada sin soltarle el pelo, y otra, y otra, hasta que empezó a sangrar por la nariz y los labios. Pero me parecía una lástima estropear ese rostro tan bello, así que le di un puñetazo en el estómago. Se cayó de rodillas al suelo y empezó a boquear, tratando de respirar. Por favor, por favor, me decía. Ahora era ella la que suplicaba.

»Se lo saqué todo. Me confesó lo que había hecho con otros hombres, y entonces me enfurecí y le quemé los dedos con un mechero. —Carreño soltó una risa histérica—. ¡Fue espantoso! Me dolía a mí tanto como a ella, pero no podía parar.

»O sí, sí paré... ahora me acuerdo. La dejé un momento, ¿y sabe lo que hizo ella? Se puso de pie, se desnudó delante de mí, abrió sus brazos y se me

ofreció, llena de magulladuras como estaba. ¡Qué hermosa era aún así! Perdóname, me dijo. Volví a cogerla del pelo y la arrastré hasta la cama. Allí me tumbé encima de ella y la penetré sin esperar, a pesar de que ella no estaba preparada y le dolía. Pero poco a poco me fui calmando, y al final, cuando me vacié dentro de ella, parecía que toda mi furia se hubiera evaporado.

»Ella me empezó a acariciar la cabeza, me besó y me dijo: Tú eres diferente, tú no tienes por qué sufrir el mismo destino. Me hizo mil promesas, y casi las creí.

»Me relajé sobre sus pechos y me adormilé. Los ojos se me cerraron poco a poco. Pero de pronto, cuando iba a dormirme ya, sentí que me caía por un abismo y me desperté sobresaltado. Ella me estaba mirando a apenas un palmo de distancia, y su expresión era bien distinta a la de antes. Jamás había visto una mirada tan cruel y tan dura en los ojos de un ser humano. Pero es que ella, evidentemente, no era un ser humano. Supe en ese momento que estaba condenado, y toda mi furia anterior se convirtió en miedo.

»Me levanté como si me hubiera empujado un resorte. Me subí a una silla y saqué el hacha del altillo del armario. Ella se incorporó y trató de huir, pero la herí. No sé muy bien qué le hice. Creo que tenía una herida en el pecho y otra en el abdomen; no estoy muy seguro. Sé que cayó boca arriba en la cama, y me dio la impresión de que estaba muerta. Pero tenía mucho miedo y quería asegurarme, así que le corté la cabeza. Como luego no soportaba ver su rostro, le di la vuelta a la cabeza y la dejé boca abajo sobre la almohada.

—Esa es toda mi historia, doctor Rojo. Salvo que dentro de quince días me administrarán la inyección letal por hacer lo que hice. Espero que la muerte sea el fin de todo; pero, por si no lo es, deseo que me ejecuten con el Anóneiros conectado.

Carreño se levantó, dispuesto a irse.

—Veo que hoy no ha venido Danvers a buscarme. Algo le habrá entretenido. Pero, en fin, creo que es hora de que me vuelva a mi celda.

Rojo tragó saliva. Apenas le salía la voz.

—¿Por qué le tiene tanto miedo a la narcolepsia? También sería el fin para usted... el descanso final.

—¿No ha comprendido? Yo no tengo miedo a la narcolepsia, si eso significa reducir todo lo que he sido a la nada. Pero ya le he dicho que no todo el mundo sufre el mismo destino... que algunos se convierten en habitantes del País de las Sombras. Yo sé que ella sigue viva allí, en su mundo oscuro, y no quiero ni pensar lo que me hará si logra apoderarse de mí.

»Usted no comprende el auténtico miedo al Infierno, doctor Rojo. Pero yo sí.

## 13

Rojo se quedó cinco minutos inmóvil, mirando a la puerta por la que había salido Carreño. En ese tiempo su mente estuvo en blanco; sus manos, quietas sobre la mesa; sus ojos apenas parpadearon. Después, sacó un cigarro, se lo llevó a la boca y encendió el mechero. Durante unos segundos la llama bailó ante sus ojos, a un centímetro de la punta del cigarrillo. Pasó la mano izquierda sobre el fuego y después la dejó quieta, contemplando cómo aquella lengua amarilla lamía su piel. El calor se hizo insoportable y retiró la mano.

Cabrón, masculló, pensando en Carreño. Le quemó los dedos...

Se guardó el cigarrillo sin encenderlo, recogió sus cosas y salió del despacho. No tenía ganas de encontrarse con Olivia; a decir verdad, no tenía ganas de encontrarse con nadie.

Mientras se dirigía a zancadas al aparcamiento de la prisión, pensó en Susan Grafter, de quien no había querido acordarse en todo el día. La clave estaba en ella. Toda aquella maraña de delirios no le habría afectado tanto si no hubiera sido por ella.

El día anterior había vuelto a la enfermería con Olivia Rosen para ver a Susan Grafter. De pronto había creído comprender la razón de su *déjà vu*; aunque a él mismo le parecía ridícula, quería comprobarla y demostrarse a sí mismo que era una estupidez.

La mujer seguía exactamente igual que la había dejado en su visita anterior. Los ojos bailaban frenéticos de un lado a otro por debajo de los párpados. Rojo sintió compasión por ellos, más que por la misma mujer. Le tocó la piel, que seguía ardiente y seca, y comprobó la temperatura: cuarenta y dos grados y tres décimas.

Ahora venía lo más difícil. Se volvió hacia la psicóloga y, a pesar de la tensión que sentía, trató de componer la más encantadora de sus sonrisas. Normalmente le daba resultado.

—Olivia, tengo que pedirle un inmenso favor. Ya sé que es usted quien lleva este caso y quien me lo ha presentado, pero... La verdad es que necesitaría quedarme a solas con esta mujer.



La psicóloga frunció el ceño, molesta.

—¿Quedarse solo con ella? ¿Qué quiere ocultarme? ¿Es usted necrófilo, o es que quiere levantarme el caso y atribuirse todo el mérito?

Rojo abrió los brazos y mostró las palmas de las manos, en un gesto de sinceridad que en esta ocasión era auténtico.

—Olivia, le juro que jamás publicaré nada sobre Susan Grafter si el nombre de usted no aparece por encima del mío. Ya sé que resulta difícil de entender, pero esto tiene que ver con el caso de Carreño. Por eso no puedo explicárselo... aún. Pero lo haré.

La psicóloga se cruzó de brazos, se quedó pensando unos segundos y por fin accedió.

—Está bien. No me hace mucha gracia, pero le permitiré esta excentricidad por la cena de ayer. ¡Pórtese bien!

Cuando se quedó a solas con la enferma, Rojo se inclinó sobre ella y susurró en su oído:

—¿Estás ahí?

Tan cerca de ella, la fetidez acre de su respiración se le hacía insoportable. Se incorporó y tomó aire inútilmente. El olor se había extendido por toda la enfermería y ya no lo podía sacar de sus fosas nasales. Volvió a agacharse y susurró de nuevo:

—¿Estás ahí? —Esperó unos segundos y añadió—. Contéstame, por favor. No hablo con Susie Bocasucia. Sé quién eres, y sé que estás ahí dentro.

Se sentía ridículo realizando aquel exorcismo. De pronto se le ocurrió que podía haber alguna cámara filmándole y se irguió. Recorrió con la mirada todas las paredes, pero no encontró nada que pareciera un dispositivo de filmación. Desconfiando aún, volvió a acercarse a la oreja de la enferma.

—¿Estás ahí? Sé cómo te llamas. Cuando te diga tu nombre, contéstame, por favor. ¿Estás ahí, Eleanor?

La respuesta le hizo dar un respingo.

—¿... én me llama?

Rojo se apartó unos pasos y estuvo a punto de salir corriendo, pero pensó que sucumbir al pánico otra vez, como había hecho en la mina, era altamente impropio de un psiquiatra con reputación. Tragó saliva, hinchó el pecho y contestó.

—Soy un médico. Solo quiero ayudarte.

La mujer apenas abrió los labios para hablar. La voz era tan débil que Rojo tuvo que pegar la oreja a su boca. El hedor le revolvió el estómago, pero aguantó estoicamente.

—Sácame de aquí...

—¿Dónde estás?

—No lo sé... Es un lugar frío y negro... Sácame... Me consumo, me consumo...

En ese momento, Rojo había mandado al infierno su reputación y se había largado de allí; no lo había hecho corriendo porque aún le quedaba un resto de dignidad, pero todos aquellos con los que se cruzó se preguntaron adónde iría el psiquiatra español con tanta prisa.

Y ahora, un día después de aquello, mientras conducía el coche alquilado de vuelta a Rapid City, sabía perfectamente por qué no podía desechar por completo la historia de Carreño como si tan solo fuera la elucubración de una mente enferma. Después de oír las palabras que habían salido de la boca de Susan Gafter, un impulso irresistible del que sabía se arrepentiría le había hecho volver a la mina Highwater para recuperar el diario de Carreño. Y allí había vuelto a leer aquellas líneas que habían estado rondando su mente durante dos días:

*Cuando traté de responder, mi mujer empezó a chillar: “¡Me consumo, me consumo!” como una histérica, y yo estuve a punto de pegarla. Dios sabe que no soy una persona violenta, pero no soporto que me repita eso cada vez que tiene algún problema.*

Cuando terminaba de doblar la última camisa para guardarla en la maleta, sonó el teléfono. Rojo no tenía ganas de hablar con nadie, pero en el registro de entrada aparecía el nombre de Olivia Rosen. Le pareció una descortesía no despedirse de la psicóloga y aceptó la llamada.

—Bueno, Olivia. Parece que mi trabajo en esta parte del mundo se ha terminado ya.

—Lo sé. Quería despedirme. Yo... —la psicóloga agachó la mirada, un tanto azarada—... espero haberle ayudado de alguna manera.

—He pasado unos ratos maravillosos en ese estupendo sillón que tiene en su despacho. Por cierto, espero que no me guarde rencor por haberme echado un pitillo en él...

—Si el motivo era terapéutico, queda usted disculpado. ¿Ha entregado ya su informe?

—Iba a hacerlo ahora mismo.

—Espero que tenga suerte. ¿Sabe? Yo no tengo muy claro si estoy a favor o en contra de la pena de muerte. Pero me alegraré si le conmutan la pena a Carreño. Por usted.

—Muchas gracias —dijo Rojo, frotándose la comisura de los labios. Luego se dio cuenta de que ese gesto traicionaba el hecho de que tenía algo que ocultar, y bajó la mano.

—Bueno, supongo que eso es todo. Ya sabe, tiene usted mi número de teléfono para cualquier consulta... profesional que quiera hacerme. —Olivia le sonrió con cierta picardía mientras miraba de soslayo a la cámara—. Y no se le ocurra publicar nada sobre Susan Gafter sin consultarme antes.

—Lo tendré en cuenta... colega.

Cuando colgó, Rojo se sintió como un miserable. Y no era por el caso de Susan Gafter.

*El ciudadano español Álvaro Carreño Santos, de 30 años de edad, ha sido juzgado por el asesinato de su esposa, Eleanor Carreño (Dawkins de soltera), con el veredicto de culpable de homicidio en primer grado. Condenado a muerte por el estado de Dakota del Sur, está internado en la prisión de St. Ambroise, esperando el momento en que se cumpla la sentencia mediante el procedimiento de la inyección letal.*

*Por solicitud de la Embajada de España en los Estados Unidos, el abajo firmante, doctor Pedro Rojo de las Heras, ha realizado una exploración psiquiátrica de Álvaro Carreño para determinar si existía, en el momento del crimen, alguna circunstancia anormal en el estado de su mente que pudiera considerarse como atenuante o eximente. Se tiene en cuenta que el paciente ya fue sometido al dictamen de dos psicólogos durante el juicio. El presente estudio no pretende poner en duda la competencia de estos dos profesionales, sino apurar las posibilidades de evitar la ejecución de un ciudadano español, como nos dictan tanto las más elementales normas de humanidad como el grado de inquietud manifestado por la sociedad de nuestro país.*

*Procedimiento: entrevistas personales con el sujeto realizadas entre los días 15 y 22 de febrero del corriente año, durante las cuales se le sometió a una serie de pruebas que se contrastaron con las anteriormente realizadas.*

*(Nota: se acompañan como testimonio algunos fragmentos del diario personal de Álvaro Carreño, que ilustran las conclusiones del estudio).*

#### *Conclusiones del estudio:*

*El sujeto, Álvaro Carreño, presenta un buen estado de salud física. Sus condiciones intelectuales no parecen haber sufrido detrimento alguno, y su CI se estima al menos en 180. Sin embargo, su pensamiento aparece afectado por una serie de trastornos; la génesis de algunos de ellos parece simultánea o posterior al homicidio cometido en la persona de su mujer, mientras que otros parecen haberse desarrollado con anterioridad.*

*En primer lugar, el sujeto presenta un trastorno obsesivo-compulsivo relacionado con el uso del aparato inhibitor del sueño REM conocido como Anóneiros, que se manifiesta en la imposibilidad de hacerle separarse de él aunque se le razone por todos los medios que en estados de vigilia con un alto grado de atención no puede declararse la narcolepsia de Pisani. El sujeto sufre crisis nerviosas cuando se le intenta despojar del Anóneiros. Este trastorno parece haberse manifestado a la vez o inmediatamente después del homicidio cometido en la persona de su mujer.*

*En segundo lugar, antes de dicho homicidio el sujeto desarrolló todo un complejo de juicios deliroides que llegaron a encronizarse en una personalidad de tipo paranoide. Según la interpretación del abajo firmante, la secuencia de los hechos fue la siguiente:*

*1. El sujeto se vio sometido a una intensa vivencia de aislamiento durante su prolongado retiro en la mina abandonada de Highwater. Como quiera que durante este tiempo sus experimentos no obtuvieron el éxito deseado, el sujeto empezó a albergar sentimientos de inseguridad, resentimiento e incluso dudas sobre el propio yo.*

*2. Estos sentimientos crecieron en intensidad hasta convertirse en los principales agentes de la vida psíquica del sujeto, desplazando a un segundo plano a la razón y las asociaciones conceptuales lógicas. En estos momentos, el centro del resentimiento del sujeto se focalizó en su esposa, con la que no mantenía unas buenas relaciones y a la que, primero inconsciente y luego conscientemente, culpó de la situación actual, que interpretaba como negativa, pese a que la víctima hizo reiterados esfuerzos por arreglar su matrimonio. (Consúltese la página 3, líneas 15-21 de la transcripción del diario de Álvaro Carreño).*

*3. A partir de este momento, el sujeto empezó a construir un entramado de juicios deliroides, notoriamente erráticos e inverosímiles, relacionados con sus estudios sobre la materia oscura. A saber, que la vida de todos los seres humanos del planeta, a lo largo de la historia, ha estado dominada por unas potencias sombrías, residentes en una realidad alternativa a la nuestra y que son responsables, también, de la narcolepsia de Pisani.*

*4. Convencido, en una idea de autorreferencia, de que tenía una misión especial que cumplir, el sujeto decidió cometer un acto ilegal y dormir desconectado del Anóneiros durante cierto número de noches. (Consúltense páginas 4 y 5 de la transcripción del diario). El sujeto no contrajo la narcolepsia, aunque se puso en serio peligro de caer en esta enfermedad.*

*5. A raíz de su experiencia, el sujeto desarrolló un delirio de sosias, centrado en la persona a la que juzgaba responsable de sus problemas: la víctima, su propia mujer, a la que empezó a percibir como una persona diferente, a la que él denominaba Néfele y atribuía intenciones malignas relacionadas con aquel mundo alternativo del que antes hacíamos mención.*

*6. Como resultado de esa idea delirante, el sujeto consideró que la prescripción legal y moral del “No matarás” quedaba suspendida e incluso abolida en el caso de su esposa y actuó de forma violenta contra ella, quitándole la vida brutalmente con un hacha que sustrajo de la mina donde trabajaba.*

*El trastorno obsesivo compulsivo que antes mencionábamos, relacionado con el Anóneiros, parece una respuesta de transferencia ante los sentimientos de culpa originados por el crimen.*

*Nuestra conclusión final es que, aunque no puede decirse que la personalidad del sujeto sea claramente psicótica, ya que no se ha producido una rotura total de su continuidad biográfica, sí que existen en su caso circunstancias atenuantes del homicidio cometido, ya que los juicios deliroides desarrollados a lo largo del tiempo deformaron en cierta medida su percepción de la realidad y enturbiaron su capacidad de discernir el bien del mal.*

*Como conclusión personal, sin querer suplantar a los tribunales de justicia del estado de Dakota del Sur, recomendamos la conmutación de la pena capital por motivos psiquiátricos y, sobre todo, humanitarios.*

Durante unos segundos su dedo índice quedó colgado encima del botón ENVIAR. Aquel informe era una infamia desde cualquier punto de vista, ya fuera ético o profesional. Cualquier psiquiatra medianamente competente lo rompería y se lo arrojaría a la cara; pero, sin duda, al gobernador del estado le encantaría aquella mezcla de medias verdades y medias mentiras que le decían lo que quería escuchar.

Rojo apartó el dedo índice y lo utilizó para sacar un cigarro de la cajetilla que acababa de abrir. Lo encendió, aspiró la primera calada y se quedó mirando a la pared mientras el humo ascendía con pereza.

Ya no la volverás a ver, Carreño, se dijo. Tú no te la mereces.

Y el dedo pulsó el botón de envío.

*INFORME DEL COMITÉ DE ASESORAMIENTO JURÍDICO-PSICOLÓGICO  
DEL GOBERNADOR DEL ESTADO*

En relación con la solicitud de conmutación de la pena de muerte para el súbdito español Álvaro Carreño, presentada por la Embajada de España y apoyada en un informe del eminente psiquiatra Pedro Rojo, que desde hace años, trabaja en nuestro país, hemos de concluir lo siguiente:

Aunque valoramos la calidad profesional del doctor Rojo, el rigor impecable de su estudio y el encomiable interés que ha volcado en este caso, consideramos que el desorden mental sufrido por Álvaro Carreño no justifica en ningún caso el asesinato de una ciudadana norteamericana inocente. Pensamos que la justicia debe ser siempre ejemplar y que debe transmitir a los ciudadanos la noción de que las autoridades por ellos elegidas anteponen su derecho a la vida a cualquier otra consideración. En consecuencia, desaconsejamos la conmutación de la pena de muerte de Álvaro Carreño.

**EEUU**

**Ejecutado el español Álvaro Carreño, pese a las presiones del Gobierno**

Carlos Carballo  
Corresponsal

A las 22:00 hora local, el físico español Álvaro Carreño Santos ha recibido la inyección letal en la prisión de St. Ambrose, del estado de Dakota del Sur. De nada han servido las presiones del Gobierno y la Embajada de España, a pesar de contar con el apoyo de un informe presentado por el conocido psiquiatra Pedro Rojo, ni tampoco los ruegos presentados por diversas asociaciones humanitarias. Por voluntad expresa, Álvaro Carreño ha sido ejecutado con el Anóniños conectado. Durante la ejecución, en las afueras de la prisión se han producido diversos enfrentamientos entre partidarios y detractores de la pena de muerte...

Aquella misma noche, en su apartamento de Washington, Rojo se bebió media botella de whisky a la salud del condenado. Después se levantó del sillón y se dirigió a la cocina tambaleándose. Mientras maldecía la torpeza de sus dedos, fue colocando sobre la encimera todo el instrumental quirúrgico que necesitaba: la tabla de madera sobre la que cortaba la carne, un martillo y el Anóneiros.

—Hay que quemar las naves —dijo en voz alta.

El primer martillazo falló, pero los cuatro siguientes cayeron con furia sobre la “Corona”. La batería salió disparada por un lado y el chip de control cayó al fregadero. Rojo lo cogió, lo volvió a poner sobre la tabla y terminó de machacarlo.

—*Alea jacta est* —sentenció.

Después, se sentó otra vez en el sillón, sintonizó un canal deportivo y terminó de beberse la media botella que le faltaba.

No necesitó irse a la cama para quedarse dormido.

*Soñó. En el mismo momento en que se dormía supo que empezaba a soñar, y sintió perfectamente cómo se hundía en la negrura y desaparecía del mundo conocido para precipitarse por un túnel inacabable.*

*De pronto se encontró paseando por una playa. Se descalzó y se quitó la camisa. Sentía la arena y los guijarros duros y reales bajo sus pies, y el viento cristalino sobre su piel desnuda. Miró a la derecha: allí estaba el mar, espeso y oscuro, como la sombra condensada del vacío.*

*Paseó bajo un cielo oscuro en el que no había luna ni estrellas. Al cabo de un tiempo sintió frío en la mejilla, y al mirar hacia el mar vio que por el horizonte empezaba a despuntar un sol negro de gélidos rayos.*

*Entonces la vio venir, desde lejos. Era el momento que había esperado, y él no iba a refrenar el paso, así que corrió hacia ella como el viento sobre la arena, sintiendo la espuma helada en los pies. Ella se detuvo para esperarle. Vestía una túnica casi transparente, y bajo ella los rayos negros del sol cortaban con sombras las formas de su cuerpo.*

*En verdad, la imagen de la Cámara no era más que un reflejo miserable. Rojo la miró a los ojos y sintió su amor. En ese momento inefable, supo que había llegado a su hogar y cayó de rodillas ante ella.*

*—¿Qué me darás a cambio de mi amor? —preguntó Néfele.*

*—Te entregaré el mundo.*



*Ella sonrió. Jamás había existido una mujer más bella.  
—Sé que lo harás, mi amado. No dejes de soñar conmigo.*



JAVIER NEGRETE, nacido en Madrid en 1964 y licenciado en Filología Clásica, es un autor con una trayectoria muy clara y distintiva. Podemos hablar de una primera época en su producción centrada en la ciencia-ficción. A esa época pertenecen títulos como *La luna quieta*, *Estado crepuscular*, *Nox perpetua*... Poco a poco, su obra de ciencia-ficción comienza a intercalarse con obras de fantasía, como *Memoria de Dragón*.

Es precisamente con una novela de fantasía con la que (tras ganar varios premios literarios, como el UPC) consigue su primer gran éxito de público: *La espada de fuego*, primera parte de una serie de fantasía heroica.

Experto conocedor del mundo clásico y traductor de Plutarco, ha ambientado varias de sus novelas en Grecia. En 2008, imprimió un giro a su producción al publicar *Salamina*, novela histórica centrada en el griego Temístocles y con la famosa batalla marítima como eje. Ahí abriría una nueva etapa, muy clara, centrada en lo histórico, campo en el que ha desarrollado sobre todo su actividad literaria, tanto en novela como en ensayo, sin por ello abandonar del todo sus anteriores orientaciones de ciencia-ficción y fantasía.

Reside en Plasencia, donde es profesor de griego en el IES Gabriel y Galán. Tiene una hija llamada Lydia.